CÓMO SER POBRES
HANS RUESCH



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

COMO SER POBRES

Por Hans Ruesch

Hans Ruesch, que se reveló como cuentista publicando sus primeros relatos en algunas de las más importantes revistas de Estados Unidos -país adonde había emigrado poco antes de la Segunda Guerra Mundial-, alcanzó renombre universal con la aparición de su primera novela, "El País de las Sombras Largas", a la cual siguieron "El Círculo Infernal" y "El País de las Sombras Cortas".

Posteriormente, Hans Ruesch escribió "La Noche de las Panteras" -la versión inglesa lleva el título de "The Game"-, que la Empresa Editora Zig~Zag, S. A., tuvo el privilegio de hacer conocer a los lectores de habla hispana, obteniendo un éxito tan extraordinario que la primera edición se agotó sólo en unas semanas. Su argumento, profundamente humano, donde resalta el doble juego de la caza y del amor, causó sensación y el libro pasó a ser un auténtico "best-seller".

En esta nueva novela *–CÓMO SER POBRES-* Hans Ruesch se aparta de la índole dramática de sus principales obras y revela su maestría en un género distinto, el del humorismo, pero sin descender en el tono de éste, y, al contrario, manteniéndolo sano y fresco, dentro de una interpretación poética del amor y de la vida.

CAPITULO PRIMERO

LOS BANDOLEROS DE TERMANI

MI NOMBRE es Gianni Bellavita, pero a veces, no sé por qué, me llaman Giovanni. Nací, no por culpa mía, en Montrecasse, una aldea montañesa de la península sorrentina, donde los asnos suelen llevar calzones para protegerse de las moscas; las mujeres, flores en el cabello para verse más hermosas, y los hombres, aros de cobre en las orejas porque sí. Mi padre supervisaba los trabajos camineros de la zona y mi madre supervisaba a mi padre.

Entre mis primeros recuerdos se destaca un grandioso terremoto que destruyó gran parte de nuestra aldea, en una de esas ocasiones cuando el Vesubio pierde la cabeza. Cuando mi madre me sacó de la bamboleante casa, corriendo a través de una espectacular cortina de humo, llamas y gente que gritaba, me divertí tanto que quise producir un bis apenas encontramos otra casa.

Después de atizar el fuego en el establo del piso bajo, como un niño bueno me puse a esperar pacientemente el retorno de mi madre, mientras sentía cómo el pavimento se recalentaba bajo mis sandalias. Pero el bis fue una gran desilusión: el fuego no se propagó a las cosas circundantes y la única persona que gritó fui yo, de dolor, cuando acudió mi madre, y luego, de nuevo, al regreso de mi padre; y yo que esperaba que me acariciaran como la primera vez. Tratamiento tan inicuo sacudió prematuramente mi fe en la justicia terrena y me preparó para las grandes desventuras que me reservaba el porvenir.

Durante meses y meses después de aquel incendio me achacaron la culpa de las diversas calamidades que golpearon a mi familia: no sólo por carecer de techo y de más ropa, sino también por el nacimiento de un par de gemelas que las comadres atribuyeron al susto que le di yo a mi madre.

Yo amaba tiernamente a las mellicitas porque teman a mi madre ocupada todo el día, impidiendo que se metiera demasiado en mis asuntos, como era su costumbre. Mi padre se limitaba a propinarme una solemne paliza todos los domingos, a la vuelta de misa, fiel a un precepto transmitido por mi abuelo: Los niños deben ser azotados a intervalos regulares; si uno no sabe el motivo, ellos sí lo saben. Yo hacía todo lo posible por darle la razón al abuelo.

Mi padre no estaba mucho en casa, A veces, por su trabajo, debía permanecer varios días en el campo, con su caballo y la escopeta. Mi padre era un hombre burdo y voluntarioso, acostumbrado a mandar en todas partes salvo en su casa, donde mi madre había logrado convertirlo en un verdadero gentilhombre que no olvidaba jamás sacarse las espuelas antes de acosarse.

Mi madre era una mujer refinada. Aunque los varones de Montrecasse usaban el cabello largo como el invierno, todos los sábados ella me calaba la bacinica en la cabeza y, usándola como guía, me cortaba todo el pelo en derredor, por lo que era el niño más elegante del pueblo. Luego y a manera de entretenimiento me llevaba a mostrarme a los parroquianos sentados en el café tomando helados. Era una de sus

maneras de divertirme, puesto que no tenía dinero para gastar en golosinas.

Los domingos me llevaba a la estación para que asistiera a la partida del tren, que salía por turnos a ciudades con nombres fascinantes y lejanos: "Mesina, Palermo, Roma, Milán", decía mi madre. Otras veces decía*:* "Londres, Chicago, Shanghai, Polo Norte, Pernambuco". Mi vida era pequeña pero mis sueños eran inmensos, y durante años mi corazón latía más fuerte con sólo pensar en el trencito que partía: ignoraba que llegaba apenas hasta Nápoles, y con gran trabajo.

Otras veces, si me había portado bien durante unas dos horas seguidas, mi madre me regalaba barcos de guerra. Auténticos. "Barcos vivos" decía ella. Cuando de pronto descubría uno que cruzaba el golfo, me levantaba sobre el alféizar: "¿Ves ese barco? Te lo regalo. Es tuyo". Y yo me inflaba de importancia. "¿Dónde quieres que vaya?", me preguntaba. Yo respondía: "A Roma", o "Al Polo Norte", o "A Pernambuco". Una vez dije: "A casa de tía Emma". Era mi tía favorita: no la había conocido jamás. Luego, conteniendo la respiración, seguía con la mirada la nave que se dirigía a Pernambuco, al Polo, o donde tía Emma, hasta que desaparecía tras el horizonte.

Desde entonces corre por mi sangre una sed de aventuras maravillosas, pero todo lo que me gustaba resultaba irremediablemente o ilegal o demasiado caro, por la que la mayor parte de las veces he tenido que conformarme con seguir, con algo de envidia, las aventuras de los demás. En el cinematógrafo y en los diarios veo tantas cosas grandes y maravillosas que les suceden continuamente a todo el mundo: quién gana una fortuna y quién la pierde, quién es ascendido y quién degradado, quién asesina y quién es asesinado; a mí no me sucede nada. La única vez que estuve encerrado en un ascensor toda la noche con una señora, la señora era ancianísima y olía a moho; luego, cuando miro por el ojo de una cerradura, veo siempre la misma cosa: otro ojo que me mira.

Con el correr de los años me he acostumbrado a este estado de cosas, pero recuerdo aún la amarga desilusión que sentí poco antes de llegar a la edad de la razón, esto es a los seis años, cuando los bandidos, en vez de mi raptaron a Alberto, mi compañero de juegos, porque él pertenecía a una familia rica.

Y ésa fue la primera vez que me di realmente cuanta de que nosotros éramos pobres.

En aquel entonces vivíamos en un pueblecito calabrés en cuyos alrededores mi padre debía trabajar por unos meses. Era mi primer año de escuela, pero yo iba rara vez: prefería instruirme correteando por los cerros o por la orilla del riachuelo, y no perder el tiempo calentando un banco. Aquellos eran los buenos tiempos cuando en Nápoles imperaba la Mano Negra, en Sicilia dominaba la Mafia, y pintorescas bandas de salteadores adornaban las desoladas comarcas meridionales: esto es, antes de que Musso[1] pusiera un poco de orden en la región, estropeando

[1] *En la época del Duce, en Italia el pueblo le había puesto el sobrenombre de Musso, que siendo una abreviación de su apellido se pronunciaba igual que muso, que quiere decir: hocico, morro, o mejor aún, carajete. (Nota de la traductora.)*

el color local. Pero cuando nosotros vivíamos en Termani, los tiempos y eL paisaje eran bellos aún, los ricos no se atrevían a viajar sin escolta armada y no dejaban que sus niños fueran más allá de los muros que limitaban sus propiedades de campo.

Alberto era vecino mío: era un niño enclenque, pálido y triste. Como en su casa nunca tenía apetito, me traía su almuerzo envuelto en un pañuelo con escudo de armas; pero al verme comer se le despertaba el apetito y quería que le devolviera lo que me había dado, y yo tenía que usar todos los medios de persuasión a mi alcance, principalmente un garrote, para hacerlo comprender que esa manera de actuar no era digna de un gentilhombre.

Era huérfano y vivía con una tía abuela suya, la condesa de Montegiobbe, cuyo escudo de armas estaba adornado con tres aceitunas rellenas. Ella pertenecía a una de las estirpes meridionales más antiguas y decadentes y poseía latifundios esparcidos por toda Calabria. Hacía gran alarde del afecto que sentía por su sobrino y lo reconvenía de continuo de no estarle suficientemente agradecido: y pienso que tenía razón, puesto que Alberto prefería mi compañía a la de su preceptor, si bien es cierto que de mí sólo podía aprender cómo se hacen hondas, como se rompen ventanas y cómo cuidarse de las víboras que se esconden bajo las piedras asoleadas, en vez de historia y geografía y otras ciencias útiles.

Pero yo, aunque no sabía nada de historia ni de geografía, sabía cómo hacer escapar a Alberto fuera del gran cerco que rodeaba las huertas, jardines, bodegas, establos y la casona de Montegiobbe, y cómo se tiran piedras a las niñas sin ser descubierto.

Una mañana, cuando juntos explorábamos las desnudas alturas que culminaban los olivares blanquecinos bajo el sol del mediodía, dos hombrones barbudos, vestidos de cazadores y armados hasta las orejas, se nos interpusieron en el camino.

-Si vienes con nosotros sin gritar no te tocaremos ni un pelo -le dijo a Alberto el barbudo más grande, sin sacarse la pipa de la boca.

-¿Y a dónde vamos a ir? -Pregunté yo, que hacía siempre de portavoz de Alberto.

-¿Y tú quién eres?

-Gianni Bellavita -contesté rápidamente. ¿Y tú?

-¿Eso a ti qué te importa?

-¿Qué haces por estos lados?

-Déjate de molestar.

-¿Ustedes son cazadores clandestinos?

-Sí-espetó el barbudo menor-. Estamos cazando mequetrefes entrometidos y habladores.

-Por lo que veo no han cogido ni siquiera uno todavía. ¿Es porque son principiantes o chambones de naturaleza?

-Escucha -me dijo el barbudo mayor, Jadeando-, a nosotros nos interesa tu compañero, tú no. ¿Entiendes?

-Comprendo. ¿Pero qué le voy a decir a mi madre? ¿Dónde viven? ¿De dónde salieron? ¿Qué hacen sus padres? ¿Son empleados y trabajan al día? Mi madre va a querer saber todas estas cosas.

-Pile que se meta en sus cosas -gritó el barbudo, desesperado.

-Se lo diré. ¿Pero por qué están tan sucios? ¿No saben que hay que bañarse todas las semanas, sea o no necesario?

-Me gustaría retorcerle el cogote -confesó el barbón menor a su compañero, mientras le hacía un gesto alusivo.

-¿Saben lo que les hace mi madre a todos los que quieren torcerme el cogote?

El otro se agachó y rechinando los dientes me gritó a la cara:

-¿Y tú sabes lo que les pasa a los niños que hacen tantas preguntas?

-Sí. Se convierten en hombres insoportablemente inteligentes, y no en asnos como ustedes, incapaces de contestar. ¿Son ignorantes por naturaleza o han tenido que estudiar para ponerse así?

-¿Y qué más quisieras saber? -preguntó el barbudo mayor con voz ronca.

-Sí. A quién quieren más: ¿a su papá o a su mamá?

Desesperados, los dos barbones se sentaron sobre una roca sacudiendo la cabeza, y yo tomé de la mano a Alberto y empezamos a alejarnos.

-¡Ahora te descuero! . . gritó el barbudo menor, poniéndose de pie de un salto y agarrándome del pescuezo. ¡Te voy a descuerar como a un conejo! ¡Haré una pantalla con tu pellejo!

-¿Qué es una pantalla?

-Está bien -dijo el barbudo-. Si insistes en hacer preguntas, te contestaremos. Tienes razón: somos bandidos.

-¿Y pueden probarlo? Tal vez no sean más que impostores.

-¡Te lo probaremos! Ahora escucha atentamente lo que te voy a decir.

-¿Por qué? ¿Es instructivo?

-¡Escucha, atorrante! Nosotros nos llevamos a tu compañero y tú vas donde la condesa y le dices que si quiere volver a verlo, tiene que dejar cincuenta mil liras en el fondo del pozo de la torre vieja. Le damos cinco días: después le iremos mandando a su sobrino de a pedacitos.

-¿Por qué no me llevan a mí en vez de él? Yo sé hacer más cosas que él.

-¡Porque no queremos! ¿Entendiste?

-Sí, pero hoy estamos muy ocupados. Volveremos mañana. Palabra de honor. Y ahora, hasta luego. Ya, Alberto, despídete de los señores y nos vamos.

-Por favor, jefe -gritó el barbudo menor con voz estrangulada y retorciéndose las manos-. Déjeme que lo zamarree un poco.

-¿Con las lámparas?

-Ándate ya -gritó el otro. Sudaba-. Ándate antes de que te hagamos algo.

-¿Es una amenaza o una promesa?

-Haz lo que te dicen estos señores, Gianni susurró Alberto-. Nos turnaremos. Esta vez me toca a mí. Después te tocará a ti. ¿No es cierto, señores?

-Sí, sí -se apresuró a contestar el barbudo, tratando de hablar con una voz meliflua y maternal-. La próxima vez te llevaremos a ti, Gianni.

-¿Palabra de honor?

-Palabra de honor.

Y así me fui, silbando alegremente.

En aquel tiempo tenía mucho que hacer, y durante todo el resto del día no tuve ocasión de volver a pensar en el asunto de los bandidos. Aquella tarde le declaré la guerra a Persia y a sus satélites, hurgué en el lecho de un riachuelo reseco en busca de oro y diamantes, traté por enésima vez de prenderle fuego a un pajar haciendo converger los rayos del sol a través de una lupa, y luego fui a alimentar a una fertilísima familia de ratones que estaba criando a escondidas en un cajón de la cómoda de mi madre. Así, sólo me acordó de los bandidos cuando a la hora de la cena el preceptor de Alberto entró precipitadamente en nuestra casa.

-La última vez que se vio a Alberto estaba contigo -me informó con voz ronca. Tenía el aspecto desnutrido y atormentado que conviene a un preceptor-. ¿Dónde lo dejaste?

Yo estaba sentado en la cocina y tamborileaba sobre la mesa con dos cucharas, porque tenía mucha hambre.

-Lo dejé en el monte con los bandidos.

En aquel preciso instante mamá me había servido mi plato preferido: sopa de porotitos verdes, enriquecida con las sobras de la semana y sazonada con aceite de Montegiobbe. Por unos instantes reinó un silencio absoluto, por lo cual creí que el preceptor había comprendido lo que yo le dije y se había ido. De modo que me sorprendí mucho al oír su voz junto a la de mi madre exclamando:

-¿Qué has dicho?

-Se lo llevaron los bandidos. La próxima vez me llevarán a mí.

Recordé de pronto que era un error decirle la verdad a la gente grande. Se pusieron a gemir y a retorcerse las manos, luego me arrancaron de mi plato de porotos verdes a pesar de mis protestas, me cargaron en el birlocho del preceptor y partimos hacia la casa solariega de los Montegiobbe. También vino mi madre que no quería perderse el paseo en birlocho.

Era la primera vez que veía de cerca a la condesa de Montegiobbe, y esto no la favorecía. Parecía un pavo, un gigantesco pavo empolvado y empelucado. Estaba sumergida en un sillón en medio de un salón resplandeciente de mármoles y espejos, y rodeada por una muchedumbre de gente ansiosa. Estaban el administrador, el párroco, el mayordomo, el secretario, la camarera personal, el capitán de carabineros que se había puesto un par de guantes blancos para la ocasión, varios lacayos de librea y tres guardianes del palacio (tipos con mostachos boyeros, vestidos y armados como los bandidos), sin hablar de "La Traviata" la sétter irlandesa que iba a tener un papel muy trágico en los días siguientes.

Todos me miraron con gran curiosidad y la condesa me examinó a través de sus impertinentes, inclinándose hacia adelante, mientras yo contemplaba fascinado su escote.

-Así es que tú eres el pequeño Gianni -dijo al fin con un tono de reproche-. He oído hablar mucho de ti.

-Yo también he oído hablar de ti. ¿Por qué_te llaman Condesa Panza de Aceite? ¿Y también la Reina de la Manteca? ¿Y la Mortadela Pintada? ¿Y el Ossobuco a la Crema? ¿Tienes hermanitos y hermanitas? ¿Y tu madre te deja salir sola? ¿Cuántos años tienes?

Mi madre me tomó en brazos y me tapó la boca con dos besos muy sonoros y la condesa, algo sobresaltada, se inclinó nuevamente y silbó a través de sus dientes de porcelana:

-Ahora, trata de acordarte de todo lo que sucedió hoy.

Yo estaba feliz de ser el centro de la atención y empecé a hablar, recordando todo lo que había sucedido y también todo lo que no había sucedido. Dije que eran doscientos los bandidos, que vestían uniformes colorados y que iban a caballo.

-¡Doscientos bandidos a caballo! -exclamó el capitán de carabineros palideciendo, mientras se alisaba nerviosamente sus largos bigotes negros.

Asentí radiante. Pero en ese momento el preceptor me tendió una trampa, con esa falta de lealtad típica de la gente grande: me hizo contar. Conté hasta diez, y me detuve. Yo no tenía la culpa de tener sólo diez dedos; pero él armó un lío espantoso:

-¡Me lo imaginaba! Este mequetrefe no sabe contar más que hasta diez, y dudo que nunca sepa más. ¿Cómo puede saber que los bandidos eran doscientos?

No me gustó su actitud y me encerré en un decoroso silencio, sordo ante el fuego cruzado de preguntas, promesas y amenazas, hasta que por fin me acordé del asunto de los bandidos. Y sólo entonces les largué:

. -Dijeron que había que esconder cincuenta mil de alguna cosa en la vieja torre si no querían que les mandaran los pedacitos de Alberto.

Instantáneamente se restableció el silencio más absoluto. Como si se hubiera oído estallar una bomba. Luego habló la condesa con voz angustiada:

-¿Cincuenta mil qué?

-No recuerdo bien. Quizás cincuenta mil huevos. Huevos de Pascua.

-¿Podría ser -preguntó ella con un hilito de voz, inclinándose más que nunca-, podría ser que hubieran dicho cincuenta mil ... ?

-Sí, creo que sí. -No le podía quitar la vista del escote: jamás había visto a mi madre vestida así, Cincuenta mil liras,

La condesa lanzó un gemido, dejó caer sus brazos, y se desintegró en el sillón mientras pronunciaba dos palabras que desde entonces pasaron a la historia:

-Demasiado caro,

Se armó un alboroto terrible: cada uno daba su opinión, agitándose y gritando, y yo aproveché para ir a ver qué había en el gran florero chino colocado en un rincón. Había escorpiones.

Debo haberme quedado dormido en el suelo poco después y mi madre, como sucedía muy a menudo, me debe haber llevado en brazos a mi casa, porque de repente me encontré en mi camita y había despuntado nuevamente el día. En la cama del lado las mellicitas dormían aún. Sentí a mi madre removiéndose en la cocina y me escabullí por la ventana, porque estaba impaciente por ver a Alberto y ella hubiera sido muy capaz de detenerme en el umbral con una retahíla de preguntas ociosas justo cuando yo me disponía a hacer algo importante.

Me lavé la cara en una cáscara de sandía, comí unos higos recogidos por el camino, me puse en la boca una rodaja de limón para defenderme contra la sed, pues el sol matutino ya quemaba fuerte, y empecé a trepar por las ásperas pendientes sembradas de guijarros y de mechones de hierba calcinados por el sol. El aire olía a caracoles, a tortugas y a tierra ardiente. Los lagartos huían a mi paso. En un cielo de aluminio, el suave vuelo de un halcón.

Pasé cerca de la vieja torre de observación de la época de los Borbones y, cuando llegué a la cumbre de la cadena de colinas, me interné por los bosques de castaños, hasta que vi a tres barbudos sentados bajo un árbol con los fusiles sujetos entre las piernas. Comían.

-¿Ustedes son bandidos? -pregunté con aire sociable.

Se miraron entre sí y continuaron mascando en silencio.

-¿Qué_están comiendo? ¿Cómo se llama el jefe? ¿Dónde está su escondite? Yo también quiero ser bandido cuando sea grande. Mi mamá dice que podré serlo si soy bueno y me lavo los dientes todas las mañanas. ¿Fue así cómo se hicieron bandidos ustedes? ¿Dónde se llevaron a Alberto?

Al oír mi última pregunta se pusieron de pie de un salto, como si fueran a sacar a bailar a una linda señorita, me agarraron, me vendaron los ojos_y después me hicieron caminar. Por el sonido de nuestros pasos y por el olor comprendí que nuestro paseo terminaba en una caverna. Yo iba radiante de felicidad.

Cuando me sacaron la venda me encontré en una cueva baja y tortuosa, como tantas otras que yo había explorado, excepto que ésta estaba habitada; había frazadas andrajosas desparramadas por el suelo, figuras de santos adornando las paredes, y además, como veinte barbu-

dos, incluyendo los del día anterior. Luego vi a Alberto en un grupo que estaba jugando a los dados. Corrimos el uno hacia el otro dando gritos y saltos.

El barbudo grande del día anterior, que evidentemente era el jefe, me dijo con voz ronca:

-¿Por qué estás aquí?

-¿Y tú? Yo conozco muchas cuevas mucho más lindas que ésta. ¿Quieres verlas?

Lanzó un gemido que resonó sombríamente entre las paredes rocosas.

-¿Ya vas a empezar de nuevo con tus preguntas?

-Sí, ¿se ha muerto alguien de tu familia?

-¡No! -rugió-. ¿Por qué?

-Porque tienes las uñas negras. Yo creí que estabas de luto. Tienes las uñas casi tan sucias como los dientes. ¿No te lavaste los dientes esta mañana?

El barbudo me agarró por los hombros, me tomó en peso y me sacudió con violencia, golpeándome la cabeza contra el techo. Entonces empecé a llorar. Yo no lloraba muy a menudo; pero cuando lloraba... Y además la caverna tenía una acústica de primer orden. Los barbudos comenzaron a ponerse nerviosos. Corrían de un lado para otro enloquecidos como ratones en una trampa; uno de ellos hizo relucir un cuchillo ante mis ojos, haciéndome redoblar mis chillidos, y otro me envolvió la cara con una manta polvorienta. Cuando me empezaron a doler las amígdalas dejé de gritar.

-No era mi intención golpearte la cabeza -Jadeó el jefe de la banda-, pero, por los calzones de San Antonio, si mueves una vez más tu maldita lengua, ¡te la corto! ¿Comprendiste?

Hice un gesto de asentimiento y él me sacó la manta.

-¿Cumpliste con el encargo?

-Sí. -Todavía estaba sollozando.

-¿Y nos van a dar el dinero?

-No lo sé.

-No perdamos más tiempo con este mocoso -interrumpió el barbudo más chico del día anterior-. Arrojémoslo al pozo.

-¡Pero ustedes prometieron secuestrarme! -protesté-. ¡Dieron su palabra de honor!

-Primero tenemos que recibir el dinero.

En ese momento un barbudo apareció en el agujero de la caverna, gritando:

-¡Carabineros a la vista!

Y en un abrir y cerrar de ojos me quedé solo con Alberto.

-¿Te diviertes? -le pregunté.

-¡Mucho! -Nunca antes lo había visto tan excitado-: ¡imagínate que estoy aprendiendo a fumar pipa! Y anoche matamos una zorra y la asamos al palo. Luego uno de ellos salió para conseguir vino y salame, y jugamos a los dados toda la noche y nos contamos cuentos bellísimos. ¡Y uno nunca se lava! Es una vida muy sana. No quiero volver más donde la tía.

-¡Tienen que tomarme a mí también! Diles que si no te pones a chillar. Se ve que tienen mucho miedo a los gritos.

-Se lo diré. Pero ahora vamos a ver qué está pasando.

Nos encontramos con todos los barbudos echados panza abajo, con las escopetas listas, mirando atentamente hacia el valle que temblaba con las ondas de calor emanadas del suelo ardiente. Un carabinero estaba encaramándose fatigosamente por la ladera.

-Es el Bello -observó el barbudo jefe al poco rato-. Tendrá algo que contarnos.

Cuando el carabinero llegó a la cumbre, el barbudo dio un silbido y éste se acercó. Era un joven gordito de mejillas rosadas. Se había casado (lo supe después) con la hermana de uno de los bandidos y ahora, por afecto, familiar, hacía de informador para la banda.

De acuerdo a la creencia popular, los mejores carabineros provienen de las filas de los bandidos y viceversa. Parece en realidad que algunos de los carabineros más eficientes habían sido bandidos en su juventud. Entendámonos, no era obligatorio haber servido con los bandidos para entrar en el cuerpo de carabineros; pero era siempre buen antecedente. En otros tiempos. Ahora, como todo el mundo sabe, las cosas han cambiado.

El Bello se sentó sobre la hierba calcinada, acezando y enjugándose la frente. Sorbió un gran trago de vino del jarro que le brindaron, cambió cumplidos con los asistentes, remitió los saludos de su mujer a su cuñado y finalmente anunció:

-La Reina de la Manteca rehúsa largar la bolsa.

-¡Bravo! -gritamos yo y Alberto: porque hubiera sido una verdadera pena que todo terminara tan pronto.

Pero los bandidos no estaban de acuerdo, a juzgar por las invectivas que lanzaron respecto a la condesa. Y su furia aumentó cuando el Bello les dijo:

-Quiere que los carabineros rastreen toda la zona, para lo que estamos esperando refuerzos de Catanzaro. Cuando vean que comienza la batida les conviene retirarse detrás de la tercera fila de colinas. No exploraremos más allá.

-Nos las va a pagar esa mortadela rancia -dijo el barbudo jefe, sombriamente.

Y tras otro intercambio de gentilezas y ceremonias, el Bello se fue. Lo reclamaba el deber.

Yo volví al pueblo mucho más tarde. El portón de fierro del palacio Montegiobbe se abrió de par en par después que anuncié a través de la

mirilla que llevaba un mensaje de los bandidos, y los guardianes me hicieron el saludo militar.

Me llevaron al comedor donde, sentada ante una mesa llena de viandas, la condesa cenaba en compañía del párroco.

Comían pajaritos a lo spiedo con polenta, y yo observé con gran curiosidad la técnica totalmente diferente que usaba cada uno. El párroco, hombre de campo mofletudo, rubicundo y sencillote, abría la boca de par en par, instalaba allí el fierro cargado de avecillas y lo sacaba rápidamente, encerrando entre su robustas mandíbulas toda la fila de pajaritos, que luego masticaba con gran ruido de huesos triturados, enjuagándolos en un gran trago dé vino. En esto se manifestaba de pleno la estirpe de los Montegiobbe: la condesa primero sacaba las avecillas del fierro, luego se llevaba a la boca un pajarito cada vez y lo trituraba con delicadeza, haciendo oír apenas el castañeteo de su dentadura postiza y, al final, un pequeño suspiro.

Luego de eliminar aristocráticamente su último pajarito, se dirigió a mí:

-Me han dicho que tienes algo para nosotros, niño.

Le entregué el envoltorio que tenía en mi bolsillo, preguntando:

-¿Con quién has jugado hoy? ¿Tu madre lo sabe? Después, ¿te lavaste las manos?

Antes de contestar, ella ya había visto el contenido del paquete: pegar un grito y caer a tierra desmayada, con la peluca al sesgo, fue todo uno. Fue una caída histórica: con su mole la Reina de la Manteca cubría tanto terreno que parecía una catástrofe nacional. En su regazo tenía aún el contenido del paquete: una oreja de zorro bañada en sangre.

Los bandidos eran personas de cierta cultura y uno de ellos, que incluso sabía escribir, había garabateado dentro del envoltorio estas palabras: Así es como volverá a ver a su querido sobrino si friega con los carabineros -en vez de darnos pronto el dinero. Por modestia, no había firmado.

Aproveché del pandemonio que se originó con el desmayo para escabullirme y dedicarme de inmediato a mis asuntos.

Cuando, más tarde, llegué a casa, mi madre, que aún lo ignoraba todo, me pegó un tirón de orejas: en efecto, mi padre no estaba en casa y ella se ocupaba de mi educación; luego me preguntó si había roto alguna cosa o si había hecho alguna maldad. Le conté todo, reservándome lo del Bello, ya que los bandidos me habían advertido que, si hablaba de eso, no sólo me romperían la cabeza, sino que no me raptarían.

En seguida, mi madre me dio de comer y me acostó y me cantó una canción de cuna como cuando era chico, y al poco rato ya estaba soñando mi sueño favorito: angelitos revoloteando a todo lo que daban en un cielo turquesa reluciente de sol.

La condesa era una mujer de agallas. Se negó firmemente a ceder ante las amenazas y a desembolsar el rescate, con el fin de no fomentar el bandolerismo en su pueblo bienamado: era una patriota de verdad. Con

un admirable desprecio por el peligro, desafiaba a aquellos bribones a que le cortaran la oreja a su querido sobrino: ella no se dejaba intimidar.

Mientras los carabineros esperaban los refuerzos y los bandidos el efecto de su última advertencia, yo me encontraba regularmente con Alberto, el que tenía sólo una preocupación: que terminaran aquellos días felices.

Una vez llevé conmigo a "La Traviata" la perra de la condesa, premiada con Medalla de Oro en la Exposición Canina de Roma. La saqué a escondidas, porque a ella tampoco le permitían alejarse del muro que cerraba la propiedad. Los bandidos se prepararon febrilmente para una gran cacería, aceitando y limpiando su3 escopetas. Ellos no disponían sino de perros bastardos y se prometían proezas de un verdadero campeón de punta y de parada. Y en efecto "La Traviata" era un magnífico ejemplar, con un bello manto color herrumbre, suave como la seda, de naturaleza dulce y un rostro sonriente; pero, ¡ay!, un poco lánguida para perra de caza y más bien en las nubes en lo que respecta a nociones venatorias, dado que había llevado una existencia contemplativa y jamás se había visto obligada a ganarse la vida.

Sin embargo, al cabo de unas horas de exploraciones, ella lograba descubrir alguna cosa: lo que era realmente admirable si se considera que hasta ese día la única caza que ella había olido eran los pajaritos a lo spiedo con polenta. Se detuvo bruscamente ante un matorral y permaneció inmóvil con una de sus patas delanteras levantadas y alargando la cola como un verdadero campeón; pero apenas vio salir una bandada de codornices, pegó un grito de terror, se dio media vuelta y huyó aullando, y al primer tiro de escopeta se desplomó desmayada.

Cuando al caer la noche la llevé de vuelta al pueblo, estaba exhausta con las emociones del día y salpicada de barro en tal forma que estaba irreconocible, tanto que los guardianes del palacio, después que la dejé junto al portón, la recibieron a pedradas. Más tarde supe que sólo la reconocieron al día siguiente por la mañana, luego que el capitán de carabineros mandó a todos sus carabineros a buscarla.

Para abreviar, cuando llegaron doscientos carabineros de refuerzo de Catanzaro, acompañados de una jauría de mastines destinados a rastrear la pista de Alberto, la. ,condesa insistió que llevaran a "La Traviata" en vez de aquellos sabuesos plebeyos. El mayor encargado de las operaciones trató de oponerse, pero sin ningún resultado, porque la influencia de los Montegiobbe en toda la Calabria era enorme; logró solamente disuadir a la condesa de que la perra llevara la medalla de oro durante la batida.

Este oficial, que había estudiado atentamente las Memorias de Napoleón, se consideraba un genio militar; pero debe haber leído sólo el último tomo. Al amanecer, en el gran patio del palacio, ante las miradas de los carabineros, de la servidumbre y de la condesa que asistía a la escena desde un balcón, se le presentó a "La Traviata" una sandalia de Alberto a fin de que sintiera el olor del niño. Pero la perra, que aquel día estaba con ganas de bromear, cogió la sandalia y se puso a corretear por todo el patio, lanzándola por el aire, agarrándola al vuelo, haciendo volteretas y pegando unos brincos locos; y no dejó que se la quitaran hasta que la destrozó. Sólo entonces se inició la operación.

El mayor condujo a "La Traviata" por los cerros, seguido de su tropa, de los carabineros locales, del capitán, de los guardianes del palacio y de mí. El Bello caminaba a la cabeza de todos, precediendo incluso *al mayor e incitando a hombres y perros con gritos y gestos. Creo que deseaba la victoria de ambos lados.

Al llegar a la torre, el mayor soltó a "La Traviata" y dispuso sus fuerzas en dos grupos, listos para rodear cualquier lugar que la perra señalara. Pero hubiera sido necesario contar con todo el cuerpo de carabineros más la caballería de montaña para rodear todos los lugares que señalaba "La Traviata". Habiendo superado la timidez demostrada durante su primera salida, cubría más terreno que un ejército en fuga. Corría juguetona por todos lados, se resbalaba panza abajo por las colinas, luego hacía un brusco viraje y se lanzaba, ladrando alegremente, en medio de la tropa, produciendo pánico y confusión.

Seguí un rato a la expedición, luego dejé a los adultos dedicados a sus fútiles ajetreos y volví sobre mis pasos, recordando que Alberto me había citado junto al estanque de los ánsares, al otro lado del pueblo, para enseñarme a pescar con caña. Los bandidos lo dejaban completamente libre, pues estaban convencidos de que él no deseaba volver donde su tía, y yo le había enseñado a desplazarse sin que lo descubrieran.

Permanecimos largo rato al borde del estanque, usando un alfiler torcido en vez de anzuelo. Pero no picó ningún pez: ni siquiera un ansarón hembra. Alberto me explicó que quizás no era la época apropiada. Podría ser también que nuestro fracaso dependiera del hecho que no usamos cebo. Quizás no se habían inventado aún los gusanos; Alberto no me lo señaló. Llegamos a la conclusión de que se le daba demasiada importancia a la pesca como pasatiempo, y decidimos echar un sueñecito.

Despertamos a la caída del sol y nos marchamos de vuelta por el camino.

Mientras circundábamos el pueblo, manteniéndonos a una respetuosa distancia, divisamos a lo lejos una turba de gente que se acercaba por el lado opuesto, levantando una nube de polvo. Por curiosidad olvidamos nuestra prudencia y nos precipitamos a ver qué pasaba. Lo descubrimos cuando llegamos al palacio Montegiobbe.

En la polvareda iluminada por los rayos del sol agonizante, "La Traviata" se arrastraba de vuelta a la casa, seguida por el grupo deshecho y exhausto de los carabineros. Durante la batida sólo habían logrado coger una pareja de becacinas y capturar a un pobre diablo que dormía en un matorral y al cual, con gran disgusto del mayor, debieron soltar luego de identificarlo como un pastor de un pueblo vecino.

En aquel momento, la condesa, advertida del retorno de la expedición, salió en carroza y nos encontramos todos delante del portón del palacio.

Y así fue liberado Alberto, con gran gasto para el gobierno, que no podía permitirse tales lujos, y ninguno para la condesa, que sí podía. Pero la cosa no terminó allí.

Alberto, que no había sido nunca revoltoso en su casa, se volvió más taciturno, se entristeció y perdió el apetito, decayendo rápidamente.

-Quiero volver con ellos -me repetía en voz baja, pues ahora lo vigilaban constantemente-. ¡Aquí no me dejan ni fumar en pipa!

Me daba tanta pena, que un día decidí contar a los bandidos la tristeza de Alberto. Al verme subir hacia ellos, trataron de desalentarme con una nutrida descarga de fusilería, pero a pesar de que sentía silbar las balas seguí tranquilamente mi camino, pues ya sabía que tenían muy mala puntería. Como el jefe me explicó después, temieron que hubiera ido a hacerme secuestrar. Les aseguré que los desligaría de su palabra a condición de que hicieran algo por el pobre Alberto.

El barbudo jefe escuchó con gran interés todo lo que le conté; luego me confesó que él también estaba muy triste sin el niño, pues se había encariñado con él como si fuera un hijo, y me prometió solemnemente ayudarlo de alguna manera.

Lo que sigue sólo lo conozco de oídas, pues al poco tiempo nos fuimos de Termani y volvimos a Montrecasse; de ahí que no puedo garantizar su autenticidad. Parece ser que el barbudo jefe, con mucho tacto, hizo saber a la condesa, por conducto de una camarera del palacio que andaba en líos con uno de la banda, que estaría dispuesto a rescatar al niño.

Que la condesa había pedido un rescate de cien mil liras, que el barbudo había ofrecido cincuenta mil, y que finalmente se pusieron de acuerdo por la mitad, es probable que no sea más que una vulgar calumnia inventada por los que aseguran que los ricos hacen cualquier cosa por dinero.

Los hechos reales son éstos: un buen día Alberto desapareció del palacio, y a quien le pedía explicaciones la condesa se refería vagamente a un pariente lejano, no muy fácil de identificar, con el cual se había ido a vivir. Mientras tanto, poco antes de esta misteriosa desaparición, ella había sufrido un revés que la postró en cama durante una semana: la diligencia que transportaba el recaudo de la venta del aceite de esa temporada fue asaltada en la carretera de Catanzaro. Y según los rumores, aquel dinero les sirvió a los bandidos para juntar la suma del rescate.

De acuerdo con los mismos rumores, Alberto pasó una juventud feliz con los bandidos en las montañas de Calabria. Cuando volví a verlo después de muchos años, las circunstancias no me permitieron pedirle que me contara la verdad de lo que había ocurrido, sin parecer indiscreto. Nuestro encuentro tuvo lugar en Montrecasse al retornar de una larga temporada en el extranjero. Le habían dicho que yo estaba de regreso y vino a saludarme y preguntarme si podía hacer algo por mí, en recuerdo de nuestra vieja amistad.

Me aseguró que no había envejecido absolutamente nada desde los seis años. A mi vez, yo lo encontré muy cambiado, alto y de aspecto arrogante, con ceño severo, un par de bellos bigotes negros, y muy imponente con su uniforme de capitán de carabineros de Termani.

CAPÍTULO SEGUNDO

PERSONAS Y FAMILIARES

CUANDO YO tenía ocho años, una banda de asaltantes atacó a mi padre en momentos en que llevaba la paga a sus operarios, y siguiendo la moda del día lo intimaron a escoger entre la bolsa y la vida. Mi padre estiró la mano para agarrar su escopeta y los asaltantes, hombres de palabra, le descargaron encima veintiséis balas. Aquel gesto suyo le valió a papá un funeral a expensas del Estado y a mi madre una pequeña pensión y una gran medalla, la que ella aún luce en todas las grandes ocasiones.

Comprendí de inmediato que, como único hombre de la familia, mis responsabilidades habían aumentado y me convertí en un buen niño que fumaba rara vez y que no le contestaba con insolencia a mi madre, hasta que llegué a ser más alto que ella, lo que fue bastante difícil, pues crecí muy lentamente. En cambio, muy pronto fui lo bastante veloz como para lograr sustraerme a la paliza semanal de la que ella se encargaba después de la muerte de papá, como un gesto de reverencia a su memoria. No salí ganando con el cambio: ella pegaba firme y a conciencia, si bien su estilo dejaba mucho que desear.

Mi padre no me dejó otra herencia que su reloj, de esos que es necesario adelantar quince minutos cada cuarto de hora; un sistema que no era muy práctico, pero que daba mucha confianza. No dejó dinero, y mi madre debió dedicarse a hacer bordados para redondear la mísera pensión, que no alcanzaba para mantener a la familia.

Yo no representaba una carga para ella, siendo como era una pequeña unidad casi completamente autárquica que en el verano se nutría sobre todo de melones, peces e higos, en invierno de castañas y naranjas, y fuera de estación de todo lo que lograba extraerle a la carretilla de los vendedores de frutas.

Las gemelas Carmelina y Assunta tenían cuatro años menos que yo y eran espantosamente inútiles. Ellas sí que eran una pesada carga para mi madre. Cada vez que se subían a un árbol, se caían. Recuerdo que una vez las obligué a subirse cinco veces seguidas al peral de un vecino y se cayeron todas las veces. Por último sus llantos desesperados atrajeron a mi madre, que me gritó:

-¡Córtala, Giannetto; se pueden romper la cabeza!

-¿Y qué importa una cabeza rota, si aprenden a conseguirse alimento? Sé razonable.

Mamá no quiso oír razones y desde entonces, antes de renovar la empresa, tenía que asegurarme que estaba lejos. En vano: las gemelas no aprendieron nunca a trepar árboles; sólo aprendieron a caerse más pronto.

Tan grave como el problema de alimentarlas era el problema de vestirlas. Si hubieran venido al mundo con un intervalo razonable, la más chica se podría haber puesto los vestidos usados de la más grande; pero como estaban las cosas mi madre tenía que trabajar por dos. Trataba de remediar el inconveniente dejando género para alargar en el corte de los

vestidos y agregándoles un volante a sus faldas, siempre de colores distintos, implantando con ello una nueva moda en el pueblo.

A veces ni mi propia madre podía distinguir a una gemela de la otra, y ellas se aprovechaban de su parecido para hacer bromas estúpidas a todo el mundo o para escapar de los castigos. Así, después de haber roto un objeto de valor o devorado la torta destinada a la comida dominical, se separaban, y cuando mi madre encontraba a una de ellas, ésta pretendía que la culpable era Carmelina. Se habían puesto de acuerdo de antemano. Pero a Carmelina no se la podía encontrar. Se presentaban a la mesa a horas distintas, pretendiendo ambas ser Assunta, y estar especialmente hambrientas. Por la noche, una de ellas se iba a dormir a casa de alguna tía; entonces, si mi madre lograba pescarla allí, aquélla decía que no era Carmelina, sino Assunta. Había períodos en que Carmelina se convertía en un mito: sabíamos que existía, como la Virgen; pero nadie la veía. Y continuaban de esta manera hasta que mi madre decretaba la amnistía.

Pero las cosas se pusieron realmente interesantes cuando estuvieron en edad de casarse, pues su parecido aumentaba con el correr de los años, y aún ahora yo sólo logro distinguirlas por el hecho de que una vive en Nápoles y la otra en Salerno. Solamente sus aspiraciones fueron siempre un poco distintas. Carmelina soñaba con un príncipe azul y con un millón de liras (antes de la desvalorización, por supuesto); en cambio, Assunta sólo quería una familia. 0 quizás fuera exactamente al revés.

De todos modos, yo le agradezco al Señor por haberme dado como hermanas sólo un par de gemelas, pues no habría podido soportar más, y en mis oraciones nocturnas le imploraba que me concediera a mí también un hermanito gemelo, que pudiera serme útil para sacarme de los enredos en que continuamente me metía, y que me hubiera asegurado también el tener un traje para cambiarme: mi oración no fue nunca escuchada.

Mi madre estaba feliz de no tener una prole más numerosa, como podría haber sucedido fácilmente, siendo así que todas las familias de la zona eran mucho más numerosas que la nuestra. La población atribuía esta prolificidad a algún elemento desconocido del agua de la región; los científicos locales sostenían más bien la hipótesis de que esto se debía a un factor en la atmósfera (¿quizás radiactividad?), dada la cercanía del Vesubio.

Mi abuela materna, precursora de los tiempos, había echado al mundo una numerosa prole mucho antes de que el Nuevo Régimen de Musso hubiese comenzado a conferir honores, dinero y medallas a las parejas más industriosas, puesto que en Italia había tan poca gente. Debe haber sido un trabajo muy ingrato para aquella pobre viejecita echar al mundo tanto hijo sin recibir la más mínima condecoración. Sea como fuere, teníamos una vastísima parentela que, debo reconocerlo, siempre estaba dispuesta a ayudar a los familiares ricos. No era culpa de ellos que nosotros fuéramos pobres. A mi madre (sabiendo que no le gustaba estar mano sobre mano) le daban trabajo, haciéndole encargos muy delicados que pagaban a precios reducidísimos.

Mamá podía enorgullecerse de tener no sólo gran cantidad de hermanos y hermanas diseminados por todas partes, sino que también numerosos tíos y tías, que a su vez proliferaban con laudable celo

patriótico, que cubría mucho terreno. Unos habían emigrado a América, otros a Australia o a Francia. Algunos habían desaparecido. A otros no se los nombraba jamás en nuestra casa. A otros se los nombraba muy a menudo.

De Ferdinando Vanvitelli se hablaba más que de ninguno. Era el clásico "tío de América", primo de mi padre y que quería mucho a la familia, y nosotros no nos cansábamos de hacer conjeturas sobre los beneficios que sacaríamos cuando regresara. Había emigrado muy joven y fue el primero de la familia que se repatrió. Me lo había figurado siempre adornado con todos los atributos de la fortuna: con un escarbadientes de oro, una gran cadena de oro que le atravesaba la panza, y una mujer gorda, tintineante de joyas desde las orejas hasta los tobillos. La imaginación no me había engañado.

A pesar de su estatura pequeña, el tío Ferdinando tenía un aire importante y próspero, que se debía sobre todo al tórax gordiflón adornado por la imaginada cadena y a la mole imponentísima de su mujer, que medía un metro ochenta de estatura y pesaba ciento diez kilos vestida (desvestida no se sabía cuánto pesaba). Se llamaba Grazia, era ítalo-americana y gozaba de un apetito que, de haber durado, nos hubiera arruinado completamente: todo lo que mi madre ponía sobre la mesa se hacía humo con ella; y nosotros, como éramos pobres, no podíamos permitirnos el lujo de negarle hospitalidad a un pariente rico.

-Traje algo de plata -insinuó el tío Ferdinando durante la primera comida en nuestra casa-, pero mi verdadero capital está en mi boca.

-¿Te refieres a los dientes de oro? -le preguntó mi madre, muy afanosa.

-Me refiero a mi garganta de oro. Tengo una hermosísima voz de tenor.

-Toda Nueva York se echó a sus pies -mintió Grazia con la boca llena de pollo, y nosotros expresamos sonoramente nuestro entusiasmo al saber que teníamos un artista en la familia.

La verdad era algo distinta, como supimos muy pronto. En Greenwich Village, el barrio italiano de Nueva York, el padre de Grazia tenía un restaurante donde tío Ferdinando, trabajando de mozo, había hecho carrera casándose con la hija del patrón, el que murió poco después de un ataque, cardíaco. El restaurante era uno de esos lugares típicos donde el propietario y la servidumbre hacen exhibiciones de bel canto a una clientela que no mezquina los aplausos con la esperanza de ser bien atendida. En el local de Grazia, por razones de ambiente, se cantaban arias de óperas italianas, y al cabo de unos años de recoger fáciles aplausos el tío Ferdinando se había formado una opinión tal de sus condiciones de tenor que, alentado por su ambiciosa consorte, decidió lanzarse a la carrera lírica.

Pero ellos habían hecho sus cálculos sin contar con los empresarios. Estos fueron de opinión, y se lo dijeron con palabras crueles, que Ferdinando Vanvitelli sólo tenía en común con los grandes tenores italianos el volumen de su panza. Cuando, consumido por la mortificación, había incluso empezado a perderla, la pareja se decidió a vender el restaurante y volver a la patria, donde se sabía apreciar mejor a

los artistas. Pues, según un agente teatral que deseaba deshacerse de la incómoda pareja, un triunfo en la Scala de Milán o en el San Carlo de Nápoles les abriría también las puertas del Metropolitan de Nueva York.

Apenas llegó a su patria, el tío Ferdinando no perdió tiempo en desprenderse de sus ahorros, y a los dos meses debutó en El trovador, en el papel de Manrique en un cine de Salerno que para la ocasión había sido rebautizado Nuevo Teatro de la Opera, porque el director tenía fe en el talento del tío Ferdinando y también en los dólares que aquél había anticipado para los gastos.

Mi madre, que conocía al público meridional y previendo un desastre, rehusó asistir a la inauguración; pero fui yo.

Fue aquél mi primer encuentro con el Arte. El tío Ferdinando me dio una entrada de favor y me hizo una proposición comercial. Me explicó que a veces un niño pequeño puede hacer que se desencadene una fuerte salva de aplausos, y quería que me pusiese a batir palmas y a gritar "bis" cuando él terminara ciertas arias que me cantó. Me prometió darme luego cinco liras y quizás hasta llevarme a América después. Me aseguró que desde ahora nuestra fortuna estaba hecha. Agregó:

-¡Viva Italia! ¡Viva el rey!

Durante todo el primer acto reinó en la sala un silencio perfecto,. a excepción de un niño de ocho años que no podía dormir sin roncar. Hasta ahora soy del parecer que los que más se divierten en la Ópera son los cantantes, y que para los asistentes el espectáculo más interesante está constituido por los intervalos, que deberían ser más frecuentes y más largos.

. El fuerte del tío Ferdinando era el pianissimo. Desgraciadamente, había gente que lograba oírlo. El segundo acto fue el fatal. Como había dormido durante todo el primer acto, decidí rehacerme en el siguiente, largándome a aplaudir y gritar "bis" apenas mi tío aparecía en escena; pero los demás espectadores que ya habían empezado a dar muestras de impaciencia me hicieron callar, luego me expulsaron de las aposentadurías, y cuando terminó el espectáculo fui maltratado por mi tío. (Gracias a la intervención de la policía el espectáculo había terminado durante el segundo acto, ya que el público insistía en desaprobar los méritos de la voz de mi tío, mientras él insistía en seguir cantando, interrumpiéndose de vez en cuando sólo para demostrar a su vez su desaprobación por el público.) No recibí nunca las cinco liras prometidas, lo que me puso en un serio compromiso, pues había contraído ya numerosas deudas. Luego de largas reflexiones llegué a la conclusión de que para un joven ambicioso tenía que haber un modo mucho mejor de ganarse la vida.

Después de aquel desgraciado incidente el tío Ferdinando predijo la inminente decadencia de la música lírica y rehusó volver a cantar a menos que fuera para un pequeño círculo de amigos. Ya no tenía medios como para volver a América y al mismo tiempo, por una extraña coincidencia, se dio cuenta de que tampoco tenía amigos. Murió muy amargado un año más tarde, llorado estrepitosamente por su esposa, que al poco tiempo emprendió vuelo con un primo del difunto. Se fueron a Australia, donde desaparecieron sin dejar otros rastros que una suave fragancia.

La ambición incontenible fue siempre una característica de los miembros de la familia. Uno de los más ambiciosos fue ciertamente Renato Marsicone, un primo de mi madre, que vivía en Torre Annunziata. Era terriblemente pobre, y el pensamiento de no poder ayudar a los numerosos parientes y amigos necesitados lo mantenía despierto toda la noche. He conocido a mucha gente que no podía dormir con el pensamiento de no poder ayudar a los necesitados; pero Renato Marsicone era de aquellos que se preocupan realmente.

Una noche, aprovechando su insomnio, decidió aligerar los bolsillos de algunos de los comerciantes más ricos de la ciudad: empresa que por cierto no era muy fácil. Mientras más dinero tienen, más se preocupan los comerciantes de Torre Annunziata de conservarlo, rodeándolo de toda clase de protecciones; por lo cual el tío Renato tuvo que proveerse de una gran variedad de dispendiosas herramientas: ganzúas, sierras circulares, llaves inglesas, martillos y cinceles, taladros eléctricos, taladros oxhídricos, cartuchos de dinamita. Afortunadamente el comerciante de herramientas, como sabía que era un hombre honrado, le dio todo a crédito, a cambio del diez por ciento de las utilidades.

Para no perturbar el sueño de los ricos comerciantes (puesto que los ricos de Torre Annunziata tienen el sistema nervioso muy delicado y nada los incomoda más que ser molestados de noche por la gente que quiere dinero), el trabajo se hizo de noche.

Renato se introdujo en sus habitaciones escalando los muros y penetrando por alguna ventana, a pesar de que no era ya un jovencito. Estando ya dentro de la casa era muy fácil encontrar el dinero: grandes y conspicuos cofres le ahorraban búsquedas fatigosas. Al día siguiente invitaba a parientes y a amigos a participar en espléndidos banquetes, y se prodigaba generosamente también con un grupo de muchachas desafortunadas.

Toda la ciudad estaba de acuerdo en considerarlo como una persona encomiable, tanto que las mismas autoridades se interesaron por su actividad filantrópica y el procurador del rey informó públicamente a un juez, el que resolvió que Renato Marsicone fuera llevado a vivir a costa del Estado en uno de los edificios más seguros de la ciudad por espacio de unos quince años.

Pero luego de siete años de vida tranquila y serena, la suerte se volvió adversa para mi pobre tío: el Estado no respetó la promesa dada, y lo largó a la calle. Abandonado y traicionado, el pobre hombre decidió valerosamente retornar a su vieja actividad, que, como lo demostraré, no está libre de peligros.

Escogió, para su vuelta, el chalet de un solitario profesor, coleccionista de antigüedades. Pero los años de vida fácil habían hecho perder a mi tío su destreza e hizo demasiado ruido. El profesor, que dormía en el piso de arriba, saltó de la cama, se aventuró hasta el piso bajo y paró la oreja. Luego de escuchar durante un cuarto de hora el ruido de pasos sigilosos, de muebles trasladados de un lado para otro, de cajones que chirriaban, de porcelanas que se hacían añicos, y la batahola armada por adornos y fierros varios que entrechocaban y caían, aquel hombre, con la agudeza propia de los profesores, dedujo que podía

tratarse de un ladrón, por lo que decidió ponerse a temblar y corrió a tomar su revólver.

Era experto en antigüedades, pero no entendía nada, de revólveres, aunque bastara distinguir entre el cañón y el gatillo, y al bajar temblando por la escalera disparó accidentalmente un tiro. No sé si se dan cuenta de la impresión que le puede causar a un hombre aterrado el ruido de un disparo de revólver en una casa solitaria durante la noche.

El revólver se le cayó de las manos y el pobrecito corrió a encerrarse en su pieza, donde, temblando, esperó a que llegara el alba. Por la mañana, cuando entró la sirvienta, él bajó al primer piso para inventariar el daño.

Lo esperaba una sorpresa: nada había desaparecido. Incluso el tío Renato, que había muerto de un ataque. El susto producido por el disparo había sido demasiado para su tierno corazón.

Más corto pero más brillante fue el éxito de otro tío en segundo grado, Antonio Manganelli, el único de mi familia que logró ver su nombre en un aviso luminoso de la ciudad de Nueva York. Su padre, que era bibliotecario de un rico y muy respetado agricultor, no veía con buenos ojos las aficiones atléticas de su hijo, y había tratado de convencerlo desde chico que sólo con la ayuda de los libros podía elevarse en el mundo un joven de condición modesta. Y con tal motivo lo encerraba en la biblioteca durante varias horas al día. Como buen deportista, el joven tomó al pie de la letra el consejo paterno, desarrollando prodigiosos músculos mediante el alzamiento de los volúmenes más pesados de que podía disponer. Luego de dos años de trabajo asiduo logró levantar la mitad de la Enciclopedia con una sola mano; un año más tarde, logró levantar también la otra mitad, aunque no el Índice.

El viejo caballero, impresionado con tales proezas, decidió mandar al joven a América a la conquista del título mundial de boxeo; no sé si fue por simple ambición de lucro, o por razones patrióticas, o para recompensarlo por sus esfuerzos culturales.

La fuerza sola no le bastó para conquistarle a Antonio el ambicionado título. Incluso, los gruesos músculos obstaculizaban sus movimientos, y los adversarios se reían de él, pegándole a gusto y esquivando con facilidad sus afanosos golpes de dinosaurio. Lástima, porque las pocas veces que Antonio lograba colocar un golpe alguien daba con su cuerpo por el suelo; a menudo, el árbitro.

Cuando no encontró a nadie más que estuviera dispuesto a pegarle, se enganchó en un circo, donde, vestido con una piel de leopardo, doblaba barras de fierro, masticaba puñados de clavos y hacía alarde de otras amenidades por el estilo. Fue entonces cuando su nombre apareció en un aviso luminoso a la entrada del Madison Square Garden. Las mujeres se volvían locas por él. Y realmente debe haber sido un espectáculo muy seductor ver a aquel hombre lleno de músculos y cubierto por una breve piel de leopardo, doblar con una mano una herradura de caballo y levantar una gran piedra con la otra, mientras sonreía con la boca llena de clavos semimasticados. Como tantos grandes hombres, acabó asesinado a traición, no se sabe si por mano de un marido celoso, de una amiga abandonada o de un colega envidioso. Lo encontraron, una dulce noche de

verano, cuando flotaba a la deriva en el río Hudson, en apariencia perfectamente sano, salvo un pequeño agujero en el cráneo. Por lo menos había muerto con la mente abierta.

Es muy descorazonador tener tantos parientes que, con uno u otro pretexto, se van al otro mundo, especialmente cuando no dejan ni un cinco a los parientes inconsolables; pero más descorazonador aún fue el caso de uno que se negó a morir.

CAPÍTULO TERCERO

EL TIO PRODIGO

TENÍA NUEVE años cuando nos fuimos a vivir con Attilio Mattacurate, un tío de mi madre que vivía en una casita de piedra un poco tísica en el extremo de Montrecasse. Seguíamos siendo pobres, pero no respetables ni respetados, y eso era por culpa de nuestro pariente, que en las dos vertientes de la península y hasta en las faldas del Vesubio era conocido sólo por el nombre de Atila: avaro y malvado sin circunstancias atenuantes.

Nuestra madre -y en esto la ayudaba el tío Atila- quería creer que él la había recogido en su casa porque tenía un gran corazón; pero nosotros sabíamos muy bien que aquel gran corazón era un corazón de piedra, y que el tío le exigía un arriendo exorbitante por las dos malas piezas que ocupábamos. Incluso había inventado, de pura avaricia, un término nuevo, que definía como "plan económico", y así decía que los préstamos que él otorgaba a los campesinos que se encontraban en apuros, con una tasa de interés ilegal, se hacían sólo con el fin de enseñarles a aquellos desgraciados los peligros de la vida y el valor del dinero.

Además de sus préstamos usurarios, ejercitaba un comercio legal: vendía granos y sacos llenos de éstos entorpecían siempre el trabajo en la cocina. Después de llevar a cabo una venta, subía la escalera de cuatro en cuatro peldaños con sus larguísimas piernas, estrujando las monedas y billetes de banco en su mano como si fueran agua en el desierto, y se precipitaba a guardarlos en la caja fuerte que tenía amarrada con grandes cadenas en el armario de su dormitorio: allí conservaba toda su fortuna desde que se peleó con el Banco.

El tío Atila debe de haber andado por los cincuenta años cuando sucedió el episodio más importante de su vida. Nosotros los niños considerábamos viejo como el Padre Eterno a un hombre de esa edad. El se veía aún mayor. Era largo y delgado como un tallarín, con los ojos hundidos y las mejillas descarnadas, los cabellos grises y ralos y una gran nariz ganchuda, por lo que siempre lo comparaban con un ave de rapiña, sobre todo la gente que no tenía muy buena opinión de las aves de rapiña.

Aparte la avaricia, su característica más notable era su voz, potente como un órgano de catedral. Cuando susurraba en la cocina se lo podía oír hasta en el techo. Pero rara vez susurraba y cuando abría la boca jamás emitía música sacra.

Nuestro pueblecito tenía métodos muy eficaces para castigar a quien le fuera antipático, y un buen día el tío Atila se vio señalado como el *iettatore* número uno de la región: apenas lo divisaban los aldeanos se prendían de sus rosarios, de sus cruces, cuernos o verjas de fierro, tiraban puñados de clavos y se tocaban la ingle como conjuro.

Naturalmente su negocio pagaba las consecuencias de este asunto. Sin embargo, a fuerza de frugalidad, de una vida solitaria (hasta sus parcas viandas las comía solo), y de la economía más rígida, el tío Atila logró guardar unos pocos pesos, y en Montrecasse, donde todo se medía por una escala muy modesta, era considerado hombre rico, lo que aumentaba la antipatía que se le tenía.

En continuos choques con todo el mundo, eran pocas las personas a las que no les había dado amplios motivos para odiarlo; las otras lo odiaban por lo que habían oído hablar de él. Su lema era "primero yo", como se demostró muy bien en la épica batalla que sostuvo con el pacífico Giacomone, lo que merece un acápite.

Un buen día Atila, que desde hacía muchos años usaba como oficina un hoyo en la plazoleta del pueblo, pensó que podía ahorrarse incluso aquellas pocas liras de alquiler si trasladaba sus asuntos a la Nueva Italia, el café de Giacomone, donde durante el día no había por lo general nadie más que el dueño y un mozo agonizante, quien, apoyado en la puerta, con una servilleta mugrienta bajo la axila, seguía la turbia corriente de sus propios pensamientos con ojos trágicos y remotos.

Una hermosa mañana apareció Atila y se sentó a una mesita en un rincón, sobre la que abrió una caja de madera: su muestrario. Luego pidió un café y se puso a esperar a los clientes.

Al poco rato éstos empezaron a llegar, apretando convulsivamente sus amuletos o hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón. Atila tomaba del muestrario puñados de trigo, arroz, maíz, porotos, lentejas, habas, cebada, garbanzos, y hacía deslizarse los granos entre los dedos. Y aquí empezaba la lucha por los precios.

Las cosas anduvieron bien durante algunas semanas. Los clientes de Atila no se servían más que grandes vasos de agua fresca, y cuando sonaba el teléfono (el único teléfono de Montrecasse) era generalmente por un pedido de granos. Giacomone, hombre obeso y de aspecto bonachonamente porcino, contemplaba esto con creciente irritación. Aquel rincón bullicioso le arruinaba la unidad del cuadro que, salvo las moscas y alguna fauna menuda, siempre había, respirado un aire de calma llena de dignidad.

El vaso rebasó el día en que un aldeano entró al café mostrándole a Giacomone una tarjeta impresa que decía: Attilio Mattacurate, Granos. Oficina: Café Nueva Italia, Teléfono N. 1.

Con mucho tacto, y a pesar de la antipatía general de que gozaba Atila, los presentes se abstuvieron de tomar partido en el asunto que siguió. Al final de cuentas, quien, mediante un pago en dinero contante y sonante, pedía un café tenía derecho de ocupar una mesita durante todo el día y tratar allí todos los negocios de este mundo. Especialmente si se trataba de un cliente asiduo. Y que Atila fuese un cliente asiduo ni siquiera Giacomone podía negarlo.

Pero el buen hombre, que había perdido la paciencia, cogió sin más ceremonias a su cliente más asiduo por el cuello de la chaqueta y lo arrastró hacia la puerta. Atila se resistió, hundiendo sus puños huesudos en el vientre suave de su contrincante, y éste reaccionó arrancándole una ceja. A la vista de su propia sangre, Atila lanzó el grito más espantoso que según los ancianos se haya jamás oído en la península sorrentina, atrayendo a otros espectadores, entre los cuales estaba yo, que me encontraba dormitando bajo un árbol de mandarinas no lejos de allí; luego, dando grandes pasos con sus largas piernas resecas, se dirigió hacia el retén de carabineros.

Pero Giacomone también se había dirigido hacia el retén de carabineros. Seguidos por una horda siempre creciente de partidarios, los dos hombres se trabaron en una lucha de improperios tales, que la justicia debería haber concedido la palma al primero en franquear su puerta. Yo era el único que gritaba en favor de Atila (por lealtad hacia la familia), aunque estuviese de parte de Giacomone con todo mi corazón, pues éste me regalaba un terrón de azúcar dos veces al año.

El brigadier, máxima autoridad de Montrecasse, era un hombre triste y amargado. Con voz aburrida explicó que en tiempos como aquellos los hijos de Italia deberían estar unidos en vez de combatirse: explicó que en este mundo existen cosas más importante que el dinero; recordó las glorias pasadas (Julio César, Dante, Miguel Ángel); finalmente aconsejó a los contrincantes que trataran de llegar a un acuerdo amistoso y que lo dejaran en paz.

No bien hubo terminado, los otros dos empezaron nuevamente a gritarse. El brigadier, que simulaba estar muy ocupado con unos papeles en el escritorio, se levantó de repente. Con voz perentoria decretó que Atila tenía derecho a estar todo el día en la Nueva Italia con su muestrario, siempre que desembolsase regularmente los cuarenta céntimos del café, pero que no le estaba permitido usar en sus tarjetas de presentación la dirección del local.

Así, pues, Atila siguió recibiendo a sus clientes en el café; pero su rencor crecía día a día porque Giacomone le negaba el uso de la dirección del local en perjuicio de su negocio. Para él éste era un asunto de dinero y no de principios.

En lo que respecta a Giacomone, empezó a perder la panza y la salud, y parece ser que incluso consideró la posibilidad de echar un poco de veneno en el café de su cliente. Pero sus amigos lo disuadieron de tales propósitos, porque el hecho podría prestarse a incomodidades.

Mientras Atila se ponía cada vez más esquelético, el pueblo murmuraba esperanzado: "Se está por ir donde el Creador". En efecto, un día vimos como lo llevaban a casa sin sentido. Cuando volvió en sí estaba demasiado débil para mover un dedo, y en los días siguientes no quiso probar alimento. Se preocupaba tanto de su negocio que por fin le vino un fiebrón. Sólo entonces aceptó que se 11amara al médico, con el cual, naturalmente, tenía una divergencia muy antigua.

No olvidaré jamás aquella noche. Poco antes de la comida mi madre me llamó agitadísima:

-¡Gianni! Al tío le falta el aire. ¡Corre a llamar al doctor!

El doctor Filipponi no vivía muy lejos. Nadie vivía muy lejos en Montrecasse. Lo encontré cuando acababa de volver de sus visitas y le estaba quitando la montura al burro. Era un hombre de dimensiones heroicas, metido dentro de un traje negro.

-La mala hierba no muere -me aseguró después de haberme escuchado-. Ni siquiera un médico los puede librar de ese canalla.

Haciendo caso omiso de mis súplicas, pasó a la cocina donde se sirvió un vaso de vino y empezó a comer una salchicha. Ya con el estómago lleno se puso más caritativo:

-Si voy, es por la santa de tu madre. -Luego apuntando hacia el techo con un pedazo de salchicha, dijo-: ¡El cielo me lo pagará!

Tener al médico en casa era un acontecimiento que nadie quería perderse, y toda la familia se metió detrás del médico en la habitación del enfermo, incluyendo a doña Elisa, una vecina, y Lucciola, una de mis compañeras de juegos. Cuando el doctor se sacó la chaqueta se hizo un gran silencio: en mangas de camisa tenía realmente un aspecto muy profesional.

Auscultó al enfermo golpeando con las coyunturas de los dedos sobre el tórax huesudo del tío, el que retumbó como un bombo, y Atila, que lo observaba sospechoso, se informó de inmediato:

-¿Cuánto me vas a cobrar?

-Te lo podré decir cuando sepa qué es lo que tienes. Por el momento no siento más que un gran vacío.

-¡En tu cabeza sí que hay un gran vacío: y por un vacío no se paga! -respondió salvajemente Atila, agregando algunas palabras respecto a la madre de Filipponi. Este no estaba de acuerdo y empezó una discusión que casi puso fin a la visita. Todos nosotros nos pegamos a los brazos y las piernas de Filipponi para sujetarlo, y yo escondí su chaqueta hasta que estuvo dispuesto a continuar la visita.

-Déjame verte la lengua- ordenó temblando de rabia.

Atila estiró un pedazo de carne amarilla.

-Un asco de lengua -y Filipponi la apretó entre sus dedos con el fin de que el tío no pudiera contestarle. En seguida levantó al paciente como un saco de harina, lo dio vuelta, le desnudó la espalda y ordenó a los espectadores que se diera n vuelta cara a la pared.

Yo espié por encima del hombro. Primero, Filipponi apoyó el estetoscopio sobre la espalda del tío; luego hizo lo que hacen todos los médicos cuando creen que nadie los está mirando: sacó el estetoscopio y apoyó la oreja. Por último, incorporándose, anunció triunfante:

-Te vas a morir.

-Tú también.

-Pero tú dentro de muy poco tiempo!

Esta vez hasta a Atila se le entró el habla. Siguió un silencio aterrador. Mi madre se agarró las manos con un chasquido y las mantuvo apretadas. Luego se aventuró a decir:

-¿No se le podría dar una purga?

-Pero si no tiene nada en el estómago.

-¿Quizás ponerle unas sanguijuelas?

-Se morirían de inanición, pobrecitas.

Ya no quedaba nada por sugerir; éstos eran los únicos remedios, en memoria de los hombres, que en su vida había empleado Filipponi; no le quedaba más que hacer el signo de la cruz y echarse a llorar.

Finalmente se oyó la voz del paciente, tan baja y temerosa, que nadie la reconoció:

-¿Dentro de cuánto tiempo me voy a morir?

-Dentro de uno o dos días.

Por, un buen rato sólo se oyeron los sollozos de mi madre y de doña Elisa, que se sentía obligada a acompañarla. La escena era muy bella y conmovedora. Entonces retumbó de pronto la voz de Atila con renovado vigor:

-¡Fuera de aquí, carnicero! ¡Fuera, capón! ¡Socialista! No recibirás ni un centavo por esta visita.

-Se la cobraré a tus herederos -le dijo Filipponi, sudando pero imperturbable-. Para ellos será un placer pagármela. -Y salió con mucha dignidad.

La alusión a los herederos impresionó mucho a Atila. Nos miró a todos como si le hubiésemos pedido un préstamo, y cuando mi madre le preguntó en medio de sus sollozos: "¿Quieres que llame a un sacerdote?" le contestó rugiendo más que hablando: "¡Váyanse todos al diablo!"

Pero un poco más tarde, sintiendo la muerte muy cercana, empezó a tener miedo y me mandó a buscar a don Basilio, el párroco. Este, después de haberse refrescado con un vasito de espumante que le ofreció mi madre, subió pesadamente al piso superior.

Nosotros cenamos en medio de un silencio imponente mientras el tío descargaba todos sus pecados en el regazo del Señor. Pasaron con facilidad un par de horas.

Por fin don Basilio volvió a bajar, moviendo la cabeza y hablando consigo mismo, y nosotros, reverentemente, lo escoltamos hasta la puerta, donde murmuró una bendición en beneficio nuestro.

Al poco rato llegaron sor Teresa y sor Tina; se había corrido la voz de que Atila estaba entregando su alma, y estas amazonas de Jesús habían acudido para ayudar al pecador a enfrentar el último viaje. Pero aun antes de que pudieran subir, del piso de arriba el vozarrón gritó que era una vergüenza que un hombre no pudiera tener ni un cinco ganado con el sudor de su frente sin que los ávidos parientes trataran de despedirlo para el otro mundo con ayuda de médicos, curas y monjas.

Mi madre les rogó a las hermanas que se fueran y volvieran dentro de uno o dos días, cuando, de acuerdo a lo que decía el médico, estaría menos hablador y más accesible, y les ofreció una taza de café que ellas rechazaron con una dulce sonrisa, prometiendo volver.

Estoy seguro de que aquella noche mucha gente rezó para que Atila se fuera sin sufrir mucho pero rápidamente, y nuestra madre, para evitar pedidos de ese tipo de parte nuestra, nos hizo rezar en voz alta, obligándonos a implorar al Señor, con voz sonora y clara, para que el tío pudiese cumplir otros cien años. Yo agregué una silenciosa cláusula en la que pedía que, cuando el Señor considerase necesaria aquella muerte, yo pudiese heredar por lo menos bastante dinero como para permitirme vivir como un rey hasta el final de mis días.

A la mañana siguiente Atila le dio a mi madre la llave del armario y se hizo traer sus ahorros: un gran fajo de billetes de banco que guardó bajo su almohada, mientras nos lanzaba miradas furtivas. Podíamos leerle el pensamiento como si estuviera escrito sobre su frente: sufría por no poder llevarse el dinero y, más aún, de pensar que otra persona iba a aprovecharlo.

Luego de pasarse la mañana rumiando sus pensamientos en silencio, sacó un billete de banco y me ordenó comprarle media docena de botellas de Moscato Amabile en el Barril de Oro, insistiendo en que no me olvidara del recibo y el cambio.

-Es su último deseo -murmuró mi madre con voz ahogada- ¡Rápido, Giannetto!

El almacenero me miró sospechoso cuando le aseguré que Atila estaba aún vivo, pues en el pueblo había corrido la voz de que ya estaba achicharrándose en las llamas eternas. El vino costaba carísimo, pero el hombre no quiso firmarme un recibo, pues le daba vergüenza mostrar que no sabía hacer una cruz.

En la habitación de Atila encontré a Ciccillo, el barbero bizco que concedía a todos sus clientes una afeitada post mortem gratuita, de modo que en el ataúd tuviesen un aspecto presentable. Había creído que encontraría al tío ya dispuesto, y ahora estaba hincado en el umbral, observando estupefacto desde un rincón de su ojo más normal.

-¿A qué has venido? -estaba gritando Atila cuando yo llegué-. ¿A cortarme el pelo para venderlo en tu boliche?

-Te vine a hacer una visita de amigo -balbució

Ciccillo, con una mano en un bolsillo, y la otra, en la que tenía la servilleta, escondida detrás de la espalda.

-¡Anda, maldito, fruto del pecado! ¡Ándate, hijo del demonio! ¡Iettatore maldito! -Y Ciccillo huyó aterrorizado.

Destapó una botella y observé a mi tío saborearla ostentosamente, haciendo lo que me parecía un esfuerzo ridículamente tardío por gozar de su dinero.

Pero mi madre dijo que la costumbre y la piedad exigían que se accediera a todos los deseos de un moribundo, y yo destapé otras botellas.

Atila no murió aquel día. Estaba allí, silencioso en la oscuridad, siempre con una botella en la mano, que de cuando en cuando acercaba a la boca, sorbiendo largos tragos y mirando a su alrededor con ojos desconfiados. Tampoco murió al día siguiente, tanto que tuve que proveerlo de nuevas botellas. Por la noche, tenía las mejillas sonrosadas y los ojos ardientes.

-Es la fiebre -susurró mi madre.

En aquel momento Atila pidió un plato de pimentones al horno, y mi madre puso manos a la obra, sin gran entusiasmo, porque es un plato complicado y dudaba poder prepararlo a tiempo. Pero cuando estuvo listo, Atila estaba vivo aún … y muy hambriento.

Devoró toda la fuente, regándola abundantemente con moscatel y limpiando el, plato con el pan. Luego hundió la nariz en la almohada y empezó a roncar.

Cuando por la mañana se sentó en el lecho, con los ojos centelleantes y las mejillas sonrosadas, mi madre me apretó el brazo:

-¡Ya está! ¡Este es el final?

Se equivocaba. El colorido de Atila siguió acentuándose, aquel día y los días siguientes, hasta que llegó a tener un aspecto casi floreciente; pero no le dirigía la palabra a nadie sino para pedir bebidas y comidas. Luego de una semana de vida dispendiosa, mi madre, muy preocupada, llamó a Filipponi. Atila, lleno de pimentones y de odio, lo cubrió de improperios apenas lo divisó, y trató de golpearlo con una botella cuando el otro se agachó para auscultarlo; mamá se abalanzó sobre él y lo desarmó.

Filipponi comprobó con amargura que el paciente se hallaba bastante mejor, que el pulso estaba más fuerte y la presión bastante normal. A Atila, borracho hasta la punta de sus cabellos, le importaba un bledo saber si estaba vivo o muerto; pero estaba siempre decidido a gastar todo el dinero que pudiese, y yo, que veía desaparecer rápidamente mis esperanzas de una vida de rey, estaba ya dispuesto a conformarme con una bicicleta.

-Muy pronto tendrás una recaída -aseguraba de continuo Filipponi.

Mas, a pesar de que el médico venía regularmente, el enfermo sanó; un buen día Atila saltó de la cama y, descalzo hasta el mentón, persiguió al doctor escalera abajo, dando así la primera demostración de haber recuperado las fuerzas.

-Era de esperarse -decía el pueblo desilusionado de que hubiera rehusado morirse cuando el médico se lo ordenó.

-Mañana los friego a todos -anunció algunos días, después nuestro tío, dándole el bajo a un plato de macarrones y berenjenas- Me voy a Nápoles.

-Jesús, María y José -exclamó mi madre-. ¿Y quién se va a ocupar de ti?

Como única respuesta Atila sacó de su bolsillo un fajo de billetes: al día siguiente por la mañana, enfundado en su traje dominguero, que ahora ya le quedaba estrecho, partió.

No se supo jamás con precisión qué pasó en Nápoles. Algunos paisanos aseguraron haberlo divisado allí, pero sus declaraciones eran contradictorias: algunos pretendían que paseando en un coche con señoritas de aspecto dudoso, otros que lo habían visto comiendo con champaña en el Gambrinus y terminando la velada con una partida de póquer junto a compañeros de fortuna.

Mi madre estaba muy preocupada pensando que se encontraba solo en la metrópoli, con tanto dinero encima y tan poca experiencia, pues él no se había jamás alejado del pueblo. Y eso que ella tenía por primera vez una vida fácil: puesto que las preocupaciones le impedían concentrarse en

su trabajo, había comenzado a vender los sacos de grano que Atila guardaba en la cocina.

Yo comprendía muy bien que esto podría traernos muchas molestias el día que él volviera, y empecé a seguir la crónica negra de Il Mattino, esperando encontrar alguna noticia que dijese así: "Anoche en el Gambrinus, un caballero anciano fue aquejado súbitamente de un fuerte malestar en medio de la música y del champaña. Transportado con urgencia al hospital, el pobrecito murió al poco tiempo". 0 si no: "Esta mañana, en las aguas de Santa Lucía, un grupo de pescadores cogieron con sus redes el cadáver de un viejo en avanzado estado de putrefacción, con un cuchillo entre los hombros, lo que hace sospechar de que se trata de una muerte violenta. La policía indaga".

Pero el verano pasó sin que encontrara ninguna noticia que pudiera referirse al tío Atila. Mi madre, mientras tanto, había denunciado su desaparición y la policía de Nápoles había prometido informarla apenas encontrara, en la cárcel o en la morgue, a alguien que correspondiese a su descripción.

Nosotros, los niños, lo olvidamos muy pronto y felices. Nos bañábamos en el mar, jugábamos bajo los árboles, nos revolcábamos en la arena. Pero un día, cuando ya mi madre estaba tratando con don Basilio el precio de una misa en sufragio de su alma, Atila reapareció.

Pero no fue la policía quien nos lo trajo: fue Atila quien nos trajo a la policía.

Nos acabábamos de deshacer del último saco de grano y estábamos saboreando un opíparo almuerzo dominical, dispuesto en el patio para aprovechar los rayos del verano agonizante, cuando pasos precipitados sobre el pavimento nos sacaron del agradable torpor, y un instante más tarde el tío Atila pasó veloz delante de nuestros ojos. Ceñía su frente una venda ensangrentada, la nariz coloradísima parecía más chica entre las mejillas, más gordas, y su aspecto rubicundo era casi humano.

Pero a pesar de esto mi madre chilló: "¡Jesús, María y José! ¡Un fantasma!" Pero nosotros los de la nueva generación le explicamos que los fantasmas no sangran sino en muy raros casos, ni visitan a sus familiares en pleno día.

Además nunca se había oído hablar de un fantasma hambriento. Sin perder el tiempo en saludos, Atila, seguido por nosotros, se precipitó a la cocina donde se abalanzó sobre un jamón como un enamorado sobre el ataúd de su amada. Sólo entonces mi madre se tranquilizó.

Luego de comer y beber hasta saciarse, el tío nos abrazó a todos con cariño. En verdad estaba irreconocible, más aún en lo que se refiere al carácter que en su aspecto físico, y evidentemente feliz de encontrarse de nuevo entre sus queridos parientes.

Sus queridos parientes no tardaron en bombardearlo con preguntas respecto a sus andanzas. Atila, acorralado, reconoció que no le quedaba ya ni un centavo, pero rehusó entrar en detalles. Logramos, eso sí, comprender que justo cuando adquirió el gusto del champaña se le terminó el dinero, y a la vez, pudo darse cuenta de que el póquer no es siempre un juego de fortuna.

El doctor Filipponi nos aseguró que el tío había sanado definitivamente de una enfermedad tan fatal como antigua, conocida desde el tiempo de los latinos que la llamaban famis communis. ¿Su diagnóstico tardío? Avaricia. Por avaricia el tío Atila había quedado reducido a un estado de desnutrición que lo llevó al borde de la tumba. El consumo de vinos fuertes y viandas costosas sucedió justo a tiempo para arrancarlo de la muerte.

Atila tuvo ocasión de mostrarnos el espléndido estado de su salud cuando, una semana o dos después de su llegada, se reintegró a su vida amorosa.

Estábamos almorzando en la cocina, observando alarmados el nuevo apetito del tío, cuando de pronto la puerta se abrió de par en par mostrando a una bella señora, evidentemente presa de una gran emoción, y seguida por un carabinero real. Indicando a Atila con un largo gesto de su brazo gordiflón, gritó con aire trágico:

-Es él. ¡Agárrenlo!

No alcanzó a terminar de hablar y ya Atila había saltado de su asiento, precipitándose a todo lo que daba en dirección de la puerta de servicio.

Demostrando una gran experiencia y sabiduría, la desconocida había apostado otro carabinero en aquella salida estratégica. Atila no perdió el ánimo: abatió al carabinero alzando el brazo y largándole su más estentóreo "¡Fuera de aquí!", y el guardián del orden, huyendo aterrorizado, tropezó en el umbral de la puerta y cayó al suelo inconsciente.

La pausa fue sin embargo lo bastante larga como para que la dama echara sus potentes brazos al cuello de Atila, abrazándolo fuerte y maternalmente, permitiendo así al carabinero que la seguía que lo agarrara por detrás. Atila se dio vuelta y lo aterró con un tremendo revés.

Desde aquel instante la batalla, que al principio se había caracterizado por su estilo y limpieza, degeneró en un confuso sálvese quien pueda, con el triunfo fluctuante hasta llegar al vergonzoso epílogo. Toda la familia se metió como pudo en la pelea: recuerdo que en un momento dado mi madre y la desconocida se arrancaban violentamente gruesos mechones de pelo; las gemelas, lanzando chillidos agudísimos, le pegaban patadas en la cabeza al carabinero derribado por Atila, mientras yo le mordía el tobillo al que había tropezado y que, levantándose, se iba a arrojar sobre el tío.

Por unos instantes, nuestras fuerzas creyeron en una clamorosa victoria: fue cuando Atila, apoderándose de un frasco de Cragnano, estaba a punto de dejarlo caer sobre la cabeza de su contrincante. Pero en el último momento recordó lo peligroso que era golpear un cráneo humano con un frasco lleno de vino: el frasco puede romperse. Así, interrumpió su acción a medio camino... y fue su Caporetto.

Uno de los carabineros, a pesar de que las mellizas le impedían moverse colgándose de su brazo, atacó a Atila por la espalda asestándole un golpe en la nuca con la culata de su carabina, desmintiendo de este modo, de una vez por todas, las calumnias de que la policía no sabe manejar las armas de fuego. Atila, demostrando súbitamente un gran

respeto por la ley, se desplomó sobre el piso y no se movió más durante un buen rato.

Cuando, más o menos una hora más tarde, se repuso, nos llevaron a todos a la comisaría, donde se armó una gran pelotera, de la que nosotros los niños no llegarnos a comprender nada. Sólo entendimos que la señora acusaba a Atila de haberla ofendido quemándole un jergón o algo por el estilo. En todo caso, parece ser que la única reparación que quería era el matrimonio, y el brigadier le daba la razón. Dado que ella tenía a la ley de su parte, y nosotros habíamos aprendido a respetar la ley, sobre todo apoyada por las armas de fuego, Atila declaró que estaba dispuesto a casarse, y mi madre, suspirando, se decidió a preparar las viandas y el vino.

Pero las cosas terminaron de manera muy diferente a lo que nosotros esperábamos.

Cuando la señora se dio cuenta de que Atila no era en absoluto el caballero pudiente que le había parecido ser en Nápoles, sino que estaba completamente arruinado, le devolvió la libertad, demostrando que no era mala como al principio habíamos pensado; y así fue como los dos vivieron felices el resto de sus días.

Sin embargo, el destino le jugó una mala pasada a nuestro tío: le dio una voracidad espantosa, quitándole al mismo tiempo los medios para satisfacerla. En cambio ahora tenía amigos: Filipponi y Giacomone lo invitaban a comer y concluían las veladas con interminables partidas de póquer. Atila ganaba siempre, y esto era sumamente importante, porque él no tenía la menor intención de recomenzar sus negocios.

-¿Y si pierdes? -le pregunté una vez, luego que hubo contado sus ganancias con sus dedos largos y ágiles-: ¿Qué vas a hacer?

-¡No puedo perder! -Y se puso a manipular con suma destreza una baraja de naipes.

-¡Algo me huele a podrido!

-Pero yo no puedo permitirme el lujo de perder -se justificó-. ¡No podría pagar mis deudas, y eso no sería honesto! -Yo me emocioné mucho de verlo tan cambiado para mejor.

Había cambiado tanto que decidió desposarse con su dama aun sin la amenaza de las carabinas. Pero cuando la fue a buscar a la pensión donde se alojaba, supo que ella había emprendido el vuelo con el brigadier.

CAPÍTULO CUARTO

EL SABOR DEL BESO

PIENSO QUE lo que más le gustaba a Lucciola en mí era saber que yo la amaba, y ella sabía que yo la amaba porque se lo había dicho, y se lo había dicho porque sentía que cuando se hace esa declaración fatal a una niña suceden cosas extrañas y maravillosas, y quería develar el misterio de una vez por todas.

Ambos teníamos doce años, pero nosotros los meridionales somos precoces; nuestro desarrollo no va mucho más allá. Estábamos sentados en un pretil en el campo. Sobre nuestras cabezas las flores de azahar atisbaban entre las ramas verdes de los árboles. Alrededor nuestro las tuberosas y prímulas amarillas bebían el sol, y el aire estaba lleno de la fragancia de su dulce aliento. Lucciola chupaba la miel del tallo de un berro y balanceaba sus piernecitas desnudas, arañadas por las espinas y tostadas por el sol. Yo observaba de soslayo su melena negra, sus labios generosos, su modo de inclinar la cabeza cuando miraba el campo debajo de sus grandes cejas morenas, las manos chicas y duras, manchadas por la hierba y las flores, el colorido pálido que había hecho de ella una niña fea y empezaba a convertirla en una hermosa mujer.

-Te amo,-le dije de improviso, y esperé su reacción.

Tenía mucha curiosidad, pero sobre todo estaba muy preocupado. Nos conocíamos de tiempos muy remotos: mis recuerdos de ella se confundían con los de mis padres, con los recuerdos del pan, del agua y del cielo; nos habíamos odiado y peleado a puñetazos como dos hermanos, y nos habíamos reconciliado siempre porque no nos quedaba otra alternativa.

Al principio creí que no me había oído. Siguió balanceando sus piernas y mirando el campo. Luego las piernas se detuvieron y me miró:

-¿Has oído lo que dijiste? -preguntó con aire maravillado.

-Bajé del pretil y me detuve un momento, listo para huir:

-He dicho: te amo.

Por unos instante me pareció que estaba pensando en mis palabras, con la cabeza vuelta hacia el otro lado. Era una farsa. De pronto, cuando me acercaba muy despacio para mirarle el rostro, giró rápidamente como una gata, se abalanzó sobre mí riendo y hundióme las garras en la espalda, rodando ambos por tierra, ella sobre mí. La abofeteé con todas mis fuerzas porque no sabía qué pretendía hacer conmigo, y tenía miedo: más de una vez me propinó buenos golpes al pillarme descuidado. Empezó a tirarme el pelo, acercando tanto su rostro al mío que ya no pude seguir abofeteándola; tan cerca estaba que sentía el calor de su aliento y el olor de su piel: olor de hierba fresca y de miel y de tierra. Me tenía inmovilizado por los cabellos y me observaba. Ya no reía. Parecía que estaba. furiosa. Luego me besó en la boca.

Para mí aquel primer beso fue la mayor, la más inesperada, la más amarga desilusión de mi vida, y se lo dije. Ella estuvo de acuerdo conmigo.

Durante mucho tiempo no volvimos a hablar de aquel beso; pero evidentemente no lográbamos borrar su sabor, pues no nos quedamos tranquilos hasta que probamos de nuevo, y entonces perdimos la tranquilidad para siempre. La afición por los besos crece inexorablemente, como el gusto por las aceitunas. Hasta que descubrimos que no podíamos vivir sin aceitunas. Fue un descubrimiento terrible.

Lo que más me atraía en Lucciola era su mirada tranquila. Según un tío mío, que en Montrecasse era la máxima autoridad en cuestión de mujeres y de mulas, las muchachas se dividen en dos categorías: las de mirada fija y las de mirada móvil. Las muchachas de mirada móvil se convierten en mujeres fáciles; las otras suelen ser mujeres honestas. (La prueba de la mirada funciona sólo para las señoras: era un hecho reconocido que los únicos hombres que tienen la mirada fija son los que tienen dos ojos de vidrio.)

La mirada de Lucciola era fija como una brújula. Y eso a mí no me disgustaba mientras el polo magnético fuera yo.

Con el tiempo aprendimos a besarnos sin golpearnos la nariz. Pero, junto con la edad y la afición por los besos, aumentaron también las dificultades. En nuestra región las costumbres son muy austeras, y se han dispuesto fuertes multas para los que besan, hacen líos, roban en público o cometen alguna otra frivolidad por el estilo. En el tiempo en que Lucciola y yo comenzamos a besarnos, el que era sorprendido en flagrante delito de beso debía pagar diez liras y diez centésimos por "ultraje al pudor". Y si en vez de los carabineros uno era descubierto por la familia de ella, entonces era mucho más caro: era necesario casarse. La única alternativa posible era emigrar. Y ésta es una de las razones por las que hay tantos emigrantes meridionales desparramados por el mundo.

Antes de la guerra, diez y diez era un precio bastante alto para un simple beso. El que poseía tal suma podía llevar a su, novia a ver cinco películas, o cinco novias a ver una película, y además 1e sobraban todavía diez centésimos; por lo demás, el cinematógrafo era el lugar ideal para besarse, en las mismas barbas de los carabineros apostados en la oscuridad. Pero el cinematógrafo más cercano quedaba a diez kilómetros de Montrecasse, lo que complicaba mucho las cosas para los que no tenían bicicleta. Y por otra parte una muchacha como Lucciola no podía ir al cine sin ser escoltada por toda la familia, y eso, naturalmente, arruinaba hasta las mejores películas.

Lucciola tenía cuatro hermanos, además de un padre que no importaba gran cosa, y una madre que, por lo que molestaba, importaba bastante. Por cierto que no era una familia numerosa, pero, en compensación, los hermanos de Lucciola eran dos veces más altos y más gordos que los hermanos comunes. Y desde que dejamos de ser niños, yo y Lucciola ya no podíamos ir juntos al campo, por miedo de la mala lengua de las buenas gentes; tampoco había manera de encontrarse con ella en los jardines públicos, infestados de carabineros.

Por eso, cada vez que sentíamos el inexplicable pero imperioso deseo de besarnos, hacíamos lo que hacen todos los enamorados de nuestra región: nos íbamos a la estación, poco antes de la partida del tren. Era aquella la única ocasión en que la ley se hacía la ciega respecto a la ley del beso.

Cuando sonaba el pito del jefe de estación, Lucciola cerraba los ojos y alargaba los labios, y yo la cogía por la cintura y la besaba hasta que el tren se ponía en movimiento, a veces hasta con cinco minutos de anticipación sobre la media hora de retardo corriente; luego saltaba al tren y bajaba por el otro lado.

Esto nos bastaba al principio; pero un buen día ya no fue suficiente. Montrecasse era un pueblo tan chico e insignificante que no había suficientes trenes como para satisfacer nuestra sed que iba en aumento, pues nosotros queríamos besarnos a todas horas y no sólo obedeciendo a la señal del jefe de estación.

Yo no tenía miedo de que me pillara su familia: lo único que me aterraba era la multa, y el único modo de evitarla, a la larga, parecía ser el matrimonio.

Entre nosotros los noviazgos son siempre muy largos (el que se casa después de sólo un lustro de noviazgo es considerado muy impulsivo), por lo que, cuando cumplimos quince años, decidimos que ya era tiempo de hacer saber al mundo que estábamos comprometidos. Yo no hubiera sabido qué hacer, pero por suerte Lucciola, que una vez leyó una novela a escondidas, estaba muy al corriente del asunto.

-Tienes que visitar a mis padres y pedir formalmente mi mano.

-¿Formalmente? -le pregunté muy preocupado-. ¿Cómo se hace eso?

-Es cuestión de tenida. ¿Tienes un traje oscuro?

-¿Y para qué voy a tenerlo? En mi casa hace mucho tiempo que no se muere nadie.

-Te prestaré el traje negro de mi padre. Todos los trajes negros se parecen, y nadie lo reconocerá.

-Solamente tu padre y tu madre.

-No, porque lo mancharé primero. Peor para el traje. ¿Tienes una corbata?

-No -dije, humillado.

-Yo te compro una, si tienes una camisa. ¿Tienes camisa?

-¡Claro que tengo camisa! ¿Cuándo me vas a comprar la corbata?

-La próxima vez que mi padre vaya a Salerno. Iré con él.

Don Peppino, el padre de Lucciola, era empleado del correo y como futuro jubilado gozaba del respeto de todo el pueblo. Era un hombre enjuto, de modales tranquilos y modestos que yo siempre admiré. Casi todos los padres que conozco están absurdamente orgullosos de su estado, se pavonean con su prole y se dan muchos aires cuando hablan, como si el hacer hijos fuese una empresa ardua y meritoria, casi como andar patas para arriba o manejar motocicleta. El padre de Lucciola, por el contrario, era siempre moderado: realizaba con tranquilidad su trabajo y el resto del tiempo lo pasaba sentado en un sillón meditando. No le pedía más a la vida sino que lo dejaran en paz para meditar. (Nunca se supo lo que meditaba.)

Todos los meses hacía un viaje a Salerno, por lo cual todos lo envidiaban, aunque sólo iba a visitar a una hermana enferma. El día que

Lucciola quiso acompañarlo se conmovió mucho: era la primera vez que uno de sus hijos quería ir a ver a su tía enferma.

El día antes del viaje, Lucciola rompió su chanchito de terracota, donde guardaba el producto de casi diez años de economías: doscientas liras y centavos. Era mucho más de lo que esperábamos y muchísimo más de lo que costaba una corbata, incluso en Salerno. Así, pues, me compró también un sombrero. Lo enrolló y lo escondió bajo su falda, en el lugar donde era menos aparente y allí lo tuvo durante todo el viaje de vuelta. Tuvimos que esperar como una semana para que el sombrero recuperara casi su forma original.

Al domingo siguiente, Lucciola fue a misa temprano para poder sacar el traje negro de su padre mientras la familia estaba en la iglesia; entonces nos juntamos en un campo lejano y Lucciola me dio el traje y el sombrero. Me cambié detrás dé una zarza y en seguida salí para hacerme ver y admirar.

Ella me examinó con ojo crítico, inclinando la cabeza.

-Los pantalones son demasiado largos -decretó finalmente.

Después que los enrollé hasta el tobillo, se llevó una mano a la boca, aterrada, y exclamó:

-¡Nos olvidamos de una cosa!

-¿Qué cosa?

-¡Calcetines y zapatos! No puedes ir de traje negro con sandalias.

-¿Por qué no?

-Bah..., en realidad, ¿por qué no? Pero por lo menos hazlos limpiar. -Me los limpió con el pañuelo y un poco de saliva y luego agregó-: Me voy corriendo a casa por el campo. Tú, toma el camino, así no te ensucias. Nos vemos más tarde. Tal vez mi madre te invite a almorzar.

Me besó. Temblaba. De pronto arrancó, corriendo por los campos floridos, iluminados por el sol.

Al ver las flores se me ocurrió la idea de coger un lindo ramo para doña Lucía, la mamá de Lucciola. Sabía, porque lo había visto en una postal que tenía el almacenero, titulada "El compromiso" que un novio debe ir provisto de flores. Mi madre decía siempre que si se hace algo, es mejor hacerlo bien. Puse manos a la obra con gran fervor, arrancando las flores de la tierra con todas sus raíces y sin preocuparme del tiempo, que aquel día pasó mucho más rápido que de costumbre.

Cuando, acezando y semiestrangulado por la corbata, llegué a casa, la familia había terminado de almorzar y Lucciola tenía cara preocupada. Por la manera como todos me miraron comprendí que debía tener un aspecto muy poco recomendable. En realidad estaba bañado en sudor debido a la larga caminata al sol, y estaba lleno de polvo; pero a la espalda llevaba el ramo de flores y ramas más grande que jamás se haya visto en Montrecasse fuera de aquellos casos especiales de muertes múltiples.

. ¡Por Dios, Gianni, deja afuera tu forraje! -gritó doña Lucía.

Me quedé titubeante en el umbral, aplastado bajo el peso de mi carga. Entonces Lucciola me sacó de apuros:

-Espérame afuera mientras corro a buscar un cepillo.

Volvió al poco rato y se puso a cepillarme enérgicamente.

-¡Cómo te has ensuciado! ¡Has rasgado los pantalones y arruinado absolutamente todo!

-Te habías olvidado de las flores -le susurré con tono de reproche.

-¿Pero para qué quieres que sirvan las flores?

A decir verdad, no veía la utilidad de las flores; pero tampoco veía la necesidad del traje negro.

-Ahora abotónate los pantalones y entremos. -Me dio un último repaso con la escobilla, me limpió las sandalias con una rodaja de limón y entramos.

-Todavía estás a tiempo para comer un pedazo de torta -me dijo doña Lucia cuando nos sentamos. Esta no es de las compradas en la pastelería: se hizo en casa.

-No importa -respondí galante-. Me la como lo mismo.

-Sácate el sombrero -sugirió Lucciola.

Ignoré su absurdo pedido y hundí la nariz en el plato.

-¿Y por qué te has puesto tan elegante? –preguntó doña Lucia, mientras el cuarteto de hermanos varones sonreía. Sentía sobre mí los ojos ardientes de Lucciola y me parecía oír el latido de su corazón, pero no tuve valor de contestar y seguí comiendo, con la cabeza baja y las mejillas ardientes.

-Al verlo entrar con flores y sombrero, pensé que venía a pedir la mano de Lucciola -dijo el hermano mayor, sonriendo, y los otros le hicieron eco.

-Efectivamente -dije con rapidez, pero tenía la boca llena y lo único que salió fue un pedazo de torta: incidente que yo no encontré nada de gracioso, pero los hermanos sí.

-¡Mamá! -exclamó Lucciola-. Gianni quería decirte algo. ¿Qué le querías decir, Gianni?

Y yo, con aire indiferente, a pesar de que me ardían cada vez más las mejillas:

-Nada de especial Quería decir solamente que en realidad había venido a pedir la mano de Lucciola.

Salvo Lucciola, todos se rieron; incluso Don Peppino.

-Eres realmente muy divertido, Gianni -observó doña Lucia, y la cosa quedó allí. No. me quedó más que consolarme con la torta.

Lucciola estaba furiosa conmigo porque, según ella, como me dijo más tarde, no había sabido hacerlo. Y algunos días después le informó a su madre que yo había hablado en serio.

-¡Pero eres demasiado chica para casarte! -le dijo, riéndose, doña Lucia.

-Ya creceré.

-Entonces volveremos a hablar.

-¿Cuándo, exactamente? -insistió Lucciola.

-Cuando tengas dieciocho años. 0 veinte. Entre tanto ya conocerás a otros muchachos.

-¿Y conocerás a otros muchachos? -le pregunté cuando me contó este diálogo.

-Así lo espero.

Cuando niño solía ganarme algunas liras en el puertecito de Sorrento durante la salida del vapor que hace la excursión a Capri. Los pasajeros del vaporcito tiraban monedas en el agua límpida para ver cómo los niños se zambullían para cogerlas con la boca. Divertíamos a los pasajeros y nos divertíamos nosotros. Pero no se ganaba mucho, porque en el agua siempre había más niños que monedas. Muchos de estos niños eran de los alrededores. Y para mí el viaje a Sorrento significaba un descenso de una hora por escarpadas pendientes, y la vuelta, tres horas o más de treparme por los cerros.

Las mellizas, Assunta y Carmelina, todavía iban a la escuela, y por la noche bordaban junto con mi madre. Un hombre venía una vez por mes al pueblo para comprar los bordados de todas las mujeres. Vivíamos con esta entrada, unida a la pequeña pensión de mi madre. En Montrecasse poca gente vivía mejor Y poca gente vi vía peor.

-¿Cómo viven? -preguntaba algún emigrante repatriado o algún extranjero, muy raro por cierto, que llegaba al pueblo porque había extraviado el camino; y la contestación era siempre:

-Eh, nos arreglamos. -Y sacudían la cabeza. En Montrecasse uno no vivía, se las arreglaba. Y sacudía la cabeza.

Tío Atila ya no le exigía a mi madre que le pagara alquiler por la casucha, pero en compensación exigía que se le calmara su insaciable voracidad, y lo que gastaba por un lado era mucho más de lo que no ganaba por el otro. Ella era tan pobre, tan pobre que ni siquiera tenía deudas. Así fue que apenas llegué a la edad de la razón renuncié a la escuela para ayudarla. Renuncié con mucho placer, y el placer fue recíproco. La escuela y yo no habíamos andado nunca de acuerdo. Por mi parte yo me daba cuenta de que ella me impedía aprender las cosas esenciales: cómo llegar a ser rico, cómo se conquista a una muchacha, cómo defenderse de los compañeros, cómo se monta en bicicleta, y de ahí en adelante.

Empecé a pasarme los días en Sorrento, a disposición de los barqueros. Los ayudaba a sacar las lanchas a la playa, acompañaba a los excursionistas en el barco o remaba hacia el encuentro de los cutters provenientes de Nápoles, con la esperanza de que a último momento faltase providencialmente el viento junto a los bordes escarpados; en tal caso les echaba una cuerda y los remolcaba al puerto a fuerza de remos. Pero había que ser muy veloz y remar a todo lo que uno daba, haciendo carrera con los competidores. Los del lugar no querían a los intrusos, y debía tener mucho cuidado y estar en guardia contra sus disparos. 0 si no, cuando había ganado la carrera y llegado al cutter con la lengua afuera, éste hacía funcionar un motor auxiliar y casi me hacía irme a fondo.

No era un oficio provechoso, pero el solo capital que era necesario para ejercerlo constituía ya un timbre de honor.

Cuando estábamos por cumplir dieciocho años, Lucciola volvió a hablar con su madre sobre nuestro proyecto. Esta vez doña Lucia no se rió, sino que le hizo comprender, muy seria, que era imposible porque yo era pobre.

-Gianni tiene todo, excepto lo mejor -así definió delicadamente mi condición. Me quería mucho.

Por lo demás, en mi pueblecito las supersticiones abundan: la gente cree firmemente que trae mala suerte pasar bajo una escalera, perder la billetera, recibir trece balas en el corazón, y así un montón de cosas; pero lo que se considera de peor augurio es dar la hija como esposa a un pobretón. (Y el casarse sólo por amor es considerado inmoral, un acto digno de gente viciosa).

Corrí a pedirle consejo a mi madre. Por naturaleza, era rica en consejos, y los daba a todo el mundo, se los pidieran o no. Esta vez no supo qué decir.

-Para todo hay sustituto -explicó gravemente-. Hasta para el café. Lo inventaron los alemanes, dice el periódico. Pero ni siquiera los alemanes han logrado inventar un sustituto para el dinero. Cuando lo encuentren te lo haré saber.

-¡Pero igual nos podemos casar!

-A mí también me gusta, el cine, Giannetto, pero la vida no se desarrolla como en el cine. Por lo menos en este pueblo. Aquí sobra gente, y si no se tiene un padre rico o una mamá bonita es difícil mantener una familia. ¿Sabes por qué? Porque cuesta caro comer.

-Pero yo puedo comer menos y Lucciola come poquísimo. Nos arreglaremos.

Sacudió la cabeza y suspiró:

-Tendrán hijos. Muchos. Me basta verlos cuando están juntos para darme cuenta de que tendrán numerosos hijos. Los niños puede que no necesiten usar zapatos, la ropa de ellos la puedo hacer yo; pero tienen necesidad de comer, eso sí, y es muy duro cuando un hijo dice que tiene hambre y hay que contestarle que no hay nada que comer. Tú quizás hubieras sido más alto y más fuerte sí yo hubiera podido satisfacer tu hambre cuando eras chico. -Me miró un rato con los ojos tristes y cansados. No solía mirarme así y me dio pena verla en ese estado-. A veces, cuando niño, me decías que tenías hambre. ¿Te acuerdas?

-No -le mentí.

-No te va a resultar, Gianni. A no ser que se muera alguno de nuestros parientes ricos y nos deje un montón de dinero. Pero no te hagas ilusiones. Por lo general los ricos le dejan su plata a los ricos.

-Me iré al extranjero a hacer fortuna -le dije con decisión. Ella no me contestó, pero sus ojos se dilataron-. No sería el primero -agregué. Mi corazón se encogió tanto como el de ella.

-El pan extranjero es quizás más abundante, pero es más amargo, Giannetto. E incluso hacer dinero en el extranjero es más difícil de lo que parece. No creas, como tantos otros, que las calles están pavimentadas con lingotes de oro. Hay que trabajar fuerte durante muchos años. Y hay muchos que se demoran tanto que no vuelven más.

-Yo volveré.

Nos quedarnos silenciosos un momento. Me correspondía hacer el servicio militar, y cualquier proyecto tenía que esperar mi licencia. Estuve de servicio un año: en Verona, en Venecia y en Bérgamo. Sólo recuerdo que tuve mucho frío. Y los encuentros con Lucciola, en la estación, durante las breves licencias.

Al principio un año me pareció un tiempo interminable; pero cuando hubo pasado daba la impresión de que hubiera durado sólo un día, y Lucciola y yo retomamos las cosas tal corno las habíamos dejado. Y a pesar de saber que sufriría mucho, ya estaba decidido a emigrar para hacer fortuna. Estaba triste ante la idea de partir, y también optimista como el torero que le echa mostaza a su espada antes de salir al ruedo.

Mi madre contó sus ahorros, agregó medio kilo de amuletos, y luego se fue de visita donde todos nuestros parientes pobres (algunos ya ni siquiera eran pobres) para solicitar su ayuda.

-Mi Gianni se va al extranjero a hacer fortuna -explicaba suspirando-. Allí donde las calles están pavimentadas con lingotes de oro. No se olvidará de ustedes cuando vuelva millonario. -Y ellos corrían a sus dormitorios, hurgaban en sus colchones y, volvían con algo de dinero, quién más quién menos.

En vez de dinero, puesto que ya no tenía, Atila se ofreció a enseñarme algunos juegos de cartas que, según aseguraba, me serían muy útiles, y hasta indispensables, para hacer fortuna; pero no hubo tiempo porque tuve que ir a agradecer a todos los que habían contribuido, lo que significó una marcha forzada en un radio de varios kilómetros.

-Puede que hagas fortuna y puede que no -decía mi madre mientras me preparaba la valija-. Rico o pobre siempre estaremos felices de volver a verte, no lo olvides. Pero no vuelvas con esos aires prepotentes de tantos emigrantes, o con una mujer rica y vulgar. Pues en ese caso haré que te arrepientas de haber vuelto. ¿Entiendes? -Y para darle énfasis a sus palabras me dio una palmada que casi me arrancó la cabeza; luego me estrechó entre sus brazos y me besó en la boca con los labios salados por las lágrimas.

Me acompañó a la estación con las mellizas, que habían empezado a llorar la noche anterior, y con un sinnúmero de parientes. Fue también Lucciola. E incluso su madre, que tuvo un pensamiento muy cariñoso para conmigo:

-A enemigo que huye, puente de oro -me dijo entregándome una cajita de dulces con su mejor sonrisa.

-Usted es demasiado buena, doña Lucia -respondí conmovido-. ¿Me permite que me despida de su hija?

-Por supuesto -contestó radiante-. ¡Siempre!

Me llevé aparte a Lucciola.

-Te esperaré -me dijo ella con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa en los labios-. Aunque te quedes cien años fuera.

-Aunque tenga que quedarme cien años, te amaré siempre -le dije.

-Está bien.

El jefe de estación hizo sonar su silbato y yo repartí besos a diestro y siniestro ante la mirada indulgente de una pareja de carabineros. Después salté al tren que ya había empezado a moverse y todos se pusieron a agitar los pañuelos que habían traído con ese propósito. Agité yo también el mío por la ventanilla; y luego, cuando ya nadie podía verme, me soné las narices.

Mi destino era Francia, donde cualquiera que trabajara fuerte podía ganar lo suficiente como para mantener a una suegra.

CAPÍTULO QUINTO

POLVO DE ESTRELLAS

FUE FÁCIL encontrar trabajo en París, como me lo habían pronosticado. Pero nadie me había pronosticado lo difícil que sería hacerse pagar.

Naturalmente que hasta en París teníamos un pariente, un primo de mi padre, y en el pueblo se hablaba de él corno de un hombre anciano y venerable, regente del café más importante en la calle más importante de la metrópoli, los Campos Elíseos. De cerca, gran parte de esta importancia se desvaneció: el pariente resultó ser realmente muy anciano y por lo tanto, era de presumir, venerabilísimo; pero allí terminaban sus cualidades. No era regente sino mozo; el café donde trabajaba no se encontraba en los Campos Elíseos sino que en la más escuálida de las calles transversales de esta gran avenida; daba la impresión de que no lo limpiaban desde la caída de la Bastilla, y era sin duda el menos importante de todo el barrio.

Mi tío, por lo menos, tenía cierta influencia sobre el propietario y logré conseguir el empleo de lavador de platos.

-El trabajo es duro, pero en compensación tendrás una comida al día, y podrás quedarte con las propinas que te den -me dijo el jovial y rubicundo patrón, guiñándome el ojo con amistad.

Al final de la primera semana le hice notar a mi tío que no había visto ni media propina.

-¿Y quién quieres que le dé propina a un lavador de platos? -me replicó él-. El patrón quiso decir que si alguna vez lograbas una propina, te permitiría guardártela. Y estoy seguro de que mantendrá su promesa. Es un hombre de palabra.

Fue así como empecé a abrir los ojos, buscando una carrera más brillante.

Me había dado cuenta de que en París el que quiere tener éxito debe pasar todas sus horas libres, e incluso gran parte de las horas no libres, en el café. Y no me refiero a la cocina, sentado entre los clientes, mientras se sorbe el pésimo café con leche y se comen los espléndidos *brioches,* se finge leer los diarios franceses y se conversa con los camareros o con los vecinos de mesa, es cuando se hacen amistades más o menos útiles, según la suerte de cada uno. La suerte, como es ciega, me asignó a mí a Monsieur Jade.

Estaba justamente tratando de descifrar los anuncios económicos, sentado en el Empire, un modesto café situado en una transversal de la calle de Berri, cuando este señor se sentó cerca de mí y me saludó con amabilidad. Nos habíamos conocido algunos días antes en el mismo local: él me había pedido algo prestado, no recuerdo bien si fue la azucarera o el diario, y desde entonces nos volvimos a ver varias veces seguidas; pero aunque yo siempre lo saludaba respetuosamente, él fingía no verme; puede que fuera una costumbre parisiense.

Fue por eso que quedé muy sorprendido y halagado con su imprevista sociabilidad respecto a mi persona. Y cuando se refirió a unos puestos que aún estaban vacantes en una película de la que él era productor, el corazón empezó a latirme como un tambor. Mis reservas de dinero se iban diluyendo con más rapidez que el valor en una noche de lluvia.

-¿Está buscando trabajo? -me preguntó Monsieur Jade.

-Sí, ¿Por qué? ¿Tiene algo que ofrecerme?

-Depende de lo que sepa hacer.

-Sé remar, nadar bajo el agua, silbar, treparme a los árboles, cambiar las ruedas de los autos, saltar de los trenes cuando están en movimiento, arrear burros, darles cuerda a los gramófonos y llevar valijas. En resumen, sé hacer de todo.

-Hem -dijo Monsieur Jade con aire dudoso-. Cosas que no me sirven. ¿Qué experiencia tiene en el campo de la fotografía?

-Me hice fotografiar una vez, para el pasaporte.

-No es mucho, pero puede que sea suficiente. Si usted es fuerte y valeroso, le puedo dar el puesto de ayudante del operador: no tendrá más que hacer que llevar a lomo de mula los aparatos fotográficos, colocándolos de acuerdo con las indicaciones del jefe de operadores.

Luego de asegurarle que era valeroso y que el deseo de triunfar sin duda multiplicaría mis modestas fuerzas, escuché atentamente todo lo que Monsieur Jade tenía que decirme mientras arrasaba con los últimos *brioches* de la panera.

Era la primera vez que mi benefactor se lanzaba en una empresa cinematográfica. El camarero del local me había advertido, en ocasión de nuestro primer encuentro, que era uno de esos hombres "que se las arreglan muy bien": un traficante, uno de esos zorros activos y sin escrúpulos; en resumen, un brillante hombre de negocios. Armenio de nacimiento, hablaba francés peor que yo, pero, en cambio, lo hacía con voz mucho más alta, mediante la cual había logrado convencer a mucha gente de que era un hombre rico. En consecuencia disfrutaba de la estimación de toda especie de personas: desde los artistas más pobres de Montparnasse, que a veces tenían que nutrirse con sus propias pinturas y pinceles, hasta los miembros del cuerpo diplomático de calle de Courcelles, y los oficiales de la justicia podían contar con que lo encontrarían siempre en los más bullados acontecimientos mundanos.

Era feo como una máscara contra gases. Aunque (para ser productor cinematográfico) hombre todavía joven, estaba completamente calvo; en cambio, poseía una caja craneana enorme, que se movía por las junturas cuando hablaba o cuando masticaba *brioches,* con dientes que en parte eran de plata. No contento con ser corto de piernas, rojo de rostro, con una filuda nariz aguileña y ojitos pequeñísimos, llamaba la atención sobre su persona con una elegancia de petimetre: estaba siempre enfundado en camisas de seda verde o crema, guantes color yema de huevo y zapatos de cuero brillante con polainas amarillas y botones de madreperla. Pero, para ser justo con él, era un hombre franco y sincero, siempre dispuesto a reconocer su propia inteligencia.

En aquel entonces yo ignoraba aún esta cualidad tan evidente. No sabía lo difícil que era en Francia ganarse la vida en el cine, pues no existían compañías estables, sino productores aislados que utilizaban estudios más o menos improvisados apenas reunían la suma necesaria para iniciar el film, aunque no para terminarlo. Así, quien fuera lo suficientemente loco como para querer trabajar en aquella industria, quedaba a merced de uno de esos individuos emprendedores del tipo de Monsieur Jade.

Estaba dispuesto a hacer sacrificios financieros en aras de un futuro mejor, pero sólo hasta un total de cinco *brioches.* Cuando alcanzó tal límite, interrumpí el discurso de mi interlocutor:

-¿Cuánto ganaré?

Por el modo corno me miró, comprendí que había cometido una gaffe. Hizo sonar varias veces su lengua contra el paladar antes de preguntarme:

-¿He comprendido bien?

-No lo sé -respondí muy preocupado. El hecho es que nuestra conversación se desarrollaba penosamente, con ayuda de amplios gestos, contorsiones del cuerpo e ilustraciones a lápiz sobre el mármol de la mesita, y no como la estoy relatando. Mi francés se reducía a lo poco que había aprendido de los turistas de Sorrento y en el breve período de mí estada en París. No sólo me expresaba mal, sino que Monsieur Jade me comprendía peor.

_ ¡Estoy hablando de esto! -Y le sacudí un billete de banco francés ante sus ojos escandalizados-. ¿Cuánto? *Combien? How much? Wie viel?* -le pregunté rápidamente, esforzándome por recordar las preguntas de los extranjeros cuando querían alquilar una barca.

-¡Pero si es por eso que le pregunté si usted era valeroso; dispuesto a esperar el pago hasta que el trabajo esté terminado En total durará seis semanas si tenemos buen tiempo, y podemos fijar su sueldo en diez mil francos. En el cine, si se gana, se gana bien.

Me daba vueltas la cabeza: era una suma más que atractiva para esos tiempos No me fijé en el "si" de la frase de mi interlocutor. Sin embargo no acepté de inmediato y dije con aire indiferente:

-Quisiera por lo menos recibir algún anticipo.

Monsieur Jade pareció profundamente ofendido.

-¡No tiene fe en mí!

-¡Tengo mucha fe! -exclamé mientras alejaba con gestos amenazadores al mozo que traía otro café-. Pero es mi dueña de casa (Dios la castigue) la que no tiene fe en mí. Quiere que le paguen en dinero contante y sonante.

-¡Entonces tiene mucha suerte! Ya no tendrá ninguna necesidad de pagarle, porque dentro de unos días partiremos hacia la Costa Azul, donde me ocuparé yo de todos los gastos. Pero no puedo darle dinero contante hasta no haber terminado la película.

Estiró la mano para coger otro *brioche,* pero yo le pegué un empujón a la panera, alejándola. Entonces él me cogió de un brazo y me dijo con entusiasmo:

-¿No se da cuenta de que su nombre quedará unido al de las estrellas cinematográficas más brillantes de Francia? -Y al decir esto sacó de su bolsillo un fajo de documentos con los que me demostró que tenía contratados a Jeanne Brochette y a Michel Croissant, la famosa pareja de la Comédie-Française, además de Serge Tuskanoff, el gran director, los cuales ya habían sido pagados por sus servicios a la gran empresa futura.

-Como comprenderá -me dijo Monsieur Jade con una sonrisa refulgente de plata-, en estas circunstancias cualquiera estaría feliz de ofrecerme sus servicios a crédito. ¡En cambio, como soy un sentimental, ando haciéndole favores a un joven desconocido e ingrato! -Y para castigarse por su locura se golpeaba la cabeza con los puños y se arrancaba mechones de pelo inexistentes.

-¡Sin embargo, me parece que si tiene dinero suficiente para contratar a gente tan famosa, podría siquiera encontrar un pequeño anticipo para quien tiene verdadera necesidad!

-¡Se ve, pobre amigo, que usted no entiende nada de altas finanzas!

Blandió su grueso lápiz de oro y empezó a escribir sobre la mesa:

Anticipos:	
Brochette	500000
Croissant	700000
Tuskanoff	800000
Publicidad	400000
Alquiler establecimientos	100000
TOTAL	2500000

-Y ésta es exactamente la suma que tenía a mi disposición: dos millones y medio. Tiene que reconocer que no hay dinero para satisfacer sus extravagancias.

-¿Pero de qué manera va a hacer caminar la máquina si no tiene más plata? -pregunté, ignorante como era de asuntos de altas finanzas.

-La boule de neige, mon pauvre ami! La bola de nieve rueda y se convierte en avalancha. Los franceses se pegan a su dinero como a un viejo diente, y es de lo más difícil convencerlos de que se separen. Por eso el asunto se va haciendo poco a poco, mientras se va rodando la película. Primero tuve que convencer a una amiga para que me prestara el medio millón necesario para contratar a la Brochette. Exhibiendo el contrato de la Brochette obtuve los setecientos mil francos pedidos por Croissant, y gracias a estas dos firmas obtuve todo lo necesario para asegurarme a Tuskanoff.

Aprovechó su ventaja estratégica para apoderarse tranquilamente de otro *brioche* antes de seguir.

-Entonces la avalancha empezó a hacerse más tarda. Con gran esfuerzo, logré que me dieran otro medio millón. Con esto pagué de inmediato cien mil francos a los establecimientos cinematográficos de Joinville, para asegurarme sus locales de filmación en los cuatro días que

necesitaremos para hacer tomas de interiores. ¿Qué hubiera hecho un productor miope, digo miope, con los cuatrocientos mil francos restantes?

-¿Habría consultado a un oculista?

-¡Los habría desperdiciado en sueldos y salarios para los operarios! Pero como yo soy un hombre luminoso los invertí en publicidad tipo americano.

-¿Y para qué le sirve la publicidad antes de terminar la película?

Me miró con pena.

-¡Mientras mayor sea la publicidad, más grande es el crédito, mi pobre amigo! Cuando rodemos las tomas de interiores en Joinville, invitaré a varios candidatos financiadores. Cuando ya haya algo concreto hecho, y no simples palabras, es mucho más fácil obtener los medios para continuar el trabajo. Lo terminaremos en la Riviera, donde los gastos no son elevados y abunda la luz del sol. Con un proyecto tan genial, con dos auténticas estrellas como protagonistas, un director ruso, un guionista húngaro (ha de saber que las mejores películas francesas han sido escritas por húngaros) y un hombre como yo a la cabeza de todo, ¿puede dudar del éxito final?

La pregunta fue hecha con un tono tan perentorio que no me permití dudar.

-¡Y además -concluyó- se le abrirán las puertas de una estupenda carrera, cuyo límite de ganancias es sólo el cielo sobre nuestras cabezas! -Apuntó hacia arriba y yo alcé la mirada: el cielo estaba lleno de nubes negras y bajísimas.

Una semana más tarde comenzamos a rodar en los estudios de Joinville, y Monsieur Jade se multiplicaba por cuatro para terminar las tomas de interiores en el tiempo establecido. Se metía en todo, cada vez que estaban a punto de rodar se hacía el que miraba en la máquina filmadora y daba consejos que los operadores se apresuraban en ignorar, y cuando Tuskanoff quería tomar una escena más de dos veces se oponía enérgicamente.

Tuskanoff, que había sido uno de los héroes de la aviación zarista en la Primera Guerra Mundial y tenía un ojo tapado con una venda negra, era un hombre tranquilo, con nervios de acero. Resistió la prueba por una o dos horas, después de lo cual se le acabó la paciencia de golpe; tiró al suelo el megáfono, se puso de pie de un salto, y luego se precipitó hacia la puerta de salida, bramando. Menos mal que en ruso.

Monsieur Jade corrió tras él, se le puso en el camino, arrodillándose en el umbral de la puerta y jurando con las manos juntas que no se metería más en el rodaje, y consiguió que continuara con el trabajo. Después de lo cual se limitó a comerse las uñas desesperadamente, haciéndose presente sólo para servirnos el café o panecillos o hacernos cualquier otro pequeño servicio que nos permitiera trabajar sin interrupción. Trabajando hasta tan tarde por la noche que cuando terminábamos era. ya de mañana, logramos completar las tomas de interiores en el tiempo justo.

Las tomas se compaginaron con gran furia y rapidez, y al día siguiente por la tarde estaban listas para la proyección. Monsieur Jade

invitó a un ejército de candidatos financiadores para presenciarla. Pero se presentó uno solo: un anciano banquero sueco y mecenas de las artes, al que le gustó tanto la gran escena de seducción que invitó inmediatamente a Monsieur Jade a cenar al Larue, no sólo para recoger informes ulteriores sobre la empresa, sino que para ser presentado a la primera actriz.

La mejor escena dramática de la noche se llevó a cabo en la sala de proyecciones, cuando Monsieur Jade comunicó esta invitación a la Brochette. La estrella se subió a una silla y se puso a leer en voz alta su contrato, haciendo grandes gestos; luego se preguntó si contenía alguna cláusula que la obligara a divertir a un Casanova senil.

Monsieur Jade dio una rápida demostración de toda la gama de las emociones humanas ante los ojos cansados de la primera actriz. Le informó que otros trabajaban a crédito en aras de su gloria, y ella en cambio amenazaba con arruinar a la empresa y a los trabajadores, ¿y todo esto por qué? Por no querer pasar una horita en una mesa de restaurante. Al fin de cuentas, si no tenía apetito nadie la iba a obligar a comer.

Después de varias escenas, todas ellas espléndidas, la Brochette se rindió, y el rostro de Monsieur Jade se aclaró. Sin embargo, la velada sólo fue un éxito a medias.

Parece ser que, de intento, la primera actriz se pasó toda la noche hundida en los almohadones de terciopelo rojo del Larue, limitándose a sorber, entre suspiros, ingentes cantidades del más caro champaña de Francia, mientras el ofendido financiero, de negrísimo humor, rehusaba obstinadamente vaciar el vaso que Monsieur Jade le ponía en la mano: con un ojo espiaba a la Brochette, mientras que con el otro observaba las cifras con que el productor rápidamente cubría toda la servilleta.

Cuando Monsieur Jade le comunicó la posibilidad, a título por entero excepcional, de invertir todavía dos millones en la empresa, el sueco, comprendiendo que el otro precisaba uno solo, le ofreció medio. Monsieur Jade aceptó en el acto, pero con un gran suspiro.

Al día siguiente por la noche tomamos el tren para Niza, todos de pésimo humor. Para disminuir los gastos, Monsieur Jade canceló los coches-camas y fuimos sentados en segunda. La Brochette, que sufría de una dolorosa jaqueca producida por el champaña, agarraba pelea con todos, y todos le contestaban igual, salvo el primer actor, que no podía permitírselo: él estaba, como todos lo sabían, casado con ella en secreto.

Solo Tuskanoff se mantenía aparte, fumando la pipa en un rincón y haciéndose el que no nos conocía. Preveía un desastre completo y odiaba a toda la compañía. Pero a él le pagaban, por lo cual no podía hacer nada.

El celo de Monsieur Jade merecía mejor suerte. En Niza llovía día y noche, y los miembros de la compañía se vieron reducidos a frecuentar el Casino o a ir en autobús a los diversos casinos de Cannes, Juan-les-Pins y Montecarlo. Yo, como no tenía dinero para invertir de aquella manera, mataba el tiempo escribiendo a Montrecasse para contarles sobre mi buena suerte, paseando por la ciudad con mis zapatos de lluvia e instruyéndome en el manejo de uno de los dos automóviles que la compañía había alquilado mientras esperaba el buen tiempo.

En espera del buen tiempo, Monsieur Jade era el movimiento perpetuo, tratando de descubrir entre los ricos veraneantes de la Costa

Azul algún posible financista. La energía y perseverancia de que hacía gala eran realmente admirables, si se considera que con su creciente nerviosismo se alimentaba sólo de uñas y de café. El era el que debía pagar los gastos de nuestra estada, y aunque había calculado el riesgo de la lluvia, no había calculado tanto riesgo.

Pero la verdadera catástrofe se verificó no de inmediato, sino que con dos semanas de retardo, cuando salió el sol y quisimos comenzar a rodar: nuestra película virgen, que Monsieur Jade había conseguido a crédito en una casa distribuidora porque no lo conocían, había desaparecido.

El espectáculo de Monsieur Jade vibrante de indignación con sus polainas amarillas, denunciando en alta voz la criminal empresa, fue muy apreciado por todos. Su indignación rebasó todos los límites cuando descubrió que el culpable era nuestro propio compaginador, un hombre de aspecto humilde pero de ambiciones desmesuradas, que había recurrido a un usurero para que le prestara grande sumas de dinero con la esperanza de multiplicarlas en el baccarat, dando nuestros rollos de película como garantía. Todo esto con el único interés de beneficiar a nuestra compañía, cuya situación financiera lo preocupaba. Pero a pesar de que él le explicó todo esto muy claramente a Monsieur Jade, éste no lo comprendió y dio parte a la policía. Menos mal que se dio cuenta de que sin el compaginador no podía seguir adelante, por lo cual retiró la denuncia y públicamente le presentó sus excusas por haber sospechado de él.

Pero ahora era necesario conseguir otra película, el dinero se había terminado, y Monsieur Jade nos informó que se veía obligado a volver a París para pedirle al capitalista sueco los medios necesarios para continuar con su obra, ya que los veraneantes a los que él recurrió eran gente avara y mezquina y habían rechazado de modo grosero sus proposiciones de negocios.

Al cabo de unos días, Monsieur Jade regresó de París, acompañado de uno de esos perros que tienen tanto pelo que nunca se sabe por qué lado muerden, y de Mademoiselle Roberta, propietaria del can y también de una linda carita, de un cuerpo expresivo y decidido, y de carnes sosas y muy jóvenes. Nuestra primera actriz, que se acercaba a los cuarenta, le tomó de inmediato gran antipatía, al contrario del primer actor, que se acercaba a los cincuenta.

Monsieur Jade nos llamó a reunión en un saloncito del hotel y nos explicó que el sueco había rehusado seguir financiándonos, poniendo como pretexto que le faltaban unos datos que sólo Mademoiselle Brochette podría dárselos; pero había tenido la suerte de encontrar otro capitalista, no uno de esos pérfidos extranjeros, sino que un francés verdadero, de visión amplia y alma de artista, nada menos que un ministro de Estado, que había dado un pequeño anticipo a cuenta de una gran empresa.

Este noble diplomático no se contentó con darnos dinero: concedió incluso la impagable colaboración de su protegida, precisamente esta Mademoiselle Roberta, a quien él consideraba como una actriz dramática de gran talento, perfecta para el papel de ingenua.

-¡El enredo típico! -chilló la Brochette cuando oyó esto-. Ese viejo mono de ministro es sin duda el único espectador que ha notado el talento dramático de esta melindrosa. ¡Menuda ingenua! ¡El ingenuo es él!

Monsieur Jade trató de sonreírle.

-Si Su Excelencia demuestra la suficiente competencia artística como para interesarse en nuestra producción, ¿cómo podemos poner en duda su criterio?

-¡Monsieur Jade! -intervino con energía Tuskanoff-. ¡Si se hubiera dado el trabajo de leer el guión, sabría que en nuestra película no hay siquiera un pequeño papel para otra mujer!

-A su edad, Tuskanoff -dijo Monsieur Jade enjugándose la frente inundada, pero sonriendo siempre-, debería saber que el celuloide es flexible.

-¿Qué quiere decir?

-Que un hombre de su inteligencia puede fácilmente agregar un pequeño papel para la recién llegada. Nadie le impedirá eliminarlo cuando haya terminado el trabajo. Mientras tanto el ministro, que vendrá a reunirse con nosotros dentro de unos quince días, querrá ver qué es lo que hemos hecho con su protegida, y si está contento nos financiará hasta el último golpe de manivela. En caso contrario, quedaremos empantanados.

-No veo cómo se puede hacer un buen trabajo en estas condiciones -bufó Tuskanoff furibundo.

Monsieur Jade lo fulminó con la mirada de desprecio que los hombres prácticos reservan para aquellos que anhelan. la perfección.

-Déjeme a mí no más, Tuskanoff, y verá que todo irá bien -dijo con sequedad.

-¡Eso es exactamente lo que Rasputín le decía al zar!

Tenemos la ventaja de poder compaginar las pruebas sin interferencias molestas -observó Monsieur Jade, refiriéndose a la afortunada circunstancia de que el autor de nuestra historia había muerto de inanición y de dos balas en el cráneo un par de meses antes-. Le doy carta blanca siempre que le dé gusto al ministro. Cualquier otro director estaría feliz con una oportunidad semejante.

-¿Pero qué sabe usted de directores? -le gritó Tuskanoff, agregando, como siempre cuando su irritación llegaba al máximo, algún vituperio en ruso.

-Muchísimo -respondió Monsieur Jade con dignidad-. Tanto que lo escogí a usted.

Nuestro film narraba la historia de una campesina de dieciséis años, pura como el agua mineral (papel que tenía la madura Mademoiselle Brochette), la cual se enamora de un delincuente millonario que se refugia en la propiedad de la niña para huir de la persecución de la policía. Purificado por el amor de la pequeña campesina, él decide ingresar a un convento y rehabilitarse haciendo obras de caridad. Pero mientras se dirige al convento, absorto en pensamientos píos, no repara en un taxi que

se le acerca a una velocidad loca y lo atropella dejándolo irreconocible. La campesina, que por razones no muy claras se encontraba en ese taxi, reconoce a su amado por un medallón que le había regalado, y en una escena final de alta intensidad dramática estrecha contra su pecho el medallón y decide hacerse monja.

Dado que en esta trama no existía posibilidad alguna de injertar una escena a propósito para la insinuante Roberta, Tuskanoff tomó una decisión drástica: la hizo filmar una escena que no tenía nada que ver con nuestra película, pero que se avenía maravillosamente con su tipo. Y su tipo no era en absoluto el de ingenua que al ministro le gustaba admirar en ella.

Roberta resultó ser una muchacha sin cabeza, desprovista tanto de habilidad como de deseos de trabajar. El primer día se presentó al trabajo con dos horas de atraso, y durante las tomas fue presa de repetidos accesos de hilaridad. Entonces Tuskanoff comenzó a ridiculizarla con sarcasmo cruel, hasta que ella se puso a llorar a gritos y con gran alivio del director se fue jurando que no volvería a poner los pies ante una máquina filmadora. Pero cuando a la mañana siguiente Monsieur Jade volvió a llevarla al trabajo, estaba mucho más dócil y de nuevo muy segura de sí misma. La tarde anterior, nos dijo en gran secreto a todos nosotros y a varios espectadores de paso:

-Si la Brochette se muere de vieja antes de que terminemos esta película, yo haré su papel.

Y a excepción de dos días en los cuales tuvo que quedarse en cama con un colapso nervioso porque su perra se escapó con un *dachshund* veraneante, estuvo bastante obediente y simpática.

Cuándo el ministro, hombre de aspecto imponente y próspero, luciendo tongo y pince-nez, llegó de París, le teníamos preparada una gran escena pasional entre Roberta y Croissant. A decir verdad, Roberta era un espectáculo atractivo para aquel que no le importara el arte dramático: Si no tenía mucho en la cabeza, sabía maniobrar su cuerpo con gran sabiduría.

La escena que filmamos para uso y consumo exclusivo de su protector se basaba íntegramente en un drama histórico sobre Isabel de Inglaterra, en el que la Reina Virgen seduce con magnífica impetuosidad a uno de sus amantes. La escena le pareció bastante familiar al ministro y lo convenció de que nuestra película tendría mucho éxito, por lo cual anticipó otra pequeña suma, asegurando que dentro de muy poco tiempo mandaría el resto.

Durante la quincena de tiempo espléndido que siguió, el trabajo anduvo muy rápido, recuperándose gran parte del terreno perdido. Pero unos diez días antes del fin fuimos víctimas de otro desastre.

Mademoiselle Roberta, demostrando ser una artista privada de los altos principios morales de su profesión, tontamente dejó que su protector la encontrara en una pose sospechosa con el hombre que ella amaba, un joven que la había seguido desde París y que estaba escondido.

Perdida la fe, simultáneamente en las mujeres y en la industria cinematográfica, el ministro retiró su apoyo y resolvió buscar el olvido en la política. Como había empeñado sólo su palabra de honor, no fue posible

obligarlo a cumplir su promesa: tomó el primer tren de vuelta a París sin siquiera rozar el borde de su tongo ante Monsieur Jade, que acudió a despedirlo a la estación.

Este pobre hombre tan sufrido, preparado para recibir cualquier revés después de las semanas transcurridas en la industria cinematográfica, aceptó la crisis con relativa serenidad.

-No tenemos más remedio que recurrir a los buitres -declaró, dolorido pero sereno-. Tenía esperanzas de evitarlos. Pero ya no hay un minuto que perder: dentro de diez días la Comédie empieza a ensayar y nuestros actores tendrán que irse. Me voy esta noche misma a hablar con Mister Kennan, que ya me ha mandado varios telegramas desde París.

El hombre que se hacía llamar "Mister" aunque no hablaba ni una palabra en inglés y "Kennan" porque su nombre era distinto, era un personaje monumental con una oficina minúscula que su mole gigantesca llenaba hasta casi tocar las paredes. Sobre las espaldas arqueadas de esa maciza mole corpórea sonreía una cabecita de cordero con cabellos sucios engominados y ensortijados. Era sirio de nacimiento y no sabía leer ni escribir. Pero sabía contar.

Por las mañanas, a las nueve en punto, entraba en su oficina, soplaba el polvo que se había acumulado sobre un escritorio que él mantenía siempre despejado, encendía un cigarro panzudo como una prima donna y se ponía a esperar a un compatriota suyo que venía a leerle la página financiera de *Le F*igaro. Este era el único descanso que se concedía. El resto de la jornada se lo pasaba trabajando diligentemente, esto es, yendo al cine y al teatro, asistiendo a proyecciones y representaciones privadas y frecuentando el Maxim's, el Fauquet's y otros lugares de ambiente teatral y cinematográfico. El sabía todo lo que necesitaba saber un cineasta, y creía que Shakespeare era un famoso director de Hollywood.

Había llevado a buen puerto un gran número de películas (siempre iniciadas por otros) mediante un sistema que poco a poco fue adquiriendo casi la forma de un rito. De acuerdo con las tradiciones y las cifras que me refirieron más tarde, su encuentro con Monsieur Jade se llevó a cabo más o menos de este modo:

-Entre, entre -cantó Mister Kennan, con voz meliflua, su sombra silenciosa inclinada tras la puerta de vidrio, y mientras Monsieur Jade entraba tímidamente, él murmuró a través de su cigarro-: ¿Cuánto?

Un despliegue de petulancia de parte de Monsieur Jade hubiera resultado grotesco en tales circunstancias: el productor que pasaba ese umbral había de antemano aceptado la derrota. Monsieur Jade se acercó, los párpados semicerrados, sacó un papelito y empezó a leer:

-Invertidos hasta el día de hoy: tres millones ochocientos mil francos. Solicitado: otro millón para rescatar los derechos de los capitalistas y terminar la película.

-Hasta hoy ha desembolsado usted tres millones cien mil francos exactamente -precisó Mister Kennan, expeliendo una nube de humo de tabaco sobre el rostro impasible de su interlocutor-. Cuando me llamó usted por teléfono anoche para avisarme que por fin vendría a buscarme, me puse en comunicación con los financistas precedentes, advirtiéndoles

a cada uno que era necesario desembolsar otro millón si querían que la película se terminara.

Monsieur Jade escuchaba a Mister Kennan con creciente admiración mientras aspiraba con respeto el humo de su cigarro.

-Como era de esperarse, los financistas se negaron rotundamente a seguir invirtiendo dinero en su desafortunada empresa, y aceptaron felices mi oferta de quedarme con todos los derechos por seiscientos mil francos. En este momento el guión, la película, los contratos y usted mismo, Monsieur Jade, me pertenecen. Yo considero que una suma de doscientos mil francos es ampliamente suficiente para terminar la película con gran estilo. Tengo lista aquí esa suma. Y en reconocimiento de sus esfuerzos le daré participación en la utilidad líquida a razón de uno por mil. Es una verdadera suerte que gracias a mi apoyo no se vea usted obligado a recurrir a unos de esos buitres ávidos, que son el oprobio de nuestra industria. Aquí está el contrato: no tiene más que firmarlo.

Sin decir una palabra, Monsieur Jade puso su firma al lado de la cruz de Mister Kennan. Luego estos dos grandes hombres de negocios se dirigieron al café de la esquina para brindar por su contrato con un *pernod á 1 eau.*

La invitación procedía de Mister Kennan, pero dado que Monsieur Jade era el personaje menos importante, le fue concedido el privilegio de pagar la cuenta.

Las vicisitudes de la empresa me habían hecho perder el sueño y el apetito, y con ellos una buena parte de mis fuerzas, por lo cual la máquina filmadora me pesaba el doble sobre las espaldas. Y cuando Monsieur Jade volvió de París con los refuerzos financieros de Mister Kennan, anunciando que, a pesar de todo, se terminaría de rodar la película, no le creí. Me equivocaba. Rodamos las últimas escenas precipitadamente y un buen día la obra maestra estuvo terminada.

Pero cuando fui a informarme sobre mi sueldo, Monsieur Jade abrió desconsoladamente los brazos y me pidió que tuviera un poco de paciencia, hasta que se iniciara la proyección de la película y empezara a entrar el dinero de la taquilla. juró que me pagaría de su propio bolsillo, ya que Mister Kennan no reconocía las obligaciones asumidas por la sociedad antes de su intervención. Como adelanto me dio una invitación para el preestreno, y yo vendí mis cosas para poder volver a París.

Asistí al espectáculo temblando de emoción: para mí, todo dependía del éxito de aquella película. Fue un gran acontecimiento, con reflectores a la entrada del cinematógrafo, gran parte del público en traje de noche y una banda muy sonora. Los críticos la definieron como uno de los mejores productos nacionales de la temporada. Sin embargo, el público francés la evitó en masa, prefiriendo, como de costumbre, cualquier film extranjero.

A pesar de esto, Mister Kennan recuperó su modesta inversión al cabo de seis semanas, después de lo cual todas las entradas eran para él utilidades netas. 0 sea, que nadie pagó a nadie, a excepción de los financistas y talleres.

Pero el golpe mejor de Mister Kennan vino después, cuando, alterando ligeramente las entradas de taquilla francesas (sólo les agregó algunos ceros), logró venderle los derechos para los Estados Unidos a su

hermano menor, que vivía en Nueva York, por casi un millón de francos. En América la película tuvo un éxito notable y se mantuvo en cartelera durante muchas- semanas en todas las pequeñas salas de arte donde se proyectaban películas extranjeras, y al poco tiempo el Kennan neo-yorquino recuperó varias veces la suma desembolsada.

El Kennan parisiense era un hombre de miras demasiado amplias para envidiar a alguien, aunque fuera el propio hermano, por un golpe de suerte semejante: la industria cinematográfica le reservaba otro tipo de realizaciones, y él ya había puesto manos a la obra con la ayuda de Monsieur Jade, -convertido en uno de sus colaboradores más entusiastas. Alentado por su primer éxito fílmico, este hombre de acción se embarcó en una nueva producción cinematográfica, destinada a fracasar más provechosamente aún que la primera, de modo que su socio Mister Kennan pudiese intervenir a último momento, llevándose los restos a poco precio.

Monsieur Jade estaba decidido a permanecer fiel al Kennan parisiense, del que tenía aún mucho que aprender, antes de pasarse al campo enemigo, o sea al del Kennan neoyorquino. Me lo confesó él mismo cuando, a1 encontrarlo en el Empire, traté de hacerme pagar mi sueldo. Debe haber estado leyendo muchos guiones entonces, arruinándose los ojos, porque al principio me costó mucho hacerme reconocer.

La quinta y última vez que nos encontramos, llegamos a una transacción: él me ofreció un *brioche* y un puesto todavía mejor para dentro de poco.

Por fortuna, desde hacía algún tiempo, yo no dependía ya de Monsieur Jade para conseguir empleo.

CAPÍTULO SEXTO

SATISFACCIONES PARA LISETTA

CUANDO VOLVÍ a París con el estómago vacío, decidí que ya era tiempo de empezar a hacer dinero en serio, y me puse feliz cuando encontré un trabajo por el que me pagaban en plata contante y sonante. Una pequeña empresa de taxímetros que disponía de dos decrépitos Citroén me contrató como chofer sin indagar demasiado sobre mis conocimientos automovilísticos.

Como me había visto obligado a desembarazarme de mi maleta y de mis efectos personales para poder salir de la Costa Azul, y como es imposible encontrar una pieza en París sin pagarla por anticipado, durante los primeros días de mi nuevo empleo usaba el taxi como habitación: lo que era bastante incómodo cuando un cliente se precipitaba al interior del automóvil en el momento en que yo me estaba afeitando ante el espejito retrovisor; pero, por otro lado, conducir un taxi por las calles de París es un método estupendo para aprender a manejar.

Trabajaba día y noche cuando el viejo coche no estaba en el garaje por reparaciones, lo que me dejaba mucho tiempo libre: y fue durante una de estas vacaciones forzadas cuando me acostumbré a tomar el aperitivo todas las tardes en el Fouquet's con el conde Rolando de Rocquefort.

Claro que es muy raro que un chofer de taxi vaya a menudo al Fouquet's, que es un lujoso café-restaurante en la Avenida de los Campos Elíseos, frecuentado por cocottes tituladas, actores célebres, diplomáticos, novelistas y otros ociosos; pero es también muy raro que un chofer sea amigo de un conde verdadero, que pertenecía a una de las casas más nobles y antiguas de Francia.

Rolando de Rocquefort, que desempeñaba el cargo de periodista sin cartera en un pequeño semanario, había conocido un momento de notoriedad literaria un día en que fue atropellado por el auto de Sacha Guitry. Casi murió en el incidente, arruinándole el portafolio que le salvó el pellejo, pero consagró definitivamente esa reputación de brillante viveur que comenzara a conquistar con su actividad de cronista mundano; lo que le permitía asistir a los principales acontecimientos de la capital: carreras de caballos, duelos clamorosos, estrenos teatrales y a los matrimonios de la nobleza excluyendo el suyo.

Su trabajo no era remunerado; pero por lo menos era un trabajo estable. El semanario que publicaba la columna de Rolando se llamaba L'Universel porque era universalmente ignorado; sus únicos lectores regulares eran los correctores de pruebas, además del rico propietario, un viejo excéntrico.

Atrayente sobre todo por su aspecto pálido y algo tuberculoso y por sus ojos de soñador, Rolando era el tipo romántico que a las muchachas mandaba flores o sonetos copiados de su propio puño y letra en vez de artículos prácticos como medias de seda, especies alimenticias o automóviles. Por desgracia, tenía fama de vivir a costa de señoras ancianas, lo que era muy exagerado: Madame de L., la única dama con la que mantenía relaciones regulares¡ no era anciana ni plural.

Conocí a Rolando poco antes de partir hacia la Costa Azul, en los estudios cinematográficos de Joinville, donde solía ir a buscar material para su columna. Gentil y afable, se interesaba por todo y se detuvo a conversar conmigo. Siempre he deseado tener también yo un aire distinguido y cansado, y quizás algún día, cuando sea muy viejo, lo lograré.

Al poco tiempo de empezar a trabajar con el taxi, lo vi paseando, elegantísimo, por los Campos Elíseos, la llamé tocando la bocina, le recordé nuestra fugaz conversación y le ofrecí un paseo. Rolando, que no tenía una meta precisa, aceptó de inmediato.

-En resumen -me dijo después que le expuse mi situación, usted necesita un alojamiento con espejo fijo en lugar de retrovisor, y yo a menudo tengo necesidad de un automóvil: a veces llego muy tarde a las citas y no tengo dinero para gastar en taxis. Podemos llegar a un arreglo ventajoso para ambos.

-¿Cuál es?

-Usted pone a mi disposición el taxi cada vez que yo lo necesite, y yo pongo a su disposición la mitad de mi departamento. ¿Está bien?

A mí me convenía mucho. Nuestro primer recorrido fue hacia su casa, dos habitaciones en una buhardilla de la calle de Berri, no lejos del Fouquet's. Le anticipé la mitad de la modesta pensión, y al final de la primera semana él me debía cincuenta francos de taxímetro. Estaba en espera de ingentes sumas de dinero de fuentes que no podía revelar, y yo quedé muy contento al ver aumentar mi crédito antes que el dinero efectivo, que hubiera corrido el riesgo de gastar más fácilmente. Nunca había estado tan rico.

Pero mi progreso no era sólo financiero. Ya no era el aldeano entrometido que había abandonado Montrecasse unos meses antes; mi contacto con periodistas, actores, cineastas, electricistas, había hecho de mí casi un hombre de mundo: empezaba a hablar francés, silbaba canciones de moda, leía el diario en la mesa. Y me veía volviendo a casa no sólo cargado de dinero, sino que con modales de caballero. En efecto, no hubiera podido soñar con un profesor mejor que Rolando, el que, además de ser un noble de rancia estirpe, era un verdadero caballero, incluso de corazón, como lo demostró el día en que se metió en líos por una dama. (Para que un hombre pueda demostrar que es un señor, la presencia de una mujer es indispensable. Por lo menos en París.)

Era primavera, caía la tarde, y estábamos sentados en el Fouquet's en la misma mesita de la esquina desde la que yo podía vigilar mi taxi y Rolando admirar las bellezas naturales de los Campos Elíseos, las que pululaban por el elegante bulevar a aquella hora, cuando un largo y lujoso Delage color amarillo-jaqueca, reluciente de cromo, se detuvo ante el local. Era imposible ignorarlo: los parroquianos quedaron silenciosos, y los paseantes detuvieron la marcha.

Vimos abrirse la portezuela y salir a una belleza natural realmente notable, alta y delgada, con un sombrerito coronado por un mechón de plumas altísimas. Llevando en la mano un diario doblado, ella atravesó rápidamente la calzada y se detuvo ante nuestra mesita. La seguía un petimetre, muy acicalado, con la cabellera brillante y perfecta como piel curtida.

-¿Es éste, el canalla? -preguntó la belleza a su acompañante, con una voz de soprano ligera pero muy resonante.

Luego de mirar a su alrededor, el jovenzuelo la tomó por el codo, la condujo a nuestra mesa y apuntó en dirección de Rolando:

-Aquí está.

Rolando se levantó titubeante y, saludando con una ligera reverencia, dijo:

-Debe haber un error. Yo soy Rolando de Rocquefort.

-En efecto, conde, hay un error exclamó la belleza natural-, y es usted el que lo ha cometido. Pero lo lavará con sangre. -Abrió el periódico, lo blandió ante la nariz estupefacta de Rolando y anunció, siempre con su resonantísima voz de soprano ligera:

-Yo soy Lisetta de Vences, a quien con tanto valor atacó. usted en su innoble columna.

Rolando se limitó a decir: "¡Ah!", lo que no era mucho para quien era considerado uno de los más brillantes charladores de París.

-Para que tenga la ocasión de mostrarse tan valiente en el campo del honor como sobre su mesita -continuó Lisetta de Vences con voz que resonaba cada vez más fuerte en medio del silencio que se hizo a su alrededor-, lo desafío a batirse en singular duelo. -Al decir esto se sacó rápidamente un guante, abofeteó la mejilla de Rolando y exclamó-: Lo siento por mi guante -arrojándoselo a los pies.

-Estoy dispuesto a darle satisfacciones, mademoiselle -dijo Rolando, reponiéndose poco a poco de la sorpresa mientras escrutaba con mirada de conocedor ese rostro encantador y el promisorio cuerpo, y aspiraba voluptuosamente los efluvios de Scandale (sabía identificar todos los perfumes famosos) que despedía esa epidermis luminosa-. Sean cuales fueren las satisfacciones que usted desee, mademoiselle -precisó, recalcando las palabras-, yo no puedo batirme a duelo con una dama.

-En tal caso quédese tranquilo, conde: ¡yo no soy una dama!

-Le ruego. . . -protestó Rolando, enrojeciendo ante semejante lenguaje.

-Mis padrinos irán a buscarle mañana por la mañana -prosiguió con sequedad. Luego se volvió hacia su acompañante dedicándole la más dulce de las sonrisas y gorjeó-: Vámonos, amor mío. -Y se alejaron tan de prisa que Rolando no tuvo tiempo para besarle la mano.

Yo me precipité tras su estela perfumada y la alcancé cuando subía al auto:

-¡Se le olvidó el guante, mademoiselle!

Me fulminó con una mirada de desprecio:

-¡Este es el guante del desafío, muchacho; al conde le corresponde recogerlo, no a usted!

Y sin siquiera tocarlo echó a andar el motor y partió con gran ruido de gomas.

Cuando volví a la mesa me di cuenta de que todo el mundo comentaba el incidente.

-Esto me pone en una situación terrible -gemía Rolando, mientras atormentaba su blanca corbata de foulard, que usaba para tener ese aire exquisitamente inglés y decadente que tanto amaban las parisienses-. Ignorar un desafío semejante deshonraría para siempre nuestro nombre. Sin embargo, ¿cómo puedo batirme a duelo con una dama?

-¿Por qué no, si ella maneja la espada como un hombre?

-¿Y si la manejara como una señorita?

-Podría proponerle usted un encuentro de lucha greco-romana.

-¡Usted no se da cuenta de la gravedad de la situación, amigo mío!

Un periodista que había hecho carrera exagerando incendios y terremotos vino a sentarse a nuestra mesa, para entrevistarnos: nos levantamos apurados y nos alejamos en mi taxi.

-Sólo me permití hacerle una pequeña broma -se lamentaba Rolando mientras lo conducía hacia el Puente d Alma, un lugar ideal para los nervios-. No fui a su concierto porque aquella noche tenía una cita con Madame de L., pero preparé mi reseña con la seriedad de siempre, leyendo todo lo que habían escrito mis colegas al respecto.

Aunque ninguno de los dos habíamos visto jamás a Lisetta de Vences antes de aquel día, conocíamos su vida y milagros como cualquier otro lector de diarios y revistas. Sobre su propia persona ella no ocultaba nada más que su edad. Aunque no era rica gastaba mucho, se había exhibido en diversas ocasiones como esgrimista, amazona, jugadora de tenis, corredora de automóviles y actuando en el teatro, y en todas estas varias transformaciones había suscitado siempre la admiración de los parisienses. Sólo cuando quiso dar un recital de *bel* canto los críticos y el público gritaron basta.

. Rolando encendió la luz y desplegó el tormentoso ejemplar de L'Universel que Lisetta nos había dejado tan gentilmente.

-Aquí está lo que escribí: "*Mademoiselle de Vences no tenía para qué terminar su concierto con la Canción de Cuna de Brahms para adormecer al público que ya estaba completamente dormido. Se dice que, cuando habla, tiene una hermosísima voz de soprano ligera; lástima que, cuando canta, su voz sea cascada. La única persona que podría oírla sin rebelarse podría ser su propio hijo, si fuera bastante pequeño. Por lo tanto le aconsejamos que no vuelva a intentar tal empresa hasta que no haya logrado persuadir a algún caballero galante de hacerle uno".* ¿Qué hay de malo en todo esto? Hasta se encuentra el toque maternal ... ¿Por qué te callas?

Los vendedores de diarios estaban pregonando las ediciones extraordinarias, que en París salen puntualmente cada dos horas. Compré un ejemplar.

_¿Alguna novedad? -preguntó Rolando.

-Sí: el desafío de Lisetta de Vences al conde de Rocquefort. Son los titulares de la primera página.

A la mañana siguiente dos caballeros con aire solemne golpearon a nuestra puerta.

-Duque de Grand-Marnier -se presentó el más anciano con una reverencia, mientras Rolando y yo, aún atontados por el sueño matinal, nos poníamos los abrigos sobre los pijamas.

El duque tenía monóculo, una cándida barbita de cabra y el gesto digno de los arterioscleróticos, mientras su compañero lucía un par de bigotes de escobilla color sal y pimienta y el característico aire marcial de los oficiales en retiro, que se obtiene mediante el uso prolongado de un sólido corsé.

-Permítame presentarle al general Goujat -dijo el. duque.

Balbuceamos nuestros nombres y el general contestó con un gruñido que podía significar una presentación, una orden de abrir el fuego o demasiada agua mineral en el estómago vacío.

-Hemos venido, conde -explicó el duque después que nos sentamos en una habitación que nos gustaba llamar salón-, por un asunto de honor. Mademoiselle de Vences le ha lanzado el guante y usted con mucha razón ha rehusado, levantarlo. Efectivamente, sea que tomemos en cuenta el Código Caballeresco promulgado por orden soberana de Felipe el Hermoso en 1306, sea el fundamental *El Duelo* del veneciano Muzio, publicado en 1550, sea el *Code du duel* de *Châteauvillard,* que es el que hoy se usa generalmente en Francia, prohíben en forma explícita al bello sexo ir al campo del honor.

Rolando lanzó un suspiro de alivio.

-¿Entonces todo está arreglado?

-Perfectamente. En efecto, cuando una de las partes, por una razón cualquiera, no pueda batirse, puede hacerse sustituir por otra persona apta.

-¿Es decir? -preguntó Rolando palideciendo.

-Que Mademoiselle de Vences le ha concedido a uno de sus admiradores más ardientes, el marqués de Grenouilleville, la gracia de representarla en el campo del honor. El reúne todos los requisitos necesarios: es un hombre y un caballero, goza de buena salud, tiene más de veinte años y menos de sesenta. Vinimos para traerle su tarjeta de desafío. Aquí tiene nuestras tarjetas de visita. Le rogamos que mande sus padrinos, esta tarde a las siete, a mi casa, para establecer la modalidad del encuentro.

-Con mucho gusto -balbuceó Rolando, moribundo.

-Y hay que actuar rápido -prorrumpió el general Goujat con voz estentórea-. Se está hablando demasiado de este asunto, los diarios están llenos de noticias al respecto, y estamos justo a tiempo antes de que a la policía se le ocurra meterse en el asunto y arruinarlo todo.

Apenas se fueron, Rolando se agarró la cabeza con las manos y lanzó un gemido.

-¿Qué le pasa? -le pregunté-. ¿Está cansado?

-¡Yo no sé batirme -exclamó desesperado- y Grenouilleville es una de las primeras espadas de Francia!

-¿Usted lo conoce?

-De vista. Es el Judas Iscariote aquel que ayer me señaló a Mademoiselle de Vences.

-¿Ese pescado seco, una de las mejores espadas de Francia? No me haga reír.

-Ah, un espadachín no tiene que ser un Hércules; al contrario: debe ser delgado y veloz, justo como Grenouilleville. El fue uno de los espadachines del equipo de Francia en las últimas Olimpíadas.

-¿Pero usted no sabe manejar la espada siquiera un poquito?

Se levantó retorciéndose las manos.

-¡No sé ni siquiera cortar un pollo cocido! He estado siempre demasiado ocupado en otras cosas.

-Yo creía que ustedes los franceses aprendían a usar la espada desde que entraban al colegio.

-Es cierto. Pero yo hacía la cimarra -confesó abatido.

-Tal vez Grenouilleville tratará de no herirlo.

-Al contrario, estoy seguro de que tratará de matarme, por razones de prestigio. En Francia los grandes duelistas son considerados héroes nacionales, continuadores de glorias pasadas, émulos de D'Artagnan, Bergerac, Scaramouche.

-¿No podrían reconciliarse?

-¿Después de un desafío tan público?- ¡Jamás!

-En tal caso sólo hay una solución: escóndase.

-¡Pero es que usted no entiende, pobre amigo mío! El honor me lo impide: noblesse oblige. Durante siglos y siglos, nosotros los Rocquefort hemos sido excomulgados, desterrados, ahorcados, estrangulados, descuartizados, rebanados, triturados, guillotinados, botados a los ríos, asados a lo spiedo, fritos en aceite, hervidos en calderas, y atados a los cañones sin siquiera pestañear. ¿Quiere usted que yo, el último de la raza, me sustraiga a una tradición tan gloriosa? ¡jamás podría volver a mostrar la cara!

-Podría mostrarla en América. Parece que allí tienen un concepto muy distinto del honor.

-Nosotros observamos nuestro propio código del honor dondequiera que vayamos. Por lo demás, no tengo dinero para hacer el viaje.

-Siempre puede recurrir a Madame de L.

Sacudió la cabeza con tristeza:

-Ella quiere que yo me quede, no que me vaya.

-¡Un momento! -grité, de repente muy asustado-. ¡Usted me debe mil ochocientos francos y centavos, y no puede librarse tan fácilmente!

Me miró con gran desprecio.

-¡Yo me bato por un asunto de honor. . ., y usted piensa en el dinero!

-¡Pero si es todo lo que yo tengo! ¡Es la razón por la cual me fui de mi casa! -Mis sueños dorados se deshacían. Le supliqué con ambas manos y con lágrimas en los ojos, hasta que pareció enternecerse y se informó:

-¿Cuánto cuesta el viaje para América?

-Creo que un par de centenares de dólares.

Ante esta noticia se agitaron de nuevo sus glóbulos azules. Suspiró:

-No hay nada que hacer, el honor lo prohíbe.

Fue un día horrible. Yo me exprimía las meninges para encontrar alguna solución, pero sin ningún resultado, mientras Rolando, también muy sombrío, hojeaba un álbum de fotografías, hacía recuerdos de su vida y escribía cartas de adiós.

-Es fascinante -dijo de pronto.

-¿Quién?

-Lisetta de Vences. ¿Quién otra podría ser? –Acababa de sacar del bolsillo el guante que le lanzara en el Fouquet's y lo apretaba contra su mejilla, aspirando su perfume y moviendo los ojos-. No hay otra mujer en el mundo que pueda compararse con ella en belleza, fascinación y geometría.

-Yo puedo vivir muy bien sin ella.

-¡Le prohíbo hablarme en términos tan vulgares! ¿No parecía un ángel de verdad cuando le sonreía a Grenouilleville?

-Sí: un ángel caído. Y se ve que un petimetre acicalado como él es el tipo de hombre que le gusta a una mujer como ella. Naturalmente sólo después que ese mamarracho de duque se ha ido a dormir.

-Sé muy bien -dijo Rolando, muy serio- que las malas lenguas insinúan que el duque es su amante. Yo más bien sospecho que es, puede que secretamente, su padre.

-¡Pero si es demasiado viejo para ser su padre! Debe ser su amante.

-En lo que respecta a Grenouilleville -continuó Rolando con aire absorto-, estoy seguro de que no es más que su escudero.

-¡Y su próximo servicio consiste en trincharlo a usted a lo spiedo! A propósito, ya es hora de que vaya a casa del duque.

-Mientras tanto yo iré a casa del maestro Serpento, que es el mejor maestro de armas de Francia: un compatriota suyo. Tengo una clase con él.

-¿No es un poco tarde para empezar a tomar clases de esgrima?

-Pero no puedo permitir que mi adversario se dé cuenta de que nunca he usado una arma más peligrosa que la hoja de mi Gillette. Si soy un gentilhombre, tengo que saber defenderme como tal. He de aprender, siquiera, el saludo a mi adversario. Así por lo menos salvaré el honor.

Dejé a Rolando en casa del maestro Serpento y me fui al Vive-le-Tsar!, un pequeño restaurante ruso que se especializaba en las indigestiones más económicas del Barrio Latino. Smerdjakoff, el portero, que en materia duelística sabía todo lo que yo ignoraba, había sido escogido por Rolando para representarlo como segundo padrino. Llevaba el uniforme rojo y azul de coronel de la Guardia del zar, constelado de medallas, para que todos comprendieran inmediatamente que era el portero: rechoncho, con mostachos tipo manubrio de bicicleta que exhalaban un buen olor de alcohol, bebía vodka como un caballo, y se decía que su perpetuo estado de euforia emergió intacto de la Revolución.

Estuvo feliz cuando supo que se necesitaban sus servicios para un asunto tan importante, y muy halagado de conocer al duque de Grand-Marnier, famoso espadachín, que en su época de gloria habla mandado más gente al otro mundo que un cirujano.

-Con seguridad -me dijo en el taxi, durante el trayecto- Grenouilleville, que practica la esgrima como un ángel, escogerá la espada, que es la única arma eficaz en un duelo.

Antes de encender un cigarro se secó cuidadosamente los mostachos aún húmedos de vodka; luego continuó:

-Con el sable, que es un arma de corte y no de punta, se logra, a lo más, arrancarle una oreja al adversario. Con la pistola se separa tanto a los dos adversarios que, considerando el natural nerviosismo en un momento semejante, difícilmente se logra herir a alguien, salvo, con un poco de suerte, a algún testigo. Pero con la espada, un buen espadachín puede despachar al adversario sin pérdida de tiempo.

-¿Ha matado a mucha gente este Grenouilleville?

-Dudo que se haya batido a duelo jamás, pues de lo contrario yo lo sabría. Pero poco importa. La técnica es siempre la misma. Créame, el amigo Rolando está en un buen apuro.

-¡Pero esto es una barbaridad, un asesinato, es casi ilegal! ¡A fin de cuentas, un hombre puede tener mujer, hijos, acreedores!

-Hay maneras peores de morir -observó Smerdjakoff complacido-. Esta es una muerte bastante elegante. Un tío mío que murió en un duelo fue sepultado con honores militares, a pesar de que se cree que murió de susto, puesto que no le encontraron ni un rasguño en el cuerpo. Su funeral en San Petersburgo en el año 1912 fue uno de los acontecimientos mundanos más brillantes de ese invierno. Rasputín estaba representado por el zar.

El duque de Grand-Marnier nos esperaba en el salón de su austera mansión en compañía del general Goujat. Sobre el piano de cola, en un marco de plata, sonreía una gran fotografía de Lisetta.

Al terminar las reverencias, el duque anunció:

-El marqués ha escogido la espada.

-Estupendo -me apresuré a decir-. Pero el conde usará la pistola.

-*Pardon* -dijo el duque con voz helada-. A la parte ofendida le toca escoger el arma que usarán ambos adversarios.

-No le hagan caso a este jovencito, señores -manifestó Smerdjakoff-. Veamos las armas.

-Aquí están, exclamó el general con su vozarrón tonante, abriendo una caja alargada- Auténticas hojas toledanas. De la mejor factura española.

Retrocedí asustado, pero el intrépido Smerdjakoff contempló con admiración las hojas relucientes de las espadas, las empuñaduras de filigrana y la ranura que las recorría de punta a punta.

-¡Qué armas tan deliciosas! -exclamó-. ¡Dignas de un ángel!

-¿Y esto para qué sirve? -pregunté rozando con los dedos la acanaladura.

-Para la sangre.

-Veo que usted es un hombre de mundo, coronel -dijo el duque-. Ahora pongámonos de acuerdo sobre el grado de la ofensa. Para qué decirle que Mademoiselle de Vences la considera atroz. ¿Usted qué piensa?

. -¡Yo considero que todo el asunto es atroz! -grité.- Pero comprendí de inmediato que había metido la pata otra vez.

-Si el señor me permite -dijo el duque con el tono glacial que siempre usaba conmigo-, el código caballeresco hace una distinción entre las ofensas "atroces", “graves" y "simples". Si la ofensa es atroz, el encuentro es llevado hasta la última sangre, esto es, hasta la muerte de uno de los dos adversarios. SÍ la ofensa es sólo grave, dura hasta que uno de ellos está imposibilitado de seguir. Si es simple, se acaba a la primera sangre.

-En mi opinión -me atreví a decir-, la ofensa es tan simple que casi se podría decir que es un pirono.

-Está bien -respondió el duque-, encontrémonos en el medio, y llamémosla grave.

-Muy generoso de su parte -dijo Smerdjakoff-. ¿Y cuándo será el encuentro?

-Mañana por la mañana a las cinco y media. -Y el duque nombró el sitio: un rinconcito tranquilo del Bois, predilecto de los enamorados y los duelistas.

-Pero el conde estará muy cansado si tiene que estar en pie a esa hora -protesté.

-Los adversarios tienen que estar listos para batirse apenas haya suficiente luz como para ver el blanco -replicó el duque . Se trata de no llamar la atención de la policía.

-Todavía existen leyes retrógradas contra los duelos -tronó el general.

-Nos encontraremos a la hora y en el sitio indicados -prometió Smerdjakoff solemnemente.

El duque apoyó un dedo sobre los labios:

-¡Secreto absoluto!

Luego tiró el cordón, llamando al sirviente para que trajera una botella del viejo Armañac de su bodega privada, para brindar por el éxito de la empresa.

Llevé a Smerdjakoff de vuelta al Vive-le-Tsar!, perdí algo de tiempo con un cliente, incurrí en una contravención del tránsito por pasar tres luces rojas del semáforo sin el carnet de chofer, y por último logré recoger a Rolando que me esperaba en la puerta de la casa del profesor de esgrima.

-Grenouilleville escogió la espada -le informé en seguida.

-Me lo imaginaba.

-¿Y a usted cómo le fue?

-Lograré dar la impresión de que no soy un principiante.

-¿No podría haber aprendido algún golpe secreto?

-Sea como fuere, querido amigo, un espadachín no se improvisa. Pero su interés en mi caso me conmueve.

-No estará tan conmovido como yo.

Era medianoche. Fuimos a Graff, la gran cervecería que no se cierra hasta el alba, donde yo pedí algo que comer, pero Rolando sólo pidió una botella de champaña, que bebió lentamente, con aire cansado y abatido, mientras miraba, sin verlo, el bullicioso ir y venir en el bulevar de Clichy.

-Lo que más me preocupa -dijo después de un rato de silencio- es que podría ... desmayarme en el momento de entrecruzar las espadas. He visto otros casos en que ha sucedido.

-¡No sería tan terrible! -Estaba recuperando las esperanzas.

-¡Sería peor que huir a América! Por eso estoy tomando champaña: me dará valor. Lástima que no tengo dinero para otra botella.

-¿Por qué no va a buscar a Madame de L.? Sin duda estará encantada de atenderlo hasta que le llegue su hora.

-No quiero verla, porque, porque. . . -Vacilaba.

-¿Por qué?

-Porque mucho me temo que me he enamorado... de Mademoiselle de Vences.

-¿Qué dice?

-Lo que oye -confirmó, desalentado-. Ya no me queda duda. Esta tarde le mandé una carta que ella recibirá cuando yo esté. . ., cuando ya todo haya terminado. En la carta le confieso mis sentimientos y le comunico que estoy contento de hacer el supremo sacrificio si eso puede hacerla feliz.

Los pájaros saltaban entre las ramas de los árboles, las luces del día conquistaban poco a poco la penumbra del Bois, y sobre la hierba-y las hojas brillaba el rocío.

El secreto había sido muy bien guardado. Aparte los indispensables, no asistió ni un alma fuera de los representantes de los veintitrés diarios más importantes de Europa y sus invitados. Todos con semblante pálido y trasnochado. La única persona que aparecía serena y tranquila, como si el asunto no le incumbiese, era Rolando: la seguridad del desenlace le daba la indiferencia de la resignación. 0 puede que haya sido el champaña, a pesar de que, con algo de esfuerzo, lograba mantenerse en pie bastante derecho.

El duque presentó al director del encuentro, un hombrecito melancólico de voz suave, y al médico, un hombre rechoncho con cejas muy anchas.

-La tarifa es quinientos francos por cabeza -anunció este último con ceño severo.

-¿Anticipados? -preguntó Rolando ansioso.

-No, al término del encuentro. El sobreviviente paga por los dos.

-¡Está bien!

-La Iglesia -explicó el duque- prohíbe a los sacerdotes que asistan a los duelos, pero hay uno escondido detrás de aquellos arbustos. Podrá acudir apenas se lo necesite.

Grenouilleville se adelantó muy tieso en la tenida de rigor del espadachín perfecto: sin chaqueta, con la manga derecha enrollada hasta más arriba del codo y la camisa abierta en el pecho que revelaba una insospechada musculatura. Ni siquiera contestó a mi reverencia: un tipo realmente repelente y antipático. Miraba fijo hacia adelante, con los labios muy apretados. Su aspecto glacial inspiraba terror.

Rolando se sacó la chaqueta y la corbata. Smerdjakoff le enrolló la manga y el general Goujat le pasó una mano por el pecho para asegurarse que no llevaba escondida alguna bandeja de plata, talismán muy apreciado por los duelistas, pero prohibido por el reglamento. Entonces Smerdjakoff y el duque echaron suertes para escoger las espadas y se las entregaron a los dos adversarios. Los periodistas, dispuestos en círculo, tomaban apuntes como si fueran pagados.

-Antes de empezar -anunció el duque mientras los rayos del sol naciente teñían de oro las cimas de los árboles- es mi deber invitarlos a ustedes caballeros a reconciliarse. ¿No quieren reconciliarse, no es cierto?

Los adversarios sacudieron la cabeza en señal de negativa.

-Basta de formalidades -exclamó Smerdjakoff con su valentía de siempre . ¡Empecemos!

-¡Señores, a sus puestos! -balbució el director con su voz meliflua, y los adversarios se acercaron.

-¿No tienen que estar a diez pasos de distancia? -le pregunté a Smerdjakoff en voz baja; pero él me ordenó severamente que me callara-. ¡Por lo menos -imploré- vendémosles los ojos! -Ni siquiera escucharon este último pedido.

Ya todo estaba listo para el corte cesáreo cuando el ruido de un motor que se acercaba veloz hizo renacer mis esperanzas. En el fondo de

mi corazón siempre tuve fe que el cielo no permitiría un desastre semejante: que alguien -una esposa, una madre, una patrulla de policía- intervendría en el último momento. Por ello no me sorprendí demasiado cuando vi aparecer el Delage amarillo y detenerse a pocos metros de los duelistas.

En la ventanilla se dejó ver el hermoso rostro de Lisetta mientras su voz de soprano ligera chillaba en el silencio:

-¡Tira derecho-al corazón, amor mío! -Y al decir estas palabras le dedicó una sonrisa radiante a su campeón.

Grenouilleville no contestó: rígido, con las mandíbulas muy apretadas y la mirada de piedra, parecía tan concentrado en su funesto propósito que pareció no haber notado su presencia.

En cambió el rostro de Rolando irradiaba de felicidad.

-¿No es cierto que es deliciosa? -me susurró. Le hizo una profunda reverencia, luego volvió a su puesto con paso ligero, casi alegre. Entonces comprendí que si lograba morir con desenvoltura caballeresca ante tan bellos ojos, moriría feliz.

-¡Adelante! -chilló el director con voz altísima de falsete que se rompió en mitad de palabra.

Los dos adversarios unieron las empuñaduras en ángulo recto, se saludaron con las hojas de las espadas, hicieron un saludo a derecha y otro a izquierda; luego levantaron el codo izquierdo, plegaron el brazo derecho y dieron un pequeño salto hacia adelante golpeando con un pie en el suelo.

Rolando cumplió esta maniobra con perfecta agilidad y elegancia; después se quedó inmóvil: había llegado al término de la primera lección. Su mirada era vacía, pero su pulso no temblaba en espera de la estocada final.

Entonces su adversario se comportó en forma imprevista: primero no se movió; luego se puso a temblar como un taladro callejero. El temblor se inició en la punta de la espada, pasó al pulso, se difundió rápidamente por todo el cuerpo, y cuando llegó a la rodilla, Grenouilleville se desplomó como un vestido vacío, sin siquiera haber tenido la fuerza de gritar: “Touché!”.

-¡Estoy arruinado, arruinado! -exclamó Rolando desesperado, alargando los brazos mientras su adversario, parcialmente recuperado gracias a generosos riegos de Armañac, era llevado hacia el coche del duque que se alejaba veloz.

-¿Pero qué dice? -grité, fuera de mí de felicidad.

-¡No puedo darme el lujo de vencer, sin medios como estoy! Ahora me toca pagar el arriendo de las espadas, los honorarios del médico y una comida con champaña para todos los participantes: ¡es una catástrofe! -

-Le queda siempre la posibilidad de recurrir a Madame de L.

-¡Imposible! Esa precisamente es la tragedia. Ayer, cuando le escribí a Lisetta, le escribí también a Madame de L., diciéndole que amaba a otra.

-¿Y por qué lo hizo?

-Para evitarle el sufrimiento de mi muerte. Puesto que tanto ella como Lisetta recibirán mis cartas por el primer correo, no puedo ahora echarme atrás. ¡Ya sabe cómo son las mujeres!

Era él quien no lo sabía.

Cuando, después de haber dado vueltas por la ciudad toda la mañana en busca de clientes, volvimos a casa desesperados y desalentados, encontramos al Delage amarillo esperándonos delante de nuestra puerta.

Una voz de soprano ligera ordenó a Rolando subir a bordo, y él obedeció, a pesar de que yo le aconsejé con mi gruesa voz de barítono echar marcha atrás. Los seguí como loco por toda la ciudad hasta quedarme sin gasolina: entonces denuncié el suceso a la policía.

Ya era de noche cuando los agentes descubrieron al Delage en un solitario caminito del Bois. Adentro estaba el cuerpo de Rolando: abrazado al de Lisetta.

Los agentes renunciaron a arrestarlos sólo cuando la pareja explicó que acababan de comprometerse: en efecto, en el dedo de Rolando brillaba el águila de Vences, y en el de Lisetta el Jabalí de los Rocquefort.

-El honor de una dama se lava solamente con sangre... o con el matrimonio - 1e había dicho Lisetta a Rolando, o algo por el estilo- Después de que mi campeón fue derrotado, no me queda sino casarme con su vencedor: si no, no podré nunca más mostrar la cara en París. Y eso sería una lástima. ¿No?

-Sí -tuvo que admitir Rolando.

El no estaba en situación de pagarme todo lo que me debía, a causa de sus deudas de honor, las que naturalmente tenían precedencia; pero me aseguró que en cuanto se arreglaran sus cosas me reembolsaría.

-Mi novia es muy hábil para conseguir dinero -me explicó-. No corre ningún riesgo.

Con la boda de Rolando y Lisetta se inauguró en gran forma la estación otoñal de 1939. Asistió le tout Paris, faltando nada más que Grenouilleville, que había desaparecido de la circulación: corrían rumores de que se había refugiado en América. El duque de Grand-Marnier y el general Goujat fueron los testigos de la novia; estos dos caballeros se habían comprometido a mantenerla en su vida matrimonial, mientras yo y Smerdjakoff habíamos prometido nuestro apoyo al novio.

La mirada de Rolando tenía la misma expresión vacía que había mostrado en el campo del honor, pero su pulso no tembló cuando introdujo el anillo en el dedo de la novia.

CAPÍTULO SÉPTIMO

UN SEÑOR EN APUROS

ANTES DE que Rolando estuviera en condiciones de reembolsarme, en Francia empezaron a sentirse aires de guerra, y él tuvo que presentarse a su regimiento: pero me prometió, conmovido, que nunca olvidaría su deuda de dos mil francos y algo más, y yo, no menos conmovido, le prometí lo mismo.

Escribí a casa de que aún no ahorraba mucho dinero, pero que tenía buen crédito, y que éste iba en aumento. Desde que ya no tenía que llevar más a Rolando, ganaba discretamente; para vivir me bastaba con las propinas, y el salario y porcentajes se los dejaba a mi patrón, que, muy gentil, se declaró dispuesto a guardármelos para que no los gastara tontamente.

Hubo gran tranquilidad en París durante el invierno, a pesar de la guerra. Hubo algunos bombardeos y varias restricciones, pero no me afectaron mucho y mi barca avanzaba a toda vela, hasta la primavera.

Entonces, de un día para otro, cambió la situación. Los alemanes, para los que lo hayan olvidado, quisieron tomarlo en serio atacando a través de Bélgica y los Países Bajos, y Musso, para no ser menos que sus aliados, decidió declararle la guerra él también a una serie de países incluyendo a Francia, complicándome mucho las cosas. Yo no sentía aversión por nadie, pero de pronto muchos franceses empezaron a mirarme con desconfianza, acusándome de ser un enemigo de guerra. Traté de explicar que ésos eran falsos rumores propagados por personas que envidiaban mi posición: sin embargo, las autoridades prestaron oídos a dichas calumnias y me dieron, como a los otros italianos que vivían en Francia, cuarentá y ocho horas para salir del país.

Cuando los ejércitos alemanes ya apuntaban hacia París y las tropas italianas estaban apostadas en el sur de Francia, todos los ciudadanos franceses sintieron el ansia de viajar: los del sur sintieron de repente deseos de visitar el norte y los del norte decidieron de improviso adelantar sus vacaciones en la Costa Azul, a tal punto que no se podía encontrar carburante si no se pagaba a preció de oro, y mi patrón se vio obligado a vender los neumáticos para comprar gasolina. Le pedí que me pagará lo que me debía, pero se negó, confiscando patrióticamente mis salarios como primer botín de guerra de su país.

Cuando terminé de contar la plata que me quedaba en el bolsillo, las columnas alemanas habían cortado mi retirada hacia Italia y el camino más corto para salir de Francia era atravesando el océano Atlántico. Así fue 14 como dirigí mi atención hacia los Estados Unidos.

En aquellos años no se cumplía jamás la cuota de inmigración americana para los italianos, ya que el régimen de Musso desalentaba la inmigración, por lo que obtuve sin ninguna dificultad una visa para dicho país, el que siempre ofrecía posibilidades ilimitadas. Decidí, pues, partir por Brest, el único puerto francés no ocupado aún, con la esperanza de encontrar algún barco que me llevara derecho a América.

Siguiendo el ejemplo de otros fugitivos, me hice dar un pasaje en un camión militar que se dirigía allí, y en la confusión que reinaba en ese puerto con la desintegración del país, me fue bastante fácil esconderme a bordo de una de las tantas naves que estaban a punto de zarpar hacia Nueva York, y ya poblada por numerosos pasajeros clandestinos.

Al término de dos días de viaje, mi presencia fue descubierta y se me concedió la gracia de participar en las actividades de a bordo: lavar ollas, limpiar los salones, ayudar a los cocineros. Podría haber sido una travesía muy agradable si por la noche no hubiera existido, el peligro de sofocamiento, porque todo los ojos de buey tenían que quedar herméticamente cerrados: el capitán, que era hombre muy supersticioso, creía que las luces podían atraer a submarinos enemigos.

La historia de cómo logré subir de la categoría de pobre emigrante a bachiller pobre es demasiado deprimente para contarla con todo detalle. Basta con decir que un tío mío por parte de mi padre, que había hecho fortuna en el barrio italiano de Flatbush, quiso financiar mi educación a fin de que yo contara en Montrecasse lo bien que andaban sus cosas. Tenía un corazón tan tierno, y quería tanto a su familia, que no hubiera podido rehusar los pedidos de dinero de sus parientes sin gran sufrimiento, por lo que había preferido eclipsarse. Desde el lejano día de su partida no había dado ninguna noticia, y en Montrecasse pensaban que estaba muerto o en la cárcel.

En el Consulado italiano de Nueva York encontré una carta de mi madre que me pedía ubicara a este tío, le ofreciera aliento moral si lo encontraba con problemas o que le llevara una linda corona si sus problemas habían terminado. No es difícil hallar a un compatriota que ha emigrado apenas veinticinco años antes, sobre todo si entre tanto ha cambiado de nombre: en Nueva York hay sólo un millón de italianos y todos se conocen.

Cuando por fin logré entrar en comunicación telefónica con mi tío, él, aunque me pareció algo incómodo, quiso verme de inmediato. Naturalmente, yo todavía no había aprendido el nuevo idioma y estaba feliz de poder conversar con alguien a quien pudiera entender.

Más encima, al ir a buscarlo me equivoqué de hora y de lujar. Al Higlife (ex Alfonso Bellavita) quería que yo lo encontrara en su taller de zapatería y me citó para las siete. Quiso decir las siete de la mañana, y ésa fue su equivocación. Yo, por mi lado, creí que eran las siete de la tarde, y ésa fue la mía. El resultado fue que me conseguí una educación universitaria y que él tuvo que pagármela. Y los hechos se desarrollaron de la manera siguiente.

Cuando llegué a su zapatería, un hoyo bajo tierra donde trabajaba con una docena de operarios, me informaron que el patrón ya se había ido a su casa; pero sus ayudantes italianos, que creyeron que yo era el sobrino, me dieron su dirección particular. Comprendí mas tarde por qué no me había citado en su casa: en su taller podía haber contado miserias y dejarme para tiempos mejores; pero su casa lo traicionaba revelando que tenía que poseer un patrimonio tan grande como un número telefónico de Nueva York. Hasta su aspecto era próspero y sus toscas manos de trabajador estaban lujosamente alhajadas.

Al verme balbuceó algo acerca de no haber tenido ni un minuto de tiempo en el último cuarto de siglo para escribir a casa. Por lo demás, pensaba darle muy pronto una sorpresa a la familia y me rogó que no le estropeara este placer.

Entre tanto estaría feliz de poder hacer algo por mí. ¿Pero qué cosa? ¿Darme dinero? Eso sí que no. El dinero era la raíz de todos los males, el flagelo del alma, la autopista que lleva derecho al infierno. ¿Darme un puesto en sus negocios? Todos los puestos estaban ocupados. ¿Y si financiara mi educación? Me aseguró que en los Estados Unidos la educación tiene una importancia capital: poseer un título me abriría de par en par todas las puertas de. todas las tabernas de la nación; que si él tenía algún pesar, era el haberse visto obligado a juntar dinero en vez de seguir una carrera; y que me deseaba a mí y a mi nueva escuela mucha suerte.

Fue así como a los pocos días de llegar tomó el tren que me llevaría hacia una pequeña universidad del Medio Oeste y para un curso acelerado de educación concentrada, de los que se organizaron durante la guerra.

Es cierto que podría haber renunciado a la ayuda de mi tío Al y empezar de inmediato a acumular dinero en Nueva York, para cuando terminara la guerra. Pero en el verano de 1940 aquel día parecía muy, muy remoto. Y además pensaba que con un título en el bolsillo sería verdaderamente digno de Lucciola, ¡Cómo había cambiado mi actitud desde mis primeros días escolares! Así, pues, no dejé pasar la ocasión.

El que los años de trabajo incesante y de férrea voluntad de mejorar el propio estado no puedan dejar de producir fruto es un hecho archí conocido, que sólo los inteligentes podrán negar.

El tío Al, muy preocupado no sólo de mi educación sino que también de mi moral, costeaba los gastos universitarios, pero no mis gastos personales diarios. Decía que ganarse la vida mientras se estudia es uno de los aspectos más importantes de la educación americana. 0 sea que estudiaba por la mañana, dormía en la tarde, y trabajaba en la noche: primero como mozo en una heladería; en seguida como acomodador en el cinematógrafo, una de las ocupaciones más instructivas que existen. Los años que pasé en el cine, mucho más que los que pasé en la universidad, me enseñaron lo poco que sé. Estuve demasiado ocupado los veintiocho meses que duró mi curso como para tener tiempo de meterme en líos; pero no tenía ningún apuro. Al principio escribía muy seguido a Montrecasse, sin referirme para nada a mis estudios. Lucciola se habría enfurecido al saber que a mi tierna edad estaba perdiendo tiempo en un banco de escuela en vez de acumular dinero; y además pensaba sorprenderla con mi instrucción. Más tarde, cuando los Estados Unidos entraron a la guerra, ya no fue posible mantener correspondencia con Italia.

De vuelta en Nueva York, lo primero que hice fue ir a agradecerle al tío Al. Esta vez llegué al lugar a la hora justa, pero no me sirvió de nada. En el taller tenía un aspecto muy distinto que en su casa: llevaba un delantal de cuero y aun sus gruesas cejas estaban manchadas de tinta. Secamente, me dijo sentirse feliz de que ahora, como era un hombre instruido, no tendría necesidad de su ayuda en ninguna forma o medida, y con dulce firmeza me echó a la calle.

Con la ayuda de mi título y a fuerza de perseverancia logré encontrar un puesto de mozo para todo servicio en una pequeña taberna en la calle Cincuenta, cerca de Broadway. Era mi primer empleo regular en los Estados Unidos y sentía que mi ascensión en el mundo acababa de empezar.

El local, llamado El Jabalí Fumador, era propiedad de Hamilton Hancock, inglés de nacimiento y de convicciones, un hombrecito que pesaría pocos kilos más que un pato, con tórax alto y voz profunda. Sus largos años de estada en Nueva York no habían modificado su actitud tradicionalista ni sus costumbres imperiales. De aspecto más joven que sus cuarenta años pasados, él atribuía su excelente estado de conservación a la abundante absorción de bebidas alcohólicas, que él llamaba “líquidos corroborantes".

Llegó a los Estados Unidos entre las dos guerras mundiales como miembro de una comisión comercial británica, y luego de dos años de investigaciones y minuciosos estudios llegó a la conclusión de que en Nueva York hacía falta una sola cosa: un local inglés donde sus connacionales pudieran alegrarse con té hirviente y cerveza tibia, a la moda de su país; y abrió El Jabalí Fumador.

Su clientela era escogida y escasa. El bullicioso público de Broadway se mantenía alejado como si en su puerta ondease la bandera amarilla; pero algunos ancianos caballeros británicos, que usaban corsé y en su juventud habían cazado tigres, iban a fumar en paz sus Henry Clay y a solazarse con té del Imperio o con algún líquido más fuerte.

Cuando estaba borracho, Hancock se ponía a graznar marchas guerreras del primer conflicto mundial, aunque cantaba peor que un búho. En el barrio lo consideraban como hombre de costumbres anticuadas, y algunos directamente como un reaccionario retrógrado. En realidad era más bien progresista, para ser inglés; por ejemplo, estaba convencido de que la radio era una invención útil que terminaría por imponerse.

Por lo general, a las cinco de la tarde se recobraba de la borrachera del día anterior lo suficiente como para empezar la cura conservadora del whisky. Bajo los efectos de la euforia alcohólica su respeto innato por la Ley y el Orden Público se convertían en verdadera adoración, y en tales momentos podía oírsele expresar claramente y sin la menor provocación:

-¡No hay nada superior a la Ley!

Personalmente era un radiante ejemplo de civismo. Obedecer los códigos, seguir al pie de la letra todos los decretos, las normas, las disposiciones, era para, él un placer tan grande como es para otros el violarlos. Cuando había que hacer cola donde el salchichero, en el correo, en la oficina de racionamiento, en el cinematógrafo, Hamilton Hancock gozaba; en especial cuando la cola era larga y se hacía bajo la lluvia. Y cuando, por exigencias de la guerra, salió la orden de que todos los locales públicos cerraran a las doce de la noche, él se sintió en el deber de cerrar El Jabalí Fumador siempre a la medianoche en punto, aunque le costara gran trabajo permanecer en pie hasta esa hora.

Me gustaba mucho trabajar con un caballero así, y aunque las propinas eran más modestas qué en otros locales del barrio, lograba a

pesar de todo, a intervalos irregulares, guardar algunos dólares en mi libreta de ahorros. Y ya me veía amasando una discreta fortuna (traducida en liras, por supuesto), cuando la persona que menos me hubiera imaginado me arruinó la carrera, metiéndome en un lío hasta la nuca: mi patrón en persona. En resumen, había hecho las cuentas sin el hostelero.

Cómo Hancock, cuyo respeto a la ley era sólo comparable a su desprecio por el sexo débil, remató en el matrimonio y en la cárcel casi simultáneamente, es un hecho memorable en los anales de Broadway y en los del señor Molveni, el comisario de policía.

Las desventuras y alegrías de Hamilton Hancock comenzaron con la audaz irrupción en El Jabalí Fumador de un conocido exponente de la mala vida.

-Mi nombre es Harry -dijo con aire desenvuelto aquel arrogante personaje-, pero mis amigos me llaman cariñosamente Leopardo. He oído decir, Ham, que tiene usted un par de habitaciones vacías en el piso de arriba. Quisiera alquilarlas para algunas reuniones privadas.

El que trabaja de mozo en Broadway siempre sabe cosas y yo sabía muchas respecto al Leopardo, en cuyo ambiente todos eran conocidos por algún apodo. Por eso, antes de acompañarlo a las referidas, habitaciones, le susurré al oído de mi patrón:

-Tenga cuidado con este señor, que es muy conocido por la policía.

-Gracias, jovencito -contestó Hancock, que tomó mi advertencia como si fuera una recomendación.

De vuelta de- su visita de inspección el Leopardo anunció:

-Está muy bien. De alquiler puedo darle cuatrocientas "piezas" mensuales. ¿Está de acuerdo?

-¿"Piezas" -preguntó Hancock, sorprendido, porque aún ignoraba la jerga del barrio-. Francamente, no sabría qué hacer con ellas. Preferiría un centenar de dólares, si no le importa.

Esta vez fue el Leopardo el que se quedó sorprendido. Reponiéndose, aceptó con gran alegría.

-¿Pero usted me garantiza de que no meterán mucha bulla? -se informó Hancock.

-De la manera más absoluta. Yo dirijo un club de personas seleccionadas y tranquilas (que no les gusta molestar. La entrada estará rigurosamente prohibida para los no-socios, tanto que haré subir por mi cuenta un par de puertas especiales para garantizar el máximo de aislamiento. A propósito, sé que está en muy buenas relaciones con el comisario de policía: siempre es un placer para mí tratar con gente respetable.

El rostro de Hancock se iluminó.

-¡En tal caso, aquí tiene mi mano! -exclamó entusiasmado.

Luego de un apretón de manos muy caluroso, el Leopardo prosiguió:

-Usted me es tan simpático, Ham, que quiero favorecerlo: le conseguiré a Sugar Candy, la famosa alondra, que debe llegar de un momento a otro.

-¿Alondra?

-Sí; alondra, canarito, pájaro cantor.

-A decir verdad, a mí no me gustan mucho los pájaros. ¡Son tan bulliciosos!...

-¡Pero si yo hablo de una muñeca! ¡Una que trabaja con las amígdalas!

-¿Muñeca? ¿Que trabaja con las amígdalas?

-En resumen, una cancionista, que alegrará este local y le dará gran incremento a su negocio por sólo cien dólares a la semana.

-¿Una cancionista? -Hancock estaba alarmadísimo-. Usted es demasiado amable, pero me temo que no podré aceptar su amabilidad.

Y mientras decía estas palabras vimos entrar, ondulando, a Sugar Candy, vestida de azul californiano y fresca como un confite. Era la cancionista más diminuta de Broadway a pesar de que usaba los tacos más altos de toda la ciudad y los cabellos (que en esa ocasión eran color duraznos con crema) arreglados en un peinado altísimo, en cuya cima ondeaba un absurdo sombrerito ornado de frutas y flores. Era por cierto una de las alondras más atractivas que jamás laceraran tímpano humano, no obstante la modesta estatura y la edad no tan tierna: representaba sus buenos treinta años a la sombra, y al sol algunos más.

-Esta -explicó el Leopardo con su sonrisa resplandeciente- es Sugar Candy. Y éste es el señor Hancock, que te estaba esperando con impaciencia, con la esperanza de poder persuadirte de gorjear en su local.

-Muchísimo gusto -dijo Sugar Candy con voz argentina, alargando la sonrisa y estirando la mano. Mientras Hancock se inclinaba para besársela, se oyó un ruido de huesos proveniente de su lomo, porque estaba fuera de práctica desde hacía años, y al mismo tiempo hubo un crujido (que no llegó a oírse, pero que ella me confesó más tarde) en el corazón de Sugar, porque los hombres siempre habían tratado de besarla en muchos lugares, pero nunca en el dorso de la mano.

Este incidente la movió a comprarse de inmediato un par de guantes que llegaban hasta el codo, mientras Hancock se precipitaba a informarse cuánto costaba el arriendo de un piano.

Llegó a la conclusión de que los pianos eran una hermosa invención, y que a mitad de precio hubieran sido un negocio estupendo.

Muy pronto el club del Leopardo estuvo en plena,, actividad. Se podía llegar a él sea por la salida de emergencia que llevaba directamente a una callejuela, sea a través del Jabalí Fumador, y nuestra taberna empezó a poblarse de seres extraños que usaban corbatas chillonas y remolcaban amiguitas de aspecto romántico, con sombreritos de plumas y velos vaporosos. Mientras Hancock observaba aquel insólito ir y venir con cierta preocupación, yo estaba muy feliz, pues los nuevos clientes no mezquinaban las propinas cuando se refrescaban con algunas bebidas antes de subir a los locales superiores.

A las diez de la noche El Jabalí Fumador se vaciaba: era la hora en que comenzaba a cantar Sugar Candy. Los únicos que la escuchábamos éramos Hancock y yo: yo porque me pagaban, y Hancock porque estaba

enamorado. Sentado muy tieso sobre una silla a dos pasos del piano, la observaba sin mover una pestaña, en estoica y muda adoración, fortificándose con abundantes libaciones, mientras yo permanecía en el rincón más alejado. Ya sea que cantara viejas romanzas o bailables modernos, Sugar hacía estragos con su voz argentina. A medianoche, terminaba con una especie de reverencia, y Hancock se levantaba y la besaba sobre el larguísimo guante sin decir ni una palabra.

Los cabellos de Sugar pasaron de un color a otro hasta que agotaron la gama de tinturas conocidas aparte del gris, y Hancock hizo colocar tacos gigantes a sus zapatos para verse más alto que ella; pero el idilio se encontraba en un callejón sin salida. Sugar, por lo general nada de tímida, perdía sus facultades ante este pájaro extraño que no hacía más que observarla, silencioso y atónito.

Pero no hay que perder las esperanzas: este episodio, como la mujer del César, se hace más excitante a medida que avanza la noche.

Hancock no metía jamás las narices en el club del piso de arriba, respetando el reglamento social; los cazadores de tigres y los otros clientes regulares del Jabalí Fumador empezaban a frecuentarlo y parecían encantados.

-Estoy muy contento -me comunicó Hancock un día- porque a mis clientes les encantan las reuniones del señor Leopardo. ¡Si no quién sabe qué otros locales los tentarían! He oído decir que en Broadway existen incluso locales ilegales. ¡Hasta casas de juego!

-¡No me diga!

-La verdad. Pregúntele al comisario Molveni. El mismo me lo contó. -Y gozaba con la idea de sus clientes apartados de todas las tentaciones de Broadway gracias al círculo del Leopardo, imaginándoselos sumergidos en apasionantes partidas de ajedrez, dominó y damas, con Sugar Candy que participaba en estos pasatiempos inocentes.

Un sábado por la noche, después que Sugar había realizado su despedida y yo estaba cerrando el local, se presentó el comisario Molveni. La mirada de Hancock estaba aún fija en el piano desierto y yo le di un golpecito en la espalda:

-Ya se puede sacar los tapones de los oídos, señor Hancock: se acabó la música. Y está el señor Molveni, que quiere hablar con usted.

Hancock se alegró mucho con esta noticia y recibió al comisario con grandes demostraciones:

-Una taza de té para el señor Molveni. ¡Del mejor! Para la policía todo es poco.

Pero el comisario, un señor anteojudo y distinguido, lo miraba con expresión ceñuda.

-Si fuese un poco más temprano -le dijo Hancock, mirando su reloj- podría ofrecerle un whisky. Pero han pasado dos minutos de media-noche: o sea que nada de bebidas alcohólicas a esta hora. Sería ilegal.

-¡Una verdadera lástima! Y ahora, señor Hancock, al grano. Durante años, lo he citado a usted como ejemplo de rectitud en esta vorágine que

es Broadway. Y es justamente en consideración a su pasado inmaculado que he venido a hacerle una admonición.

-¿Admonición, señor?

-¡Admonición, señor! Nos han informado que alguien tiene una casa de juego clandestino en su local.

-¡Señor! -Hancock se enderezó y observó al comisario con aire desdeñoso. Luego pareció recordar algo -y prorrumpió en una sonora risa-. ¡Comprendo! ¡Perfectamente! ¡Ah, ah! ¡Una casa de juego! ¡Esto sí que está bueno! ¡Ah, ah! -Y siguió riéndose hasta que lo interrumpió el comisario:

-Ya veremos si sabe sacar provecho de nuestra advertencia. -Y aquel funcionario magnánimo trató de irse.

Pero Hancock lo sujetó por la manga de su uniforme:

-¡Un momento, señor! ¿Usted se refiere quizás al club privado del piso alto?

-¡Cómo no..., club privado... -dijo Molveni en tono sarcástico.

-¿Pero por qué -preguntó Hancock no sin amargura- siempre nombran comisarios de policía a hombres de espíritu suspicaz? En las habitaciones de que se trata se reúne un grupo seleccionado de gente, para jugar amistosas partidas de ajedrez y, hasta quizás, de bridge, pero nada de juegos de azar, señor comisario. El presidente del club, el señor Leopardo, sabe muy bien que los juegos de azar están prohibidos por la ley.

-¡Harry el Leopardo! -exclamó el comisario, pálido.

-¿Conoce a este señor?

-Sí lo conozco. . ., ¡no es un señor!

Esto ya fue demasiado para Hancock. Se levantó con cierto esfuerzo y dijo fríamente:

-Debo rogarle, señor comisario, que me acompañe ahora mismo al piso de arriba, después de lo cual exigiré excusas oficiales además de las particulares. ¿Vamos?

-¡Vamos! -respondió solícito Molveni, que era un hombre muy sociable.

Fue entonces cuando yo consideré oportuno intervenir.

-Señor Hancock -le dije en voz baja, pisándole con mucho tacto el dedo gordo a mi patrón-, tengo que hablarle. -Y empujándolo hacia un rincón, le murmuré en el oído-: Quiero recordarle que en el círculo no se recibe a los extraños.

-Muy cierto -contestó Hancock en voz alta-. Pero el señor Leopardo estará feliz de conocer al señor Molveni y así poder desmentir tales calumnias. ¿Cómo es posible que no lo comprenda usted, jovencito? -Y se dirigió, algo tambaleante, hacia la propia ruina, seguido por el comisario Molveni y por mí.

En honor a la verdad, hay que decir que el Leopardo era una persona muy precavida, y las dos puertas colocadas por él a la entrada del

club eran de láminas de fierro, provistas de mirillas que resultaron ser tan útiles como los agujeros en una flauta. Hancock golpeó a la puerta y se abrió la mirilla, revelando un ojo muy grande que nos miró con curiosidad. Luego una voz que dijo:

-Es usted, señor Hancock. Entre no más.

Entramos en un ambiente de aspecto digno y tranquilo, donde un nutrido grupo de socios, sentados alrededor de media docena de mesas verdes, se entretenían con dados, cartas, fichas y otras amenidades mundanas de este tipo. Cada uno tenía, delante de sí, amontonados, fajos de billetes de banco, y los fajos más altos estaban asegurados contra cualquier súbito golpe de viento mediante pisapapeles consistentes en pistolas.

Miss Candy no estaba, pero, sentado a una de las mesitas, vimos al Leopardo, demasiado absorto en las vicisitudes de las cartas para darse cuenta de nuestra llegada.

-¡Es él en persona! -exclamó Molveni.

Entonces el Leopardo nos vio. Apoderarse del dinero de la mesa, gritar: "¡Escapen! ¡La policía!" y desaparecer por la salida de emergencia, fue todo uno.

Reaccionando después de su sorpresa inicial, el comisario chilló:

-Que nadie se mueva; quedan todos arrestados.

Puede parecer extraño que nadie oyera la orden, a pesar de que fue dada con voz estentórea y acompañada por la exhibición de una magnífica placa.

Debe ser difícil, incluso para un comisario de policía, capturar por sí solo a un centenar de personas, cada una de las cuales se precipita a todo correr hacia la salida más distante. En efecto, el señor Molveni capturó una sola: Hancock. Y principalmente, creo yo, porque éste no hizo ninguna tentativa de fugarse.

-Este es un caso poco común -declaró cuando nos quedamos solos los tres-. ¡Pero no debe juzgar por las apariencias, señor comisario! Probablemente los socios usan billetes de banco en vez de fichas porque éstas no abundan, a causa de la guerra. El plástico, sabe usted, está cada día más escaso. Se emplea para construir aeroplanos.

-Sólo por esto -silbó Molveni entre dientes- lo exhibiré por Broadway adornado con brazaletes. -Y le puso, las esposas en las muñecas.

Al día siguiente, un aviso de la policía colocado en la puerta del Jabalí comunicaba que la licencia del local habla sido revocada. Viendo esfumarse todas mis esperanzas, me apresuré a advertir a los cazadores de tigres de lo que había sucedido, los que prometieron conseguir la fianza para la libertad provisional de Hancock a la mañana siguiente, apenas se abrieran los Bancos. Luego me fui al departamento de Miss Candy, que todavía estaba en ayunas de todo.

Al oír la noticia de que su príncipe azul estaba en 1a cárcel, frunció una de sus bellas cejas pintadas:

-Le había advertido al Leopardo que si alguna vez trataba de endosarle la responsabilidad al señor Hancock, empezaría a cantar sin acompañamiento. Y mantendré mi palabra.

-Tenga cuidado, Miss Candy; he oído decir que una señorita que cometió cierta indiscreción respecto al Leopardo tuvo un incidente seguido de un funeral.

Entrecerró los ojos.

-Por una vez que me enamoro de alguien de mi estatura no permitiré que nadie, ni siquiera el Leopardo, me haga perderlo. Aun a riesgo de arruinarlo todo.

Al día siguiente volví al Jabalí Fumador, y en el piso de arriba, dedicado a inspeccionar el local que aún estaba hecho un desbarajuste, encontré a Hancock, que acababa de salir bajo fianza, algo débil a causa de la falta de alcohol y en diálogo con su abogado.

-Mi abogado -me informó muy turbado- cree que podré sacármela con cinco años de cárcel, teniendo en cuenta los rebajados por buena conducta.

-¡Bastantes problemas tenemos para que usted más encima nos agregue a los abogados! Deje que Miss Candy se ocupe de este asunto.

Hancock pegó un salto.

-¡Pero la señorita no debe saber nunca que tuve que hacer con la policía! ¿Qué pensaría de mí? Dile que me fui a Inglaterra.

Antes de que pudiera contestarle oímos pasos en la escalera de servicio, y entraron dos empleados del Leopardo, uno conocido como Willy el Conejo, y el otro como Tom la Tenia.

-Señor Conejo -dijo Hancock-, ¿dónde puedo encontrar al señor Leopardo?

-¡Mira qué enredo! Yo vengo justamente como lugarteniente del Leopardo y trayéndote un mensaje suyo: que te conviene olvidar que jamás lo conociste, y que se ocupará de proveerte del whisky necesario para que pases en estado de agradable euforia tu breve estadía en la prisión.

Hancock se quedó perplejo.

-¡Señor lugarteniente! -dijo fríamente-, estoy empezando a dudar-de la honestidad de su jefe, y les aconsejo que devuelvan la paz a sus corazones diciendo toda la verdad. Si quieren les puedo presentar al comisario Molveni, que estará encantado de explicarles como el crimen no paga.

-¡Tú no has visto nunca al Leopardo en tu vida! ¿Comprendido? -gritó el Conejo.

-¡Imposible, señor lugarteniente! -Y Hancock se enderezó todo lo que le permitía su corta estatura. Pero no estuvo derecho mucho rato.

-Toma las "castañuelas" -dijo el Conejo; y su compañero sacó del bolsillo un puño de fierro y, ajustándolo sobre las coyunturas de sus propios dedos, asestó un .golpe a las asentaderas de Hancock en el momento preciso que el otro le pegaba un puñete en la nariz.

Hancock se desplomó como una servilleta, pero se levantó rápidamente gritando:

-¡Señores míos, esto está prohibido por la ley!

Golpeado de nuevo, cayó, pero volvió al ataque.

-¿No se dan cuenta de que están violando las leyes, pedazos de burros? ¿Cómo pueden ser tan poco inteligentes? ¡Ah, ah! -No podía menos que reír de la porfía de ellos.

En su obcecación ambos continuaron golpeándolo a pesar de que é1 los informara, con labios sangrantes y entre accesos de hilaridad, que el modo en que actuaban era ilegal. Hasta que lo convencieron de que se quedará estirado en el suelo. Después se dirigieron a mí, que estaba apoyado en la pared. Tenía frío: temblaba.

-¿Y tú? -gritó el Conejo, ya por completo fuera de sí-. ¿Cuántas veces has visto al Leopardo en tu vida?

-Poquísimas -balbuceé.

-Llevémoslo detrás del bar -sugirió la Tenia-. El jefe se enfurece cada vez que salpicamos con sangre sus hermosos tapetes. -Y luego de haberme sacado en peso de encima del costoso tapete del Leopardo, me trabajaron a golpes de "castañuelas" con toda la meticulosidad que puede esperarse en un mundo imperfecto. Cuando calcularon que ya habían ofendido bastante mis sentimientos, me repitieron la pregunta:

-¿Y ahora, cuántas veces lo has visto?

Al contrario de Hancock, yo capto las cosas al vuelo.

-Una sola vez -balbuceé. Me golpearon de nuevo hasta que se debilitó mi memoria hasta el punto de olvidarme completamente del Leopardo.

-¿No estás seguro?

-Segurísimo.

-¿No lo reconocerías si entrara aquí en este momento?

-No recordaría ni siquiera a su abuela.

-Tienes suerte.

Hancock, entre tanto, había terminado de reposar y se levantaba, todavía borracho de sueño.

-Tú vienes con nosotros -le informó el Conejo-. El Leopardo querrá tenerte cerca hasta convencerte.

-Lo siento mucho, pero no puedo seguirlos –logró contestar Hancock, boqueando, pero con firmeza-. Estoy esperando al comisario Molveni que debe llegar de un momento a otro, y el hecho de que no me encuentre en la cita podría despertar sospechas.

-Por lo mismo vendrás con nosotros -respondió el Conejo, agitando las "castañuelas" como una bailarina ,de fandango-. Y en lo que se refiere a ti -me dijo-, la boca con candado, si te interesa tu pellejo.

-Esto es un secuestro de persona y constituye delito -protestó Hancock mientras se alejaba del brazo, entre la Tenia y el Conejo; y en la

escalera lo oí que reía nerviosamente-: ¡Ja, ja! ¡Espérense no más que el señor Molveni se entere de estas cosas, y se arrepentirán! ¡Ja, ja!

Nunca se había divertido tanto.

Yo no oigo; cuando oigo, no escucho; cuando escucho, no comprendo. Estaba tratando de convencer al comisario Molveni que ésos eran mis principios cuando él, en compañía de un macizo agente de policía, llegó a la cita justo a tiempo para que fuera demasiado tarde.

-Yo no sé nada. Soy un pobre inmigrante que se esfuerza para no ir a la cárcel -seguí repitiendo, hasta que el comisario se desplomó en una silla y se tomó la cabeza entre las manos, gimiendo:

-Quisiera estar muerto. ¡Quisiera estar en el cielo con los angelitos!

-Esto se puede conseguir fácilmente, amor -le contestó una voz argentina detrás de la puerta, y Sugar Candy, que por modestia hacía un buen rato que estaba escondida, se adelantó, ondulante y esplendorosa y vestida para la conquista: delicioso sombrerito rascacielos, traje de gran corte y lujosa pistola de madreperla que se asomaba por un manguito de visón.

-¿Qué significa esto? -gritó el comisario, poniéndose brusca y galantemente de pie.

-Deseo que me acompañe donde la persona que puede disculpar al señor Hancock. -Y la voz de Candy hizo una especie de reverencia ante el nombre de su bienamado.

-¡Entrégueme ese aparato! -intimó el comisario, morado; pero había olvidado agregar "por favor" y Miss Candy se molestó.

-¡Quietos todos y manos arriba! -ordenó: y porque los dos hombres titubearon, estallaron a sus pies dos de los tiros más bulliciosos que jamás hayan salido de un manguito de visón. El grueso policía, persuadido por tanta elocuencia, se enderezó, con las manos en alto; pero fue necesario un tercer disparo, que hizo astillas la puerta a un palmo de la nariz del comisario, para impedir que éste se alejara sin despedirse, evitándole así otra falta contra la etiqueta.

Con mano experta, Miss Candy lo desembarazó de la pistola que llevaba bajo la chaqueta; luego me ordenó atar al policía con algunas servilletas, asegurándolo con lo que vulgarmente se conoce como "el nudo del camarero". Entonces le sacó a él también el revólver de ordenanza, y a fin de que a nadie se le ocurriera la loca idea de robárselo, lo tomó en consignación.

-Tú sígueme -me ordenó-, y en cuanto a ti, amor -le dijo al comisario-, me precederás por el gran mundo. Las señoras deben ir adelante, pero los comisarios de policía tienen precedencia sobre todos.

Y demostró su respeto por la ley siguiendo paso a paso a su tutor, y su modestia de verdadera dama no ostentando la lujosa pistola mientras discurríamos ligero por entre el gentío vespertino de Broadway.

No se detuvo sino un instante ante algunas vitrinas de tiendas de modas, hasta que llegamos a un restaurante chino, donde nos hizo pasar por la cocina y nos condujo arriba por unas escaleras, al final de las cuales encontramos una puerta muy conocida de lámina de fierro. Por la

mirilla apareció una parte de la cara de Rudy el Neurótico, otro de los hombres del Leopardo.

-¿Está el jefe, Neurótico? -preguntó Miss Candy.

-Estaba, peto se fue -contestó aquel personaje hipersensible, haciéndonos entrar en un ambiente muy parecido al de nuestro club del piso de arriba: mesitas verdes alrededor de las cuales un grupo sociable se entretenía con naipes y dados y billetes de banco.

-¡Señoras y señores! -anunció Miss Candy-. Vuélvanse donde sus respectivos cónyuges: ¡aquí está la policía!

En un momento, el ambiente fue presa de ese deplorable pandemonio que provocan las fuerzas del orden en locales de ordinario completamente tranquilos, y quedamos solos los tres.

-Vive y aprende, amor -dijo Candy-. Y hay más todavía.

Visitamos media docena de círculos casi idénticos, tanto que para mí la velada se estaba poniendo monótona; el comisario, en cambio, no daba la impresión de aburrirse. Y Miss Candy se trasladaba de un lugar al otro con ímpetu siempre creciente, temiendo que el Leopardo pudiese oír rumores de nuestra caza antes de que lo encontráramos.

Nuestra expedición terminó en un bar irlandés donde Pedro el. Sólido nos saludó desde el respiradero.

-San Pedro, abre las sagradas puertas -intimó Miss Candy. Pero el Sólido demostró una pésima educación dándole con la mirilla en la cara, después de lo cual lo oímos alejarse apresuradamente.

Como nada la desconcertaba, nuestra acompañante sacó la pistola:

-La situación requiere el toque femenino. Retírense, señores. Digo señores, pero me refiero a ustedes dos. -Y dándonos apenas tiempo para retroceder, le pegó dos tiros a la cerradura; luego empujó la puerta y entramos. Pero esta vez el local aparecía desierto.

-Demasiado tarde -dijo Sugar desalentada, bajando el arma.

-No si es a mí a quien buscan -respondió una voz; y detrás del biombo del cajero se dejó ver el rostro sonriente del Leopardo. Nada más que los ojos traicionaban la tensión que su rostro ocultaba-. ¿Te has puesto entonces a cantar para la policía, Sugar? -preguntó riendo burlonamente con sus bellos dientes de felino.

-No, sólo estoy tratando de casarme. Tengo derecho.

-¡Sucia ramera! -Por supuesto que el Leopardo no dijo nada tan discreto; sólo quiero indicar cómo la llamó en realidad-. ¡Después que te saqué de la calle!

-Sí, para botarme en medió del fango de Broadway -respondió Sugar con una sonrisa amarga- Pero no es el momento de hacernos los sentimentales. Yo estoy aquí para un asunto importante. Quiero que vacíes tu saco, para dejar libre al señor Hancock, a quien considero mi prometido porque tengo la intención de pedirle su mano.

-¿Felicitaciones!

-Luego te daré media hora de ventaja sobre el señor comisario, lo que ha de bastarte para ponerte a salvo. ¿Ves? Y además te devolveré este gracioso talismán que me regalaste para mi día. Sabes muy bien, por lo demás, que sería incapaz de usarlo en contra tuya. ,

-Esa es la diferencia entre la gata de la calle y el Leopardo,- dijo este último, sacando rápidamente un revólver- Aquí tienes mi regalo de bodas.

Por razones personales me lancé bajo la primera mesa que encontré, tapándome los oídos y cerrando los ojos. Oí, en sordina, dos disparos y un gran ruido, y al reabrir los ojos vi a Miss Candy con la boca abierta de par en par de estupor, al Leopardo en el suelo y al comisario que blandía una pistola humeante.

-No he visto nada -dije levantándome-, pero las sospechas recaen sobre usted, señor comisario.

-¿Tenía ... otra ... pistola?. . . -le preguntó Miss Candy con un hilito de voz.

-Llevo siempre escondida un arma suplementaria.

Sugar se deshizo en lágrimas.

-¡Esto es demasiado humillante!

-Pero dudo de que hubiera logrado usarla en contra suya -la consoló el señor Molveni, golpeándole cariñosamente la espalda. 1

-Llamemos a un médico para el Leopardo -dijo Miss Candy entre sollozos.

-No vale la pena le contestó-. Ningún médico podría dejarlo más muerto de lo que está.

Encontramos a Hancock en la habitación contigua, atado como un salchichón y borracho como un lord: había logrado liberar una mano lo suficiente como para llegar hasta una botella de whisky colocada sobre un estante cercano, y estaba emborrachándose tranquilamente, esperando confiado en la llegada de la ley.

-Los sucesos de esta noche -me explicó él después que lo llevé a casa- demuestran una vez más que nadie puede quebrantar impunemente la ley.

Le hice notar que por nuestra parte hablamos perpetrado una verdadera ola de delitos, siendo bien pocos los que no habíamos cometido para asegurar el triunfo de la justicia: violamos no sé cuántos domicilios privados sin orden judicial de investigación, resistimos a la fuerza pública amenazándola a mano armada, disparamos sin tener permiso para llevar armas, y antes de la reapertura de la estación de caza, secuestramos a un comisario de policía, privamos de su libertad constitucional a un policía mediante un nudo del camarero. .., sin mencionar a Hancock que se había tomado una botella de whisky proveniente del mercado negro y excluida del comercio autorizado: y más encima, después de la medianoche.

Hancock, ya casi vestido, se detuvo de repente:

-Si se ha violado la ley, es nuestro deber presentar la denuncia. Vamos inmediatamente donde el señor Molveni.

-Pero si el comisario ya ha pasado una noche muy cansadora. Se enfurecerá si lo molestamos.

-¡Muchacho ingenuo! Estará muy agradecido de que le demos la oportunidad de hacer respetar la ley.

Con bastante dificultad se colocó los -pantalones, y muy pronto nos encontramos de nuevo en Broadway, mientras despuntaba el sol.

-El comisario se ha retirado Y no podemos molestarlo sino en caso de emergencia -nos comunicó el sargento de servicio.

Hancock sintió el gran placer de tranquilizarlo:

-Es un caso de absoluta emergencia: una verdadera ola de delitos se ha desencadenado anoche sobre la ciudad. Dígale que es en relación con lo del Leopardo.

El sargento se colgó del teléfono, y al poco rato nos dijo que el comisario había dado orden de acompañarnos a su casa en un auto del servicio.

El señor Molveni nos recibió en cama.

-¿Mataron a Miss Candy? -se informó de inmediato, con aire cansado pero asustado a la vez.

-No, por Dios -respondió Hancock con un escalofrío-. Yo sólo quería denunciar los numerosos delitos que fueron cometidos anoche con el fin de que yo fuera liberado. Sería peligroso callarlo.

-¿Y es esto lo que quería decirme? -El comisario lo miró furioso.

-Por supuesto. Pienso que es necesario hacer algo, señor.

-¡Y se hará algo, señor!- exclamó aquel concienzudo funcionario, incorporándose sobre su trasero cubierto por un pijama a rayas blancas y negras-. En efecto, su estado de libertad provisional me permite recluirlo: por haber perturbado mi tranquilidad, lo pondré a la sombra por una buena semana de meditación. -Luego dirigiéndose al policía que nos había escoltado-: ¡Guardia, enciérrelo en una celda! ¿Está satisfecho?

Hancock estaba muy satisfecho.

Mientras él languidecía en la cárcel, Miss Candy me rogó que le llevara una torta, su especialidad, que ella había preparado para levantarle el ánimo. Cuando se la presenté, se conmovió tanto que le metió el diente inmediatamente, haciéndose pedazos un canino. Quizás hubiera sido mejor advertirlo. Pero é1 tuvo que reconocer que Miss Candy sabía preparar las mejores tortas con limas circulares que él había comido.

Para demostrarle su gratitud, Hancock cinceló con muy poco arte, pero con todo el corazón, una pequeña bandeja para su casa futura, y se la brindó a Miss Candy apenas lo pusieron en libertad, junto con proponerle matrimonio. Y una vez más actué de testigo para el matrimonio de un amigo. (El otro testigo fue el comisario Molveni.)

Apenas se hubo recuperado de su viaje de bodas, Hancock decidió deshacerse del Jabalí Fumador, al que lo ligaban recuerdos demasiado dolorosos, y llevarse a su esposa a California, un Estado que, por todo lo que se decía, tenía un buen porvenir.

.Estábamos todos muy tristes cuando nos despedimos. Especialmente yo, que quedé de nuevo sin trabajo.

CAPÍTULO OCTAVO

A LA MANERA DE LOS CONEJOS .

ENTRE TANTO, el gobierno americano había empezado a llamar a las armas a un número siempre creciente de hombres, incluyendo a los "extranjeros enemigos" como éramos denomina-dos nosotros los italianos desde que los Estados Unidos estaban en guerra con nuestro país. Podíamos hacernos destinar a un frente que no fuera el italiano; pero el que rehusaba prestar servicios era internado: así como iban las cosas yo estaba dispuesto a luchar contra cualquiera, menos contra mis compatriotas, porque sospechaba que en un campo de internación sería más difícil hacer fortuna; pero quizás me equivocara una vez mas.

En todo caso, la oficina de reclutamiento decidió prescindir de mí. En aquel tiempo el comando americano pensaba todavía que la guerra era como un encuentro de boxeo y que por ello convenía alistar únicamente a los hombres atléticos, razón por la cual fui rechazado clamorosamente en el examen de salud, en medio del alborozo de los médicos. Pero su alegría no fue nada en comparación con la mía.

Comprendí que había llegado mi oportunidad: comenzaba a escasear la mano de obra, mientras los salarios aumentaban día a día. En efecto, después de dos semanas de esfuerzos, por fin encontré trabajo como distribuidor de gasolina en Greenwich Village, uno de los barrios italianos de Nueva York. Estaba feliz: ¡yo... distribuidor!

Mi salario era de cincuenta y cinco dólares a la semana; no mucho para Nueva York, donde la vida era cara, pero también me caían algunas propinas de las que Mister Crouch, mi patrón, me permitía conservar la mitad. Así, comiendo poco y durmiendo en un catre de campaña en el cuartucho que hacía las veces de oficina, lograba ahorrar una buena parte de mis ganancias, que depositaba en el Banco todas las semanas. Sobre mi litera coloqué la fotografía de Lucciola, como aliciente para el trabajo y admonición para el ahorro. Y cuando empezaba finalmente a hacer fortuna, en la salchichería del Rojo Ferretti, un siciliano (los sicilianos son los irlandeses de Italia) que había emigrado a América hacía muchos años, se estaba preparando algo que acrecentaría de manera insospechada mis más desenfrenadas esperanzas.

Todo comenzó con una confidencia. Un día, después de comprar un poco de queso en la salchichería, le dije a Nell Ferretti, la dueña:

-Mamma, hace tiempo que no veo al Rojo detrás del mostrador: ¿está enfermo? -Y de ahí se inició una cadena de sucesos verdaderamente inesperados.

Nell Ferretti era una mujer fuera de lo común, grande y gorda como un camión, pero más útil aún, hermosa en cuanto lo permitía su mole, y provista de una sonrisa que alegraba el corazón casi tanto como sus platos calientes, que no tenían parangón en :el barrio. Era hija de madre francesa y tal vez por ello maestra en el arte culinario. Administraba casi sola el negocio y no se ausentaba más que el tiempo estrictamente necesario para echar al mundo algún hijo, lo que ocurría por lo regular una vez al año y a veces más a menudo. En aquellos tiempos los Ferretti tenían una media tonelada de hijos, diecisiete en total; y quien nunca ha

visto diecisiete hijos juntos no puede darse cuenta cuántos hijos son diecisiete hijos.

-Gianni -contestó Mamma Ferretti a mi inocente pregunta-, ¡no puedo soportar a ese hombre! (cada vez que decía que no podía soportar a ese hombre, se refería, naturalmente, al marido). Pero ¡quién me mandó casarme con un... un... vegetariano! ¡Que por las mañanas se solaza con un buen jugo de zanahorias, a mediodía con una ensalada, y a la cena con un plato de coliflores! ¿Cómo va a ser posible?

-Pero el Rojo tendrá otras cualidades.

-Oyeme, Gianni -dijo ella, ahogando un sollozo en la garganta-, puedo comprender que a un hombre no le guste su propia mujer. No sería la primera vez que pasa. Pero al Rojo lo que no le gusta es mi cocina... ¡y eso es un insulto nacional! Y como si esto fuera poco, ¡ahora se está dedicando de nuevo a una de sus ridículas invenciones!

-¿Tiene el germen de una nueva idea?

-¡El siempre está lleno de gérmenes! Es de los que sabe resolver cualquier problema que se le presenta, menos ganarse la vida: ¡y yo tengo que mantenerlo! ¡Ya no sé a qué santo encomendarme, con las dificultades que hay para encontrar un mozo, cuidar a tantos niños y... con otro más en camino! Aun, esta vez puede que sean gemelos, frecuentes, según el médico, en familias fecundas como la nuestra.

-Felicitaciones, mamma.

-¡Al diablo con las felicitaciones! Al Rojo entre tanto no le importa un pepino el apuro en que me encuentro, y se pasa los días metido en su covacha, sumergido hasta las orejas en volúmenes científicos; lo descubrí por casualidad, a través del ojo de la cerradura. ¿Por qué no me ayudas tú a hacerlo entrar en razón?

-¿Y yo que tengo que ver en esto?

-Mira, Gianni, yo sólo soy su mujer, y por eso a mí no me hace ningún caso. Hace años que no nos hablamos, ni siquiera por teléfono. Tú en cambio eres compatriota suyo, son amigos, se hablan... y hablan el mismo idioma. Trata de descubrir qué es lo que está haciendo, y después dile que lo deje. Espero que no querrás negarle este pequeño favor a una pobre mujer que ha sido diecisiete veces madre. . . -concluyó ahogando otro sollozo.

¿Podía un caballero rechazar una petición tan conmovedora? Claro que podía.

-Lo siento, mamma, pero estoy muerto de hambre y me voy corriendo a comer.

-Hoy comerás en nuestra casa. No es ninguna molestia. Una boca más o menos...

¿Podía un caballero negarse a probar los manjares de Mamma Nell?

Conocía a los Ferretti desde que trabajaba en El Jabalí Fumador. A pesar de que el marido era totalmente calvo lo llamaban "el Rojo", porque, según decía la señora, si hubiera tenido pelo éste habría sido color tomate. Y todos creíamos al pie de la letra lo que decía Nell. 0 sea que lo

considerábamos pelirrojo a pesar de que no tenía pelo. Además era vegetariano. Me contó que venía de un pueblo pobrísimo donde se comía carne sólo una vez al año, para Navidad: y todas las Navidades se pegaba unos atracones en que acababa enfermo; hasta que se le pasó el gusto.

El Rojo era asimismo un personaje excepcional, no sólo por ser. salchichero y vegetariano, pelirrojo y calvo, sino también por una ambición que, contrariamente a su inteligencia, no tenía límites. Sufría de un complejo de superioridad, por lo cual quería hacerse célebre a cualquier costo. No rico, o presidente, o bello, o peludo; sino simplemente célebre. Quería que todo el mundo reconociera en él a un genio: presunción que se le despertó durante la guerra.

Durante la guerra, Estados Unidos sufrió por primera vez una sensible escasez de todo lo que hace agradable la vida, como ser jamón, huevos, mantequilla, tocino ahumado y similares, por lo que las señoras se dedicaron a cortejar sin ningún recato a sus salchicheros: en vez de hacer sus compras en pantalones y con la cara llena de crema, como era su costumbre en los tiempos de abundancia, se ponían trajes costosos y velitos, se perfumaban en exceso y entonces abordaban a sus salchicheros con sonrisas deslumbrantes, miradas asesinas y desfachatadas adulaciones, con la esperanza de conseguir algún bocadillo escogido y escaso.

Al Rojo todo esto se le fue a la cabeza, y fue en aquel período que él empezó a sospechar que era un hombre superior. Y para hacerse reconocer como tal por los otros, le dio por inventar empresas que deberían atraerle la atención del mundo. Eso es algo que América lleva consigo: América donde cualquiera puede soñar con realizar grandes cosas, y a veces lo consigue.

El Rojo empezó con cierta prudencia, pero cada fracaso lo impulsaba hacia aventuras siempre más clamorosas.

Debutó con una especie de imán que facilitaría a las señoras que vuelven de noche a sus casas el trabajo de encontrar las llaves en la cartera: tarea siempre muy ardua. Hizo que su mujer probara en la práctica su invento, pero ella no lograba jamás encontrar el aparato dentro de su cartera; el Rojo, desilusionado, dirigió sus esfuerzos por otro. lado.

Desarrolló un nuevo tipo de radio, pero los retrógrados de los fabricantes no quisieron saber nada del asunto, prefiriendo el tipo existente, o sea el sonoro. Entonces realizó una máscara para la pesca submarina que permitiera a los entusiastas de este deporte una inmersión muy prolongada, y ésta dio un resultado que sobrepasó todas las esperanzas: el primer deportista que la probó no ha regresado aún a la superficie. Aburrido de esperar el retorno, el Rojo se dedicó a los deportes invernales, ideando un tipo de esquís que podían transformarse en muletas con un simple tirón a las amarras. La idea era por demás acertada, pues todos los que usaban los esquís del Rojo necesitaban infaltablemente muletas; a pesar de todo, los avaros deportistas no comprendieron las ventajas que éstos ofrecían. Mientras tanto el Rojo no se desalentaba: si le iba mal con una idea, impertérrito, inventaba otra cosa.

Yo comprendía muy bien que Nell fuese contraria a estas actividades suyas, que no sólo lo alejaban de sus deberes familiares durante el día y buena parte de la noche, sino que también se comían todos sus ahorros; y yo estaba dispuesto a explicarle con mucho tacto que estaba loco de remate si persistía en seguir ese camino.

Los Ferretti vivían en los altos de su establecimiento, y después de abrirme camino fatigosamente entre los hijos que obstruían el paso, llegué a la covacha del Rojo y me anuncié.

Sentí ruido de muebles que se movían, luego la puerta se abrió con cautela y el infaltable cigarro toscano (manufacturado en Brooklyn), sin el cual el Rojo no sabía respirar, hizo su aparición, seguido por la fila de sus dientes obscuros y de la bella cabeza pelada.

Después de convencerse de que estaba solo, me hizo entrar en la habitación repleta de gruesos volúmenes esparcidos por todos lados.

-Dime una cosa, Rojo -comencé sin ningún preámbulo-, ¿encuentras justo dejar que se las arregle sola esa pobre Nell, y precisamente ahora que se halla de nuevo en ese estado llamado interesante?

-¿Se halla en estado interesante? -me, preguntó maravillado.

-Interesantísimo. Puede que sean mellizos. ¿No lo sabías?

-¿Y cómo iba a saberlo? La última vez que nos hablamos fue hace tres hijos. Incluso le he quitado el saludo. ¡Gianni, a esa mujer yo no la puedo ni ver! En lugar de alentarme en mi trabajo y ser mi inspiradora, ¡esa checoslovaca se burla de mí, me insulta, me llama soñador, visionario, y a veces hasta... idealista! Le habría dado una buena lección, si yo no fuera un caballero y ella más forzuda que yo. Pero ni siquiera Marconi, ni siquiera Edison, ni siquiera Alejandro Volta habrían podido abrirse camino con una mujer como ésta. ¡Por eso ese zorro de Leonardo da Vinci se quedó soltero, y así hizo más que ningún otro! Yo nací para otra cosa, no para estar detrás de un mostrador y vender salchichón y queso...

¿Acaso no nacimos todos para cosas más grandes?

Me aferró la mano.

-¡Tú me comprendes, Gianni! ¡Pero entre tanto me veo obligado a ver día a día gente cualquiera que logra hacerse fotografiar en los diarios y llenar la crónica, mientras la desventura se ensaña en mi contra, condenándome a esta oscuridad infame! Escucha, Gianni.

-Escucho.

-En mis últimas investigaciones científicas sobre textos antiguos he descubierto una maravillosa receta de un alquimista holandés para transformar el fierro en oro. Es algo a que se dedicaron todos los alquimistas del Medioevo.

-Me parece una idea estupenda.

-¡Mucho mejor que las ideas de los científicos de hoy día! Pues bien, ese holandés ya había logrado transformar el oro en fierro.

-¿Y para qué sirve transformar el oro en fierro?

-¡Se ve que no tienes espíritu científico, pobre Gianni! Todos los procesos químicos son reversibles: encontrando el modo de transformar el oro en fierro, basta invertir el procedimiento para transformar el fierro en oro.

_¿Y el holandés lo logró?

-No, por suerte. Murió justo a tiempo, pero no sin haber descrito antes, paso a paso, el procedimiento seguido para llevar a cabo la primera fase del experimento.

La idea me gustaba cada vez más. Podía ser la ocasión para que el Rojo diera en el clavo.

-¿Y bien? -le pregunté entusiasmándome-. ¿Qué esperas?

-Ayuda moral.

-Yo te doy ayuda moral -le aseguré conmovido-. Aquí tienes mi mano.

-¡No me importa nada tu mano! Yo estoy hablando de dinero. ¿Puedes proporcionármelo, sí o no?

-Quizás, si se trata de algo seguro ...

-¡No hay nada más seguro que el oro! Hasta los burros lo saben.

-En efecto, hasta yo lo sé. En mi libreta de ahorros tengo setenta y ocho dólares cuarenta y cinco. Estoy dispuesto a prestarte hasta el último centavo.

-De todos modos muchas gracias, Gianni, pero mis experimentos requieren fuertes sumas, para comprar oro y metales y un montón de cosas científicas, interesantes y costosísimas. Si me ayudas a encontrar los medios, harás fortuna tú también.

Le di un golpe de manivela a mi cerebro. Dado que el tío Al habla sido tan descortés en nuestro último encuentro, no merecía participar en un negocio así. No quedaba, pues, nadie más que Mister Crouch.

-Podría ser mi patrón, pero él tiene un pequeño defecto.

-¿Cuál?

-No hay nadie más cicatero que él.

-¡Negocio concluido! -exclamó, feliz, el Rojo-. ¡No hay nada más fácil que sacarle dinero a un avaro con fines lucrativos!

Mister Crouch era también un genio: un genio comercial. Al principio de la guerra (antes de que pusieran manos a la obra los acaparadores) llenó su negocio con viejos neumáticos comprados por poco dinero, y cuando el precio de la goma subió a los cielos, ganó una fortuna. Las gomas que vendía eran usadas, pero la gasolina era casi nueva. El era una montaña de hombre, con el rostro amarillo y fláccido, con un solo ojo, que era fácil de reconocer: el ojo de vidrio era el que tenía la expresión más humana.

Hablando con gran vehemencia a través del toscano apagado, el Rojo le expuso su caso con magnífica elocuencia.

-¡Volverse rico y célebre, Mister Crouch! Será considerado como uno de los benefactores de la humanidad, los diarios publicarán su fotografía.

-¡Qué me importa que salga mi fotografía en los diarios! -declaró aquel hombre modesto-. ¿Qué posibilidades de ganancia hay?

-¿Cuán profundo es el mar? ¿Cuán alto es el cielo? ¡El poder de la ciencia no tiene límites, Mister Crouch!

En Estados Unidos, especialmente en aquel período de euforia, especuladores de todo tipo invirtieron sumas mucho más importantes en empresas mucho menos promisorias. Por ello no me sorprendí en absoluto cuando, luego de otra entrevista, el Rojo vio llegar a un abogado que le presentó un contrato y una primera asignación.

Como quiera que los experimentos podrían acarrearles inconvenientes a los vecinos, tales como humo, malos olores y hasta quizás alguna pequeña explosión, el Rojo alquiló en la zona boscosa al norte de Nueva York, a un par de horas de distancia de la ciudad, una casona abandonada.

Me enteré de su partida por Mamma Ferretti, que vino a verme hecha una furia, para desahogarse. Se acababa de reponer del feliz acontecimiento, feliz para ella por una sola cosa: nació un solo hijo, y no una pareja como se temía.

-Fue una gran equivocación casarme con ese hombre -me confesó sin tratar de retener sus lágrimas-. ¡Uno de estos días me divorciaré de él y lo demandaré por daños!

-Cuando el Rojo tenga éxito en su intento se acabarán tus preocupaciones, mamma.

-Pobre Gianni, ¿crees en serio que resultará? Para Mister Crouch la única manera de ver un poco de oro es sonriéndose a sí mismo en el espejo.

-Sin embargo, han sucedido muchas cosas sorprendentes en este mundo. A Galileo tampoco le creyó nadie. Ni siquiera el Papa. -Pero ningún argumento podía convencer a la pobre Nell.

En efecto Mister Crouch seguía informándose sobre la marcha de los experimentos, mostrándose interesadísimo en el progreso de la ciencia.

-No hay novedades desde hace varios meses, aparte de los pedidos de dinero -me comunicaba preocupado.

-Hay que tener un poco de paciencia, jefe -le contestaba yo-. El Rojo tiene una cosa segura.

Sin embargo, no obstante la confianza que experimentaba frente a él y a Nell, debo confesar que me sentí un poco maravillado cuando los experimentos empezaron a dar fruto.

Una tarde, mientras Mister Crouch controlaba las cuentas y yo leía fotonovelas, entró de pronto el Rojo en el chiribitil, con el infaltable toscano incandescente y con los ojos que lucían el brillo de las grandes ocasiones. Tenía los brazos vendados, pues se había quemado con un líquido costosísimo; pero estaba radiante.

-¡Resultó! -exclamó dejando caer sobre el mostrador, con aire de triunfo, un paquete muy pesado.

Mister Crouch se puso de pie de un salto, electrizado.

-¿Oro? -Preguntó con voz sofocada por la emoción.

-¡Fierro! -respondió el Rojo, abriendo el paquete que contenía un puñado de polvo negruzco-. Una libra, extraída de una combinación de varias leyes de metales, entre los que había también una libra de oro.

Con un suspiro que más parecía un estertor, Mister Crouch se desplomó en su silla, llevándose una mano a la frente.

-¿No se da cuenta de que ésta es una gran conquista científica? -preguntó el Rojo, ofendido.

-¿Pero dónde ha ido a parar todo el oro que compramos? -preguntó Mister Crouch, devorado por la curiosidad científica.

-Habrá quedado en la escoria. Este es sólo el primer resultado. Lo bueno lo verán la próxima vez que venga a buscarlos.

-¿Y cuándo será eso?

-¿Quién sabe? Quizás dentro de unos días, quizás dentro de unos años. No tiene importancia.

-¿No tiene importancia? -gritó el otro con voz convulsionada.

-¡Con un invento de esta trascendencia el tiempo no cuenta, Mister Crouch! La humanidad empleó quinientos mil años para inventar la rueda. Yo, en cambio, estoy quemando etapas. Y ahora tengo que irme. Quiero ir a mortificar a mi mujer, que siempre ha dudado de mí: ¡le voy a refregar mi fierro por las narices sin decirle una palabra! -Y se alejó con tanta velocidad que ni siquiera oyó las palabrotas que le lanzó mi jefe.

Inesperadamente, éste demostró tan poco interés por los progresos de la ciencia que llegué a sospechar por primera vez que quizás le importaban más sus intereses personales.

Es bien triste pensar que muy a menudo el dinero está en manos de quienes son menos dignos. Durante dos o tres meses todavía Mister Crouch hizo escenas desagradables cada vez que venían a pedirle ayuda moral, aunque yo trataba de calmarlo con: "Si no hay noticias, buenas noticias" y otros sedativos por el estilo; hasta que un buen día aquel individuo mezquino decidió entorpecer el camino de la ciencia rehusando firmar otro giro de dinero, aunque fuese un giro en blanco, y demandando al Rojo por daños y perjuicios. Y no contento con esto, me echó a la calle con una patada en el trasero, acusándome de complicidad.

Los días siguientes fueron de pánico. El Rojo, que estaba ya cerquísima del éxito, volvió precipitadamente a la ciudad en busca de otra ayuda moral: pero se encontró sólo con la mía, que aún no le bastaba. Así, no me quedaba más remedio que recurrir al tío Al.

-¿Qué quieres ahora? -me gritó al verme entrar al taller.

-No he venido a pedirte favores -dije con frialdad muy estudiada-, sino por asuntos de negocios.

-¿Qué firma representas?

-Represento a un tal Rojo Ferretti, inventor científico, que tiene necesidad de dinero para...

-¿Dinero? -me interrumpió el tío A1, y se me acercó amenazante, blandiendo un cuchillo e impulsándome a dar un precioso salto hacia atrás- Quizás no me he explicado bien, pequeño malandrín. Una vez lograste chantajearme, pero ahora ya no se puede escribir a Montrecasse y no te tengo miedo. ¡Sal de aquí o te despacho! -Mientras, cortaba salvajemente el aire con su cuchillo, muy cerca de mí, y yo decidí que era preferible salir a dar un paseo.

Bien merecido se lo tenía. ¡Como se arrepentiría un día, cuando leyera en los diarios el hecho! Comprendería entonces que no era el gran hombre de negocios que creía ser.

Entre tanto, la única persona que demostró interés por la empresa del Rojo fue un oficial de la justicia que una mañana a las ocho y cuarto se presentó en casa de los Ferretti y selló todos sus bienes con exclusión de la fila de camas, los únicos muebles que no eran embargables. Y así fue como Nell y yo supimos que el Rojo había dado en garantía para los préstamos del señor Crouch todo. lo que poseía.

Mamma Ferretti se dio por vencida. Me dijo simplemente:

-He tenido más paciencia que la Estatua de la Libertad, pero ahora se me acabó de golpe. He decidido no trabajar más, nunca más. Que trabaje él para nosotros, aunque sólo sea por cambiar un poco. ¡Y cuando sepa que tenernos en trabajo otro pequeño Ferretti! ... ¡No debería haber venido aquella tarde a casa a vanagloriarse de su fierro! Gianni -agregó echándose a llorar-, ¡yo no puedo soportar a ese hombre!

Cuarenta y ocho horas más tarde, Mamma Ferretti estaba lista para salir de la ciudad con toda su prole.

-Tú vienes con nosotros, Gianni -me dijo mientras la ayudaba a colocar las camas sobre el camión que había alquilado-. Es por culpa del Rojo que perdiste tu puesto y es justo que é1 se ocupe de ti ahora.

-¿Pero cómo se las arreglará?

-Ese es asunto suyo.

-Lo siento, mamma, pero no puedo aceptar tu generosa oferta. Yo tengo que hacer fortuna, y estoy empezando a dudar si podré hacerla en sociedad con el Rojo.

-Por lo menos te recuperarás un poco, Giannetto. Pareces la muerte en vacaciones. Te has arruinado la salud, como todos los que esperan buenas noticias de ese aturdido. Estás tan pálido que podrías asustar a un fantasma. Unos meses en el campo harán de ti otro hombre.

-Si insistes un poco más, acepto.

Siempre me había gustado el campo, donde me sentía más a mis anchas que en la ciudad. Entonces fuimos a buscar mi maleta, y unas horas después estábamos todos instalados en la fatídica casona. El alquiler de ésta estaba pagado; por un año estábamos seguros de tener un techo sobre nuestras cabezas, por más malo que fuera, y podíamos siempre matar el hambre con los productos de una tierra inculta.

El Rojo ni siquiera esbozó un saludo al vernos llegar. Ambulaba taciturno y desalentado por el inútil laboratorio, entre sus balanzas, morteros y alambiques, con la mirada ausente y el toscano apagado, apuntando hacia abajo: señal de profundo abatimiento.

Naturalmente, no había aún transcurrido una hora de nuestra llegada y ya Mamma Nell estaba trajinando en la cocina, a pesar de que había jurado que de ahora en adelante llevaría una vida de ocio y de lujuria; y hasta yo me puse de inmediato en movimiento, yendo de un lado para otro, en una silla de ruedas, mientras explicaba a los niños cómo se arregla el techo y cómo se plantan las hortalizas.

Pasaron las semanas, pasaron los meses, y poco a poco nos acostumbramos a la dulce vida del campo, viviendo frugalmente, pero contentos. Sólo el Rojo seguía amurrado, ignorándonos a todos, tanto que un día su mujer me dijo:

-Nunca se ha demorado tanto en recuperarse: estoy preocupada. Esta vez vería de buen grado que se apasionara por algún proyecto nuevo, por tonito que fuera.

-Creo que no nos hará esperar mucho, mamma.

-¿Qué quieres decir?

-De un tiempo a esta parte el cigarro se está enderezando y los ojos le brillan como en las grandes ocasiones. ¿No te has dado cuenta?

-¿Y quién lo va a mirar a la cara? Ojalá tengas razón.

En efecto, algunas semanas después, el Rojo me agarró de un brazo, me inmovilizó contra la pared y rompió el silencio:

-¡Gianni creo que está vez va en serio!

-¿Lograste hacer oro?

-¡Pero qué oro ni qué oro! Incluso hay demasiado oro en los Estados Unidos. Esta vez mis experimentos están dirigidos hacia algo muy distinto: ¡a mejorar la humanidad! ¿Y por qué pones esa cara? ¿No crees tú que la humanidad tiene necesidad de mejorar?

_¡Por supuesto, Rojo!

-¡Pues bien, Gianni, todo es cuestión de dieta!

-¿Qué cosa?

-Cualquier cosa. La guerra. La desgracia. Mister Crouch. Mujeres gruñonas. Todo esto y mucho más se puede curar con una dieta apropiada.

-Escucha, Rojo: quizás toda esa verdura que comes comienza a hacerte mal y, por más que Nell sea verdaderamente hábil para inventar nuevos modos de cocinarla y condimentarla, la dieta humana tiene que variar, si no el cerebro pierde fuerza. Después de todo no somos conejos.

El Rojo pegó un salto.

-¡Conejos! ¿Cómo lo sabías?

-¿Qué cosa?

-¿Que estoy haciendo experimentos con conejos?

-No lo sabía.

-Sígueme, Gianni.

Muy excitado me condujo a través de una espesa arboleda, hacia un punto apartado donde, escondida entre el follaje, había una fila de cajones de cerveza, transformados en jaulas que eran un hervidero de conejos.

-Hace meses que los estoy criando. A escondidas, se entiende, si no Nell me los robaría para uno de sus estúpidos estofados, echándolo todo a perder. Este primer grupo ha sido alimentado exclusivamente sobre la base de una dieta japonesa, arroz al *sukyaky,* según la receta que saqué de un libro de cocina: y ya se puede ver como tienen el cuerpo chico, pero son duros y agresivos. Estos otros han sido mantenidos con platos chinos, dulce de almendras y de vez en cuando un plato de chow mein, que voy a buscar al restaurante del pueblo, ¿y ves como están grandes, gordos e indolentes?

-A mí me parecen todos iguales.

-¡No hables como una mujer, Gianni! A estos otros los he mantenido con té y bizcochos, a la inglesa, y ya...

-¿Y ya piden whisky con soda?

-¡No bromees con un asunto tan serio! Se ve que eres muy negado para las investigaciones científicas. ¿No comprendes su significación? ¡Tratemos de descubrir la dieta que convierte a los hombres en seres verdaderamente democráticos y pacifistas, e impongámosla a la población mundial! Veamos. de qué se alimentan Mister Crouch y sus semejantes y obliguémoslos a cambiar de menú. Es un método rigurosamente científico, matemáticamente seguro. ¿Qué me dices, querido Gianni? -Vibraba de entusiasmo.

-Digo que en realidad hay muchos.

-Eh, los conejos tienen cierto vicio. . . -contestó pensativo-. En Australia el gobierno paga para que los maten, porque se multiplican tan rápido que amenazan con destruir toda la vegetación. Yo principié la crianza sólo el invierno pasado, por si acaso, con una pareja que encontré medio atontada en mi laboratorio, y de inmediato se pusieron a procrear.

-¿Y si le lleváramos un par a Nell para el puchero? -me atreví a sugerir haciéndoseme agua la boca-. Estoy harto de zanahorias y lechugas, empiezo a sentirme deprimido cada vez que vamos a la mesa. Piensa también en tus hijos: pueden volverse unos viciosos a fuerza de alimentarse como los conejos.

-En lo que respecta a la dieta de los conejos no hay nada que decir -contestó-. ¡Mírame a mí, que la he seguido toda mi vida!

El **Rojo** se dejó convencer para que mandara un par de sus animalitos para la olla, y Nell no se quejó de su nueva afición, sobre todo después que él declaró estar dispuesto a cederle todo el sobrante.

Así probé por primera vez un plato que Nell llamaba *lapin á la moutarde,* un estofado de conejo escabechado con mostaza y zanahorias y varias clases de hierbas. Es una especialidad gascona, que Nell preparaba de un modo muy suyo, ateniéndose a una receta transmitida por su

abuela, y confieso que nunca he probado nada más exquisito, salvo quizás la mortadela de burro que hacía mi madre.

Desde aquel día comencé yo también a interesarme con fervor por la ciencia, asegurándome personalmente que los hijos más grandes se preocuparan de nuestra crianza. Los conejos eran muy fáciles de criar: se nutrían de cualquier cosa que no se escapara, y cuando no estaban ocupados en nutrirse estaban ocupados en perpetuar la especie.

Pusimos a un lado la jaula necesaria para los experimentos del Rojo y construimos un recinto más grande para acomodar el sobrante. Este sobraba en verdad: los animalitos se multiplicaban con tanta rapidez que no lográbamos ni siquiera remotamente consumirlo todo, y así fue que, sólo para librarnos, empezamos a proveer con nuestras viandas al restaurante del pueblo; y las viandas resultaron ser tan útiles como un anillo de brillantes en el dedo de una viuda.

Poco a poco la fama del guiso se propagó, comenzaron a afluir los excursionistas que querían probarlo en su lugar de origen, y nos vimos obligados a poner sillas y mesitas para satisfacerlos. Y un buen día dos señores de aspecto muy distinguido se presentaron a Nell como inspectores de una firma de conservas alimenticias, a los que el representante de la zona le había hablado de nuestro guiso, y ellos habían sido enviados ex profeso para verificar personalmente sus posibilidades.

Era la época en que en los Estados Unidos había una escasez casi total de carne de buey, que sé destinaba ante todo para las Fuerzas Armadas, por lo cual diariamente aumentaba la riqueza de los sucedáneos; y si bien el conejo no había sido jamás un plato popular, el que lo probaba a la manera de Nell se volvía un entusiasta. Además era económico.

Mamma Ferretti firmó el contrato, la compañía instaló una fábrica de conservas sobre nuestro terreno, y muy pronto era lanzado en toda América el Estofado Nacional, que se volvió tan célebre como la luminosa sonrisa de Nell que adornaba todas las latas, los prospectos y los anuncios publicitarios que inundaron los Estados Unidos de una a otra costa.

Así, gracias a los méritos de Nell, la familia Ferretti encontró por último la riqueza y la celebridad.

Para el Rojo, el éxito de su mujer fue el golpe de gracia. El toscano le colgaba casi perpendicularmente de los labios, su mirada era vacía, y una vez más su mejor mitad empezó a preocuparse.

-No te descorazones, Rojo -me encargó que le dijera, porque ambos aún no se hablaban-. Ahora sí que puedes construirte un laboratorio y dedicarte por entero a tus investigaciones. Tarde o temprano tendrás que acertarla.

Pero él no escuchaba, ni hablaba, y casi no probaba alimento. Hasta olvidó de darles el sustento a sus conejos de experimento, dejando morirse de inanición a una pareja; y cuando le hice notar que esto comprobaba claramente la importancia de sustentarse para permanecer con vida, y que él no debía olvidarse de comer, exclamó:

-¿Qué importa si muere un fracasado como yo? -Y agregó con amargura-: Quizás entonces los periódicos publicarán finalmente mi nombre, anunciando que ha muerto el marido de la célebre Nell Ferretti. Ah, en realidad a esa mujer yo no la puedo ni ver.

Entre tanto, a pesar de que andaba ocupadísima con su industria, Nell encontró tiempo para acrecentar aún la prole: esta vez con una pareja de mellizos. Y fue entonces cuando también el Rojo obtuvo al fin el reconocimiento de sus esfuerzos.

En los Estados Unidos, donde la mayoría de las parejas procreaban con cierta moderación, veinte hijos en dieciocho años constituía una especie de record, y un día se presentó en nuestra casa un grupo de periodistas y fotógrafos: el Rojo había sido elegido como "el padre más notable del año". Diarios y revistas publicaron su fotografía en medio del círculo familiar, le fueron conferidos un diploma y una medalla, y hasta recibió una carta del Presidente de los Estados Unidos, el cual le comunicaba que la nación se sentía orgullosa de contar con hombres de su temple.

Regocijándose con el advenimiento de la celebridad, el Rojo se reconcilió con el mundo, y hasta con su mujer. Cuando terminó de coleccionar los recortes de periódicos (que pegó cuidadosamente en un cuaderno ad hoc), se puso a escribir un libro, donde dejaría a la posteridad la suma de sus experiencias. Pronto me dio a entender que no sería un trabajo fácil, pues no podía ciertamente confinar toda su vida en un solo volumen.

Quería intitular su obra: Cómo se alcanza el éxito. No sé si haya terminado su primer volumen o si sigue trabajando aún, porque, poco después, un hecho inesperado me alejó de mis amigos Ferretti.

CAPÍTULO NOVENO

BREVE ENCUENTRO

MAMMA FERRETTI me propuso elegir un puesto directivo en su floreciente negocio, y yo le solicité un par de días para reflexionar al respecto: esta vez quería andar sobre terreno seguro. Pero antes de recoger el fruto. de las fatigas de Nell, el ejército americano me alistó en sus filas.

Por desgracia Nell tenía razón al decir que la vida del campo haría de mí un hombre distinto: un infeliz, ya que en una nueva visita a la oficina de reclutamiento se me juzgó suficientemente apto para dejarme matar. Me quedaba una sola esperanza: el examen psiquiátrico, del que todavía podía salir descartado. Respondí a las preguntas como un perfecto idiota, y los examinadores decidieron que el ejército no podía prescindir de mí.

Después de diez meses en un campo de adiestramiento en Carolina del Norte, donde fui entrenado hasta no poder tenerme en pie, me enviaron a Francia, a Arcachon. El único fuego que vi fue el de los pucheros en las cocinas de los sitios donde me destinaban, pero de todos modos logré ganar una medalla, gracias a que me quemé al sentarme distraídamente sobre un hornillo. Me dieron el "Purple Heart", la condecoración del Corazón Púrpura, que en muchos sectores fue conferida a todos los soldados que caían al hospital, a veces por inconvenientes menos gloriosos que el mío. Cuando la guerra terminó en Europa yo estaba aún convaleciente, aunque ya lograba sentarme sin la protección de cojines.

Y al cabo de unas cuantas semanas comenzaron a llegarme las cartas de Montrecasse, que abrí temeroso.

Mi madre estaba bien. Mi hermana Assunta se había casado en Nápoles. Carmelina estaba aún de novia. Mi tío Atila había muerto de una indigestión después de un almuerzo en el que, con sus compañeros de farra, había tratado de olvidar la carestía de la vida; de herencia nos había dejado la casa, que al estar fuertemente hipotecada establecía nuestras primeras deudas. Lucciola había perdido a su padre, pero ella y su madre estaban bien, casi tan bien como sus cuatro hermanos capturados por los ingleses en África. La península de Sorrento no había sufrido bombardeos; ahora muchas casas estaban siendo requisadas por las fuerzas de ocupación, pero no en mi pueblecito, demasiado aislado y primitivo como para alimentar a las tropas aliadas, acostumbradas a todas las comodidades de la vida moderna.

El ejército americano no podía comprender mi apuro por regresar a mi patria, y fue necesario que esperara el licenciamiento de las tropas. Me consolaba, por lo menos, con un torrente de cartas de mi familia. Mi madre me escribía que Lucciola se moría de ganas de volver a verme; Lucciola me escribía que mi madre se moría de ganas de volver a verme.

Ahorrando mi paga casi hasta el último centavo, había podido guardarme como cuatrocientos dólares. Confieso haber pecado de ambicioso deseando que fueran aún más; por eso la noche antes de ser

licenciado acepté la invitación de mis conmilitones a una partida de póquer de despedida: allí me despedí de mis ahorros.

En París, con mis documentos de licenciamiento, me dieron pasaporte norteamericano.

-Porque ha prestado servicio en nuestro ejército -me explicó el oficial sentado al escritorio-, tiene usted ahora todos los derechos de un ciudadano norteamericano, menos el de llegar a ser Presidente.

-¿Decía usted? ...

-Que usted nació en el extranjero y, por lo tanto, jamás podrá ser Presidente de los Estados Unidos

Debo de haber tenido un aspecto muy afligido, porque el oficial agregó con tono alentador:

-Fuera de esto, usted puede aspirar a cualquier cargo nacional.

-¿Secretario de Estado?

-Naturalmente.

-¿Ministro de Finanzas?

-Sin duda, joven. Y ahora váyase.

En el Consulado italiano supe que ahora yo era considerado extranjero y fui tratado como tal: para poder ir a Italia debía obtener una visa de Roma, la que demoraba varias semanas; subsistían aún las condiciones de guerra y no se podía viajar libremente. Para mí fue un rudo golpe.

Sentía la necesidad de ver un rostro amigo y busqué a Rolando de Rocquefort en la guía telefónica, pero sólo existía la de antes de la guerra. Me fui entonces a Fouquet's para volver a ver los sitios de mi primera estada en París.

Había mucha gente en el local y por un instante me pareció revivir el pasado. La ilusión fue perfecta cuando, sentado a una mesa puesta, descubrí a mi amigo Rolando, que estaba leyendo tranquilamente el diario.

Terminados los abrazos y los saludos de rigor, él le hizo una seña al mozo para que pusiera otro cubierto.

-No puedo permitirme el lujo de una comida en el Fouquet's -le advertí de inmediato.

-Soy yo el que invito.

-¿Como aquella vez que terminamos en la cárcel porque no tenía un centavo?

-¡Ah, todo eso ha cambiado, amigo mío! Ya no soy el Rolando que usted conoció; ahora soy un hombre serio, calmado y casado, que lleva una vida ejemplar y que goza de la estima de los mejores camareros.

-Me alegro muchísimo. ¿Y cómo está su gentil esposa?

-¿Lisetta? Muy bien. Esta noche cena en casa del, duque.

-¿Del duque?

-El duque de Grand-Marnier. No lo habrá olvidado: uno de los padrinos de Grenouilleville en ese horripilante duelo.

_¿Y qué hace su mujer en casa de él?

-Ya lo dije, está cenando allí. El es el amigo de la familia.

-¿De cuál familia?

-De la mía: yo y Lisetta. Es un verdadero señor. Invita a mi mujer a cenar dos veces por semana. Los otros días ella cena conmigo.

-¡Pero yo no permitiría una cosa así!

-En cambio el duque, que es un hombre de mundo, lo permite.

-¡Quiero decir que, si estuviera en su lugar, yo no lo permitiría!

-¿Cómo puedo negárselo? Le debo demasiado.

-¿Qué cosas?

-Todo: nuestro departamento, nuestras ropas, nuestra comida.

-¡Yo no querría deberle nada!

-Y sin embargo le debe esta comida -fue su seca respuesta, mientras el mozo traía el soufflé, que resultó óptimo, al igual que el resto de los platos, lo que debía costar al duque una hermosa sumita, a juzgar por los billetazos que sacó Rolando cuando le presentaron la cuenta. En el entretanto me contó cómo le había ido desde que nos separamos.

Me enteré con agrado de que durante la guerra no había sufrido más de cuanto no sufriese hasta entonces. Sus primeros siete meses bajo las armas habían transcurrido comiendo bien y bebiendo mejor en un seguro y confortable fuerte subterráneo de la Línea Maginot. El ex chef del Fouquet's, conscripto como todos los cocineros de los mejores restaurantes parisienses, estaba a cargo de la cocina en el sector que le había tocado a Rolando, y tanto en la mesa de los oficiales como en el rancho de los soldados no faltaba absolutamente nada. En realidad, la guarnición francesa hubiera combatido hasta el último paté de foie gras, si el ejército alemán, en la forma solapada que caracteriza las empresas militares teutónicas, no hubiera abierto la línea de defensa francesa, atacándola por la espalda y obligando a la guarnición a rendirse sin haber disparado un tiro.

Fue sólo después de la caída de Francia que la vida fácil se transformó en difícil, y fue entonces cuando la amistad del duque resultó ser verdaderamente útil. Para vivir apenas con decoro era necesario poseer grandes medios, y él no mezquinaba su apoyo, proporcionándoles a sus protegidos todas esas amenidades que hacen soportable la vida conyugal.

-A propósito -dijo Rolando mirando el reloj-, ya es hora de ir a buscar a Lisetta a casa del duque. Bueno, querido amigo -continuó con un suspiro, poniéndose de pie-, el matrimonio no es cosa fácil: es una cadena tan pesada que, como dice un pensador nuestro, para soportarla se necesitan dos personas, y a veces hasta tres. Y, sin embargo, tiene sus ventajas. ¿Por qué no prueba también usted?

-Lo estoy pensando.

-Le presentaré entonces un elemento idóneo, que valdría la pena cultivar. Prepararé un encuentro fortuito.

-Gracias, pero yo debo partir muy pronto.

-Entonces habría que cultivarla cuanto antes.

-Ya tengo el elemento justo, que me está esperando.

-¿Tiene mucha plata?

-Ni yo ni ella sabemos exactamente cuánta.

-¡Felicitaciones!

-No lo sabemos porque la tiene toda guardada en una alcancía. Contaremos la plata juntos cuando la rompa, a mi regreso. Yo le he hablado a usted de ella. Es Lucciola, la chica de mi pueblo.

-Si es así, permítame devolverle cuanto le debo. -Y mientras él metía mano en la billetera, yo me ponía la mano sobre el corazón para acallar sus palpitaciones- Aquí tiene: dos mil doscientos francos de taxímetro, incluyendo la propina. Lástima que en el intervalo haya sobrevenido la inflación.

-Le doy las gracias lo mismo.

-Pero tiene que prometerme beber una copa de champaña a mi salud. Tal vez dos: una por mí y otra por Lisetta.

Y así fue que, mientras Rolando cumplía con sus deberes maritales, yo me acerqué al bar y pedí dos copas de champaña.

El barman acababa de alinearlas sobre el mesón cuando a mi lado una voz enérgica exclamó en inglés:

-¡Muy gentil! Bebo a su salud -y antes de que pudiera detenerlo, el intruso se apoderó de una de mis copas y la bebió de un sorbo.

-Permítame: Henry Biver, ex capitán de los Dragones Reales -dijo después con una rígida inclinación. Era un arrogante joven de aspecto marcial, alto y derecho, provisto de unos bigotillos rubios con las puntas retorcidas hacia arriba.

Encantado de que entendiera el inglés, me explicó que estaba recién licenciado del servicio de Su Majestad y que éste era su primer día de civil. Al contrario que yo, no deseaba regresar a su patria, donde sus acreedores y varias novias lo esperaban a la llegada del barco, sino que estaba decidido a establecerse en París, con la intención de ganarse honradamente la vida. Para comenzar, se dedicaba a apostar a los caballos.

-Existe un modo científico para ganar en las carreras -me explicó-. Pero hoy día no sirve, porque las carreras se han reiniciado hace muy poco y todavía no se conocen las posibilidades de cada uno de los participantes. Por lo tanto es necesario emplear el sistema matemático. Sin duda usted lo conoce ...

Tuve que admitir que no lo conocía.

-Se procede de la siguiente manera: se toma la edad del propio vecino, se la multiplica por la cifra de la fecha de su nacimiento, del producto se restan quince, se eleva al cuadrado, se divide el resultado por

tres y se agrega uno. Así se obtiene el número del caballo que vencerá en la primera carrera. Después se comienza de nuevo, con la edad de la persona siguiente, y así hasta el fin del bar. ¿Está claro?

-¡Luminoso! Pero una cosa ... ¿por qué se agrega uno al final?

-¿Y por qué no?

-¿Pero hay una razón especial?

-Oiga, jovencito, yo no inventé las reglas, yo sólo las sigo. Es un sistema que aprendí en Singapur. Reconozco que para un profano puede parecer raro, pero a menudo funciona hasta mejor que el sistema científico. Le daré una demostración práctica.

Colocó en el mesón del bar su elegante bastoncito de paseo; después sacó de su bolsillo el programa de las carreras, lo desplegó sobre el mesón, se informó sobre mi edad, hizo sus cálculos y en seguida señaló con una crucecita el número de un caballo inscrito en la primera carrera. Luego se informó acerca de la edad de un vecino; después de los otros. Entre tanto, dejaba vacías mis copas.

-Para mí la noche ha terminado -dije cuando quedé de nuevo sin un céntimo-. Encantado de conocerlo, y hasta pronto.

-Pero si usted no puede irse. Hay que elegir otros caballos para mañana.

-¿Oyó la campanilla de la caja? Bueno, eran mis últimos centavos que se iban.

-¿Quiere decir que está... pelado? -Me miró con desaprobación-. Por desgracia, no puedo a mi vez pagarle tragos a usted, porque cuando trabajo soy muy serio y no toco el capital que me deberá servir para las apuestas; sin embargo, puedo ofrecerle hospitalidad en mi habitación del hotel. No es muy bueno, pero hay un pequeño diván para usted si no tiene nada mejor.

No tenía, en realidad, nada mejor.

El caballo a que había apostado el capitán Biver en razón de mi edad le produjo setenta y ocho veces la apuesta, resarciéndolo con creces de las pérdidas causadas por los otros parroquianos del Fouquet's.

-Jovencito -exclamó alegremente, echándose al bolsillo el dinero en la sala de carreras y comprando el programa para el día siguiente-. Tú me traes suerte. De ahora en adelante te corresponde el diez por ciento de las ganancias, para que estés a mi lado cuando yo haga las apuestas.

Durante una semana entera las carreras anduvieron viento en popa, y cada día aumentaba mi crédito ante el capitán. Ya no era cuestión de que esperara un simple golpe de suerte: y cuando en el Consulado de Italia, adonde había ido a raíz de una nueva carta de Lucciola, me informaron de que aún no llegaba de Roma mi pasaporte, casi estuve contento, ya que me hubiera resultado difícil no saltar sobre el primer tren, abandonando caballos y caballero. Parecía que mi destino era regresar a casa rico a pesar de todo.

En cambio, mientras me regocijaba por mi inesperada fortuna, sobrevino un incidente cuyo solo recuerdo me causa escalofríos.

En el fondo, la única calificación con que contaba Henry Biver para aspirar a la mano de una reina era ese poco de dinero ganado en las carreras; pero él confiaba demasiado en la buena estrella que siempre lo había acompañado. En realidad, me confesó que hasta el asunto de la maharaní jamás le había sucedido nada peor que encontrarse comprometido con tres muchachas al mismo tiempo.

Estábamos descansando en un café en espera de que llegara la hora de trasladarnos a la sala de carreras para averiguar el resultado de Longchamps, cuando Henry, que estaba leyendo el diario, exclamó:

-He aquí una noticia de veras edificante. Lalun, la nueva y muy joven maharaní de Outdore, está alojada en el Hotel Claridge, a pocos pasos de aquí.

-Y qué?

-El diario asegura que, fuera de un numeroso séquito, ha traído consigo un aljibe de agua del sagrado Ganges para su baño semanal. ¿No te sugiere nada esto?

-Me dice que debe ser una señora muy limpia.

-¡Qué va ¿ser limpia! Quiere decir que, al menos desde nuestro punto de vista, debe ser muy rica, y por lo tanto puede convenirme hacerle una pequeña visita antes de que se le ocurra a otros.

-¿La conoce?

-Todavía no. Pero no me parecería nada de mal retirarme al estado matrimonial con una chica tan llena de gracias. He aquí su fotografía. ¿No te parece estupenda?

Lo más estupendo que tenía era la macicez de la joven soberana, más ancha que alta, envuelta en una suntuosa vestimenta. Hacía sólo unas pocas semanas que era maharaní, después de la abdicación del maharajá su padre, el que le había entregado el honor y la carga del reino en cuanto alcanzó el grado de madurez considerado indispensable en India para asumir responsabilidades de gobierno, es decir a los dieciséis años.

Outdore era uno del medio millón de pequeños Estados de la India donde los súbditos, por razones incomprensibles para los ojos occidentales, pagan los impuestos en proporción al peso de sus monarcas. Todos los años, después de que una delegación del pueblo sacaba pesas de plomo y otros objetos pesados de los bolsillos del soberano, éste, en una pomposa ceremonia, era colocado sobre una balanza, y los súbditos debían igualar su peso con piedras preciosas y lingotes de oro. Por lo tanto, la prosperidad del Tesoro estaba en relación directa con la adiposidad de los soberanos: cruel sistema para éstos, condenados a sustentarse con alimentos de alto contenido calórico.

Desafortunadamente para el erario, el maharajá de Outdore era un hombre de escaso peso y de salud vacilante a consecuencia de excesos juveniles., Durante años y años se había sobrealimentado en aras de la grandeza de su patria, pero lo único que había logrado era un notable caso de gota y la inquebrantable devoción de sus súbditos. Así, todas sus esperanzas para un futuro mejor las había depositado en su hija única y heredera del trono, la promisoria Lalun, que respondía brillantemente a la

hipernutrición a que los médicos de la corte la habían sometido desde la más tierna edad.

Entre tanto, en recuerdo del período que él, cuando era un joven y brillantísimo príncipe, había pasado en París (de donde volviera con la salud afectada y un tajo en la cabeza), el viejo maharajá quiso que también su hija, antes de subir al trono, se perfeccionase en el arte de gobernar, como lo hacen todos los monarcas serios.

Todo esto lo supe en parte por el diario, y en parte por Henry Biver, que había sido militar en la India y conocía la historia de todos los soberanos que tenían hijas.

-¿Pero tú qué tienes que ver con todo esto? -le pregunté vagamente inquieto.

-¡Niño querido! Toda soberana debe casarse, para así asegurarse un heredero al trono. Es algo bestial, pero así lo quiere la costumbre. Y como con seguridad Lalun, recién llegada, no conoce todavía a nadie en París, podré proponerle mi compañía, antes de que se presente algún cazador de dotes. Es cierto que necesitaré invertir un poco de dinero en flores: pero el que nada arriesga nada consigue.

-¡Por favor, Henry! ¡Permanezcamos fieles a los caballos: son dinero seguro y yo cuento con ellos!

Apostando a una yegüita como ésta se puede ganar mucho más.

-¿Pero por qué crees que te querrá?

-Pequeño idiota, es obvio que un hombre que ya ha hecho felices a tantas mujeres ajenas debe ser capaz de hacer feliz a la propia. Si tú no lo entiendes, lo en tenderá Lalun, apenas haya tenido tiempo para explicárselo.

Dicho esto tomó al seco su cuarto aperitivo, dio un estironcito a los puños, tomó su bastón y se puso en pie de un brinco.

-¡Aunque un caballero jamás debe dirigir la palabra a una dama a la que no ha sido formalmente presentado, una soberana, como una fortaleza, puede caer ante el asalto!

Debe haber modos más económicos de entrar en los aposentos de una soberana que aquel que Henry escogió esa misma tarde. Apoyado por numerosos aperitivos, luciendo una camisa limpia y una corbata nueva de seda, y armado de un canastillo de orquídeas que había absorbido la mayor parte de nuestro capital de operaciones, el capitán entró briosamente al Claridge, deslizó un billete de banco en la mano de uno de los porteros, que no opuso resistencia, y se informó acerca del número de la habitación de la maharaní. En el ascensor intenté por última vez disuadirlo, pero me ignoró. Entonces lo seguí, con siniestros presentimientos.

Una anciana con traje hindú apareció en la puerta.

-Le ruego que tenga la amabilidad de anunciarme a Su Alteza -dijo Henry, ligeramente bamboleante, pero en todo lo demás correctísimo-. Soy el capitán Biver de los Dragones Reales, y el objeto de mi visita es privado y confidencial.

-Para ser recibido por Su Alteza -respondió la dama en perfecto inglés- debe presentar una petición escrita a través de nuestra Embajada.

Sin embargo, antes de que ella hubiera podido cerrar la puerta, Henry había penetrado por fuerza en la habitación, un elegante salón donde algunas damas en vueltas en amplias vestiduras comenzaron a circular por aquí y por allá, presas del pánico.

Henry, que tenía estupendo olfato para la sangre real, atravesó el salón con paso veloz y se puso a golpear discretamente en la puerta de una habitación contigua, donde había visto refugiarse a dos figuras veladas. Entre tanto, de las tres damas que permanecían en el salón, una se colgó del teléfono,.otra hacía chillar las campanillas y la tercera se había precipitado al corredor, aleteando y gritando en una lengua exótica.

-Ha sido un chasco: escapemos -grité, tirando a mi compañero de la manga.

Pero Henry, sin lugar a dudas acostumbrado a las damas histéricas, continuaba probando pacientemente la manilla, mientras susurraba a través de la puerta cerrada:

-Alteza, yo sé todo lo que se refiere a vos y os amo, tesoro mío. Os ruego concederme una audiencia privada.

Yo me sentía tan avergonzado, que haciendo una profunda inclinación, ofrecía mis excusas a las damas que permanecían en el salón; pero Henry insistía impertérrito, hasta que, sin golpear siquiera, irrumpió en la habitación una bandada de directores, mozos, porteros, ayudantes y otros empleados del hotel.

Siguió un feo cuarto de hora, durante el cual todos esos energúmenos rivalizaron en maltratarnos, y los fotógrafos, siempre a la expectativa en los grandes hoteles parisienses justamente para acontecimientos como éste, nos fotografiaban en poses diversas. Por último fuimos salvados por la policía que nos escoltó, esposados, hasta la comisaría más cercana.

Allí fuimos fotografiados aún de frente y de perfil, nos tomaron las huellas digitales y fuimos interrogados, primero Henry y después yo.

Un interrogatorio en francés no es cosa para la risa. Un comisario de barbita me ametrallaba con un fuego cerrado de preguntas mientras dos jenízaros me sacudían como si yo fuera una medicina. Mi confirmación de que el amor, y sólo el amor, era el objetivo del capitán, no fue creída por el cínico funcionario, el que estaba convencido de que éramos *agentes provocadores,* pagados por una potencia extranjera deseosa de producir dificultades entre las dos naciones amigas.

Sólo cuando el funcionario y sus secuaces quedaron *completamente exhaustos,* fui encerrado en una. celda, sin más compañía que la de los ratones y sin más consuelo que las lamentaciones de Henry en la celda contigua.

Después de haber sido alojados durante veinticuatro horas como huéspedes de la República, fuimos conducidos una vez más ante el comisario, que se había repuesto prodigiosamente bien de los ajetreos de la víspera.

-Sois libres -nos informó con evidente pesar-. La Embajada de Outdore ha intercedido en vuestro favor ... y, además, las prisiones están atestadas. Pero si os hacéis coger una vez más en la cercanía de Su Alteza, os enviaremos de vuelta inmediatamente a vuestros respectivos países...

Frente a esta tremenda amenaza, Henry decidió abandonar la empresa, y hubiéramos salido sin mayores daños si no se hubieran metido de por medio los periodistas de los grandes diarios sensacionalistas. ,

Estos señores, encontrando el incidente exquisitamente parisiense y muy a propósito para un público siempre ansioso de noticias de este género, se pusieron a adornarlo con desenfadada fantasía y a publicarlo con titulares a ocho columnas. Según ellos, el capitán Biver habría confesado no sólo estar enamorado de Lalun, sino haberla amado desde hace mucho tiempo, cuando estuvo en la India: allí la había divisado cuando era aún una niña, jurándose ese mismo día que alguna vez la haría suya. Y los artículos agregaban que el último contratiempo sólo le serviría para reforzar su decisión.

-Con una historia tan fascinante a mi haber, me arruinan -dijo Henry, alarmado-. Si nuestro aburrido comisario lee estos artículos, sin duda me mandará de regreso a Inglaterra. Cambiemos de aire ...

-¡Ya te lo decía yo! -grité furioso-. ¡Teníamos una entrada segura, regular y honrada, y has arruinado todo por una falda!

-No te preocupes, hijo mío: nos queda aún dinero como para irnos en autobús a Le Touquet.

-Este nombre no me inspira confianza. ¿Qué cosa es Le Touquet?

-Una especie de Montecarlo con lluvia. Pocas horas al norte de París. Y allí hay también carreras de caballos.

Al día siguiente, antes de tomar el autobús, nos detuvimos en un café. Fue una pésima idea. Mientras consumíamos un café con leche y con *brioches,* pasé un vendedor de diarios gritando las últimas noticias, y compramos uno para ver si los periodistas habían encontrado algún otro tema para su actividad.

Casi nos desmayamos. Aunque el gabinete ministerial había caído en una borrascosa sesión nocturna y el clásico cónsul eslavo había sido asesinado, los titulares de la primera página estaban aún dedicados al idilio de la maharaní y de su capitán. Una gran fotografía de Lalun llevaba esta leyenda: Ha confesado a nuestros reporteros: "Yo *también lo* amo". El artículo precisaba que en una entrevista concedida al periódico la joven soberana aparecía profundamente conmovida de tener un adorador desconocido, y había puesto un cable a su padre pidiéndole permiso para verse con él.

-Mentiras de periodistas -me apresuré a decir.

-Esta vez no -replicó Henry, muy agitado-. Dice el diario: La *Embajada de* Outdore, interrogada por nosotros, se niega a pronunciarse. Esto confirma que la noticia es exacta. Por lo demás, ¿por qué Lalun no iba a enamorarse de mí después de ver mi fotografía en el diario, a pesar de que era una fotografía pésima? En el fondo hasta las maharaníes son seres humanos.

Se estiró los puños, lo que siempre anunciaba una acción drástica.

-Voy a telefonear al instante. Es posible que la pobrecita ya haya intentado ponerse en comunicación conmigo.

Y se dirigió con paso decidido hacia el teléfono.

Pero cuando regresó tenía un aire abatido:

-Después de sus declaraciones a los periodistas, Lalun es mantenida en la más estricta incomunicación por su Embajada: se esperan instrucciones de su padre. Me lo ha dicho la telefonista del Claridge en cuanto le dije mi nombre. Naturalmente, todas las mujeres simpatizan con una pareja de enamorados. Me dijo también que en el hotel pululan los agentes vestidos de civil que tienen órdenes de atraparnos apenas crucemos el umbral.

-Bueno, nos queda el tiempo justo para tomar el autobús.

-¡Amigo! Una vez que yo he prometido hacerla mía a cualquier costo no puedo retirarle mi palabra, aunque ésta haya sido dada por otros. Está en juego mi honor nacional.

-Pero no el mío. Yo me largo.

-¿Pero no entiendes -dijo él, deteniéndome- que si esta vez me va bien puedo conseguirte una posición en la India?

-¡Me río de la India! Tengo cita en Montrecasse con una chica y un párroco.

-¡Justamente por eso, idiota! Antes de que yo haya terminado con Lalun podrás volverte a casa cargado de dinero.

-Me parece que tú con ella ya terminaste. No puedes acercarte a ella ni por teléfono.

-¡Hombre de poca fe! Sabes muy bien que si Mahoma no puede ir a la montaña, la montaña vendrá a Mahoma. Espera y verás. El amor ha sido siempre un factor importante en la vida de las mujeres de la India. Ya que los diarios han revelado nuestra dirección, sería conveniente regresar a nuestro hotel y esperar a que la montaña entre en contacto conmigo.

Un señor con abrigo, de aire un poco solapado y con un clavel rojo en el ojal, nos esperaba a la entrada de nuestro hotel. Tenía en su mano la última edición del diario.

-¿Uno de ustedes es el capitán Biver? –preguntó untosamente, mirando desde el diario hacia nosotros.

-Depende de quien sea usted -respondió Biver.

-Soy Marcel, el florista. A sus órdenes, mon capitaine. He sido siempre el florista de todos los soberanos de paso.

Henry apoyó una mano sobre la espalda respetuosamente curvada de Marcel.

-Lo siento, mi amigo, pero por el momento no tengo medios ni siquiera para comprar un ramo de violetas.

Monsieur Marcel hizo un amplio gesto.

-Cuando un caballero es el preferido de una maharaní, mi firma está siempre dispuesta. a darle un crédito.

Esa noche los petimetres parisienses tuvieron que renunciar a las gardenias: a través de Monsieur Marcel, Henry las había acaparado todas, hasta la última, enviándolas a Lalun mediante un desfilé de agentillos, para deleite de los fotógrafos que asediaban la entrada del Claridge. Y antes de que transcurrieran veinticuatro horas, habíamos recibido la visita de otros comerciantes emprendedores: un joyero, de cuya colección Henry eligió un costoso anillo que hizo enviar de inmediato a la maharaní; un sastre, con el cual colocó una importante orden para sí mismo; el propietario de un viejo castillo, que en el pasado había hospedado a más de un personaje real y estaba dispuesto a hospedar otros; comerciantes de objetos menores; además, los fotógrafos y los periodistas de siempre.

Por razones de prestigio, Henry se hacía siempre fotografiar en mi compañía, haciéndome figurar como su ayuda de cámara, y yo no me quejaba: en mi opinión, mientras menos honores, menos riesgos.

El desastre se abatió repentinamente sobre nosotros dos días después, cuando una bandada de acreedores, presas de un gran pánico, vinieron a despertarnos a primera hora, mostrándonos los diarios de la mañana. Gritaban que Lalun había emprendido el vuelo, y en ese momento debía encontrarse a mucha altura entre París y Karachi, después de que el padre le había ordenado el retorno inmediato y la Embajada había redactado para la prensa un comunicado oficial en estos términos: Su Alteza la *Maharaní* de Outdore, habiendo completado su educación parisiense, ha abandonado la capital para regresar a sus amados súbditos.

Pero un cronista que se encontraba en el aeropuerto de Orly en el momento en que conducían a Lalun para que se embarcara en el avión, logró sacarle una declaración antes de que su séquito la subiera a bordo. "Lo amaré siempre", había gritado.

-¡Usted, sin duda, la seguirá! exclamaron en coro los acreedores.

-No puedo -dijo Henry angustiado, sentándose en el lecho- ¡No tengo ni un céntimo!

-Nosotros lo proveeremos -lo tranquilizó el decano del grupo- No sería la primera vez que para salvaguardar nuestros intereses financiamos a un joven emprendedor. Tenemos fe en usted... y en el poder del amor.

En los días que siguieron, indispensables para que Henry completara su guardarropa, yo iba mañana y tarde al Consulado con la esperanza de que hubiese llegado mi pasaporte y pudiera volver a casa; en vano. Entre tanto, Henry insistía en que fuera con él.

-Tú me traes suerte -repetía.

-¿Por qué no te llevas un trébol de cuatro hojas? ¿Una herradura? ¿Un trece? ¿Un cuerno? ¿Una ovejita?

-No se cambia de amuleto cuando la suerte va viento en popa, y yo presiento los albores de las más grandes victorias inglesas desde que los ejércitos del rey evacuaron Dunkerque.

Fue así como una triste mañana, escoltados por nuestros acreedores que acudieron a darnos ánimos, consejos y revistas para el viaje, tomamos nuestros puestos a bordo de un Constellation y enfilamos hacia la India.

Durante todo el trayecto no dejé de golpear madera, supersticiosamente, esperando que en la oscuridad el piloto no pudiera encontrar el Asia. Solo conseguí una cosa: calambres en los dedos.

CAPÍTULO DÉCIMO

EL OCASO DE LOS NABABS

APENAS ATERRIZAMOS en el aeropuerto de Karachi se abalanzó sobre nosotros una turba de periodistas nacionales y extranjeros.

-¿Cuál de ustedes es el capitán Biver? -preguntó un corresponsal norteamericano, y después de que Henry fue presentado le dijo-: Capitán, quisiera acompañarlo en su aventura. Pero mi agencia me lo ha prohibido porque el Estado de Outdore es peligrosamente xenófobo.

-¿Qué significa xenófobo? -pregunté.

-Significa que odian a los extranjeros. Varios europeos que se aventuraron en él, dejaron allí el pellejo.

Quedémonos en Karachi -supliqué, juntando las manos-. Esta parece una ciudad progresista, amante de los extranjeros.

Pero Henry me dio un sacudón.

-No prestéis oídos a mi servidor, señores. Tomaremos el primer tren. Nada podrá impedirme coronar mi sueño de amor.

-Y si logra persuadir a su esposa a que se adhiera a la Unión de la India, nuestros historiadores recordarán su nombre con gratitud -observó un cronista local. Tiene que saber que casi todos nuestros Estados ya se han adherido. El retrógrado Outdore es uno de los pocos que rehúsa firmar el acuerdo.

-Si después halla la muerte por inmiscuirse en los asuntos internos del país, puede estar seguro de tener de su parte a toda la prensa liberal de la India -aseguró con fervor un colega.

-Volvamos a París, Henry -grité-. La prensa ya se ha preocupado bastante de nosotros.

-Los ojos del mundo están fijos en mí. Sería un duro golpe para el prestigio de Inglaterra si yo me retirara en este punto... e Inglaterra ya no puede permitirse perder más prestigio. ¡Señores -anunció tirándose los bigotillos-, pediré la mano de Lalun aunque nos cueste la vida!

Ese mismo día tomamos el expreso de Delhi y de allí el anticuado trencito que, con continuas paradas y poderosas sacudidas, atraviesa los numerosos pequeños Estados de la India Central, y después de tres días y tres noches de viaje bajamos, sudados y disgustados, en la calurosa estacioncilla de Karpole, la capital de Outdore.

Apenas pusimos pie en tierra, un pelotón de guerreros adornados con barbas y turbantes se abalanzaron sobre nosotros con paso de bersagliere, capitaneados por un oficial que apuntaba hacia nosotros con una brillante cimitarra. A mí no me gustaba este tipo de entrevista, de modo que con la cabeza gacha me precipité hacia un bosquecito que bordeaba el andén. Pero fui abatido por la canícula y por una pesada cimitarra arrojada contra mis canillas. Brazos fortísimos me inmovilizaron antes de que pudiera levantarme. Henry también se defendió heroicamente, hasta que rompió su bastoncito de paseo.

El círculo de nuestros capturadores se abrió para dar paso a un distinguido señor de largos y afilados dientes y con una panza puntiaguda cubierta por una túnica de raso negro. Saludó entonces uniendo las puntas de los dedos e inclinándose encima de ellos; después dijo en ese inglés impecable del cual sólo los hindúes han podido adueñarse:

-En mi calidad de gran chambelán de la corte os doy la bienvenida a nuestra capital. Estoy encargado de escoltaros a la residencia estival donde Sus Majestades acostumbran pasar las sublevaciones populares. Se os espera con impaciencia.

-¿Por el verdugo? -balbuceé.

-Por Su Graciosa Alteza la Maharaní -dijo aquel distinguido personaje con una sonrisa equívoca, que a través de la Embajada en París y de nuestro servicio secreto en India ha seguido todos vuestros pasos.

Mientras un antiguo Ford nos transportaba a través de un paisaje de granito achicharrado por el sol, salpicado de tumbas rojas de los soberanos difuntos y poblado por unos cuantos campesinos semidesnudos y de alguna vaca errante, nuestro acompañante nos puso al corriente de la situación.

Apenas llegó de París, Lalun hizo su primera aparición en público. La población quedó aterrorizada, y en vista de la inminente e insostenible presión fiscal los disturbios populares propios del verano se iniciaron más temprano que de costumbre. Pero la ebriedad del poder hizo que la joven soberana olvidara los deseos de su corazón. Sin duda fue un error del padre contrariarla en aquello que al comienzo fue sólo un capricho. Con la testarudez de las damas indias enamoradas, Lalun amenazó con hacer una huelga de hambre y de contraer enfermedades consuntivas si se le negaba la unión. con su enamorado, y el maharajá, en consideración a la inminente ceremonia de pesar a su hija en público con la que ésta inauguraría su reinado, se vio obligado a ceder. Pero no sin antes castigar severamente a todo el séquito por no haberla vigilado en París, relegando a algunos de sus miembros a las provincias más remotas del reino.

Después de varias horas de viaje el Ford se detuvo ante la residencia real, un palacete blanco situado sobre una colina a prudente distancia del aglomeramiento de cabañas indígenas hechas de yerbas y de bambú. Más allá del río se veía el territorio boscoso del vecino Estado de Tonghinpur, y en lontananza, por entre las ondas de calor, brillaban las nieves eternas de los Himalaya.

Mientras la Guardia Real saludaba nuestra llegada con ruido de tambores, el gran chambelán nos condujo a través de una serie de lujosas estancias adornadas con mosaicos, bordados, fuentes murmuradoras y jaulas de pájaros, hasta llegar a un pequeño gabinete con las paredes tapizadas de brocados.

-Volveré con Sus Altezas -nos advirtió nuestro acompañante con una profunda inclinación, y se retiró por la cortina de cuentas de cristal.

-Tú no abras la boca -me advirtió Henry agitadísimo, apenas quedamos solos.

-Casi en seguida la cortina se abrió y apareció el trasero del chambelán que entraba andando para atrás, doblado en dos, como debe

hacerlo un chambelán que anuncia la llegada de un soberano. Después un viejecito menudito, sumido en un turbante que ostentaba una joya tan descomunal que parecía falsa, entró rengueando, apoyado en un bastón, como un maharajá afectado por la gota. Entonces, rodeada de dignatarios y oficiales de la guardia, apareció Lalun, envuelta en una nube de seda rosada centelleante de piedras preciosas.

Ni siquiera las fotografías más grandes que habíamos visto de la joven soberana daban un cuadro exacto de sus verdaderas dimensiones. Nos dábamos cuenta de que con su ascensión al trono el régimen habría aumentado, pero no sospechábamos hasta qué punto. Para el Tesoro de Outdore, Lalun significaba la prosperidad.

Ella se quedó inmóvil un instante en el umbral, mirándonos con un par de ojitos ardientes que casi desaparecían en la grasa de sus bellas facciones. Se veía que contenía la respiración. Parecían contenerla todos. Se hubiera oído volar un planeador. Luego avanzó con pequeños pasos rápidos.

De inmediato noté que algo no andaba bien: *Lalun se dirigía hacia mí.* Antes de poder hacer un gesto, ella me había tomado la mano y, apretándomela entre sus palmas blandas y calientes, murmuró con la voz quebrad a por la emoción:

-Henry, mi palomo... ¡Has volado para encontrarte con tu palomita!

-Pero Vuestro Honor... -balbuceé más muerto que vivo. Antes de que pudiera continuar, Henry me había cortado el aliento con un puñetazo en las costillas.

-Tú tienes la pelota. ¡Juega! -silbó entre dientes.

-Aleja a tu sirviente -ordenó Lalun, molesta-. Lo haremos azotar más tarde, así aprenderá a no hablar sin ser interrogado.

Dos guardias aferraron a Henry por las axilas y se lo llevaron afuera en vilo. Tenía un aspecto inquieto, pero seguramente menos que yo.

Yo estaba demasiado aterrorizado para encontrar de inmediato las explicaciones, que eran bien simples. En París siempre nos habían fotografiado juntos y se nos identificaba colectivamente como el, capitán Biver y su servidor. Y como en ese tiempo llevaba yo aún el uniforme norteamericano (hasta que Henry, a nuestra partida, me regaló sus trajes viejos), Lalun había creído que el capitán era sin duda aquel de uniforme.

-Mi hija ya no es joven, capitán -dijo el maharajá volviéndose a mí-; hace semanas que cumplió los dieciséis años, y según la sagrada usanza ya debería estar casada.

-¡Pero si yo soy un extranjero y un infiel!

-Admiro vuestra corrección tan inglesa, capitán. En realidad, aunque lo hagamos nacionalizar y convertir de oficio, el pueblo no estará muy contento. Pero a mí me interesa sólo una cosa: el bienestar de mi hija.

Se volvió hacia el chambelán:

-Conducid a su departamento al príncipe consorte. Luego triplicad la guardia, pregonad una semana de festejos en todo el reino, y ordenad que aquellos que tengan interés en conservar su piel, muestren su júbilo.

Apenas descubrí a Henry que me esperaba en mi departamento, lo asalté, furioso:

-¿Pero qué se te ha ocurrido? ¡Eres tú, no yo, el que está enamorado de esta chiquilla! ¿No te acuerdas?

-Si Lalun te prefiere a ti, estoy dispuesto a retirarme. Dos caballeros no deben permitir que una simple cuestión de amores interfiera en su amistad.

-¡Pero si yo no quiero tener nada que ver con esto!

-¿Por qué? Lalun parece estar muy enamorada de ti.

-Yo la admiro, pero no la amo -confesé miserablemente.

-Mi querido egoísta, el amor no lo es todo en la vida -dijo él con sorda irritación- Yo he asumido graves compromisos en París, y por otra parte está de por medio el buen nombre de Inglaterra. Comprendo que en estas regiones las damas tienen ideas un poco anticuadas, que son fieles hasta la pira mortuoria, -si comprendes lo que te quiero decir; todavía tienes participación en este asunto, y hasta la cantidad de un diez por ciento.

-Renuncio a mi diez por ciento. Quiero irme.

-¿Pero para qué tanta historia? Después de todo, no sería la primera vez que un hombre se casa.

-¡Para mí sí! -grité retorciéndome los dedos-. Y ya tengo prometida.

-Puedes escribirle que se te reúna para hacer el papel de segundo violín. Aquí el gobierno te permite cuatro mujeres, sin contar las concubinas.

-¡Lucciola, segundo violín! Se ve que no la conoces.

-Y tú no me conoces a mí -gritó Henry perdiendo la paciencia-. Si insistes en hacerte el difícil, revelaré al maharajá qué clase de impostor eres. El chambelán ya me preguntó por qué en Karpole me hice pasar por el capitán. Expliqué que era para protegerte, que tú preferías viajar de incógnito por si algún súbdito nacionalista hubiera querido eliminarte. Además le anuncié el robo de nuestros pasaportes, que he escondido. Pero puedo decirle la verdad.

-¡No te pido nada mejor!

-Tú no te das cuenta de que aquí existe un fuerte sentimiento de casta, y si el maharajá supiese que quien ha osado alzar los ojos hasta su hija no es un capitán de dragones, el cual debe poseer un altísimo árbol genealógico, sino que un vulgar soldado de origen campesino, casi un paria, ¿sabes qué haría?

-No me importa un cuerno lo que haría.

-¡Pero seguro que a tu Lucciola le importaría! Al alba el maharajá te hará pisotear la cabeza por su elefante preferido: sólo eso. Y no habría razones de Estado ni amor paterno que pudieran salvarte si ofendieses su

sentido de casta o de religión. Ni siquiera Lalun podría ya protegerte. Y yo me encuentro justamente con el humor apropiado como para mostrar los pasaportes.

-Me convenciste -dije, abatiéndome sobre los cojines de seda.

-En tal caso, soy el primero en felicitarte, hijo mío: te auguro cien días como éste. Y no tengas temor: yo haré de árbitro en el "cuerpo a cuerpo".

Pasé una noche atormentada por íncubos y por la presencia de criaturas aladas (mosquitos, no ángeles) alrededor de mi almohada, y al despertarme ya me sentía como un rey: malísimo. Estaba resuelto a no levantarme hasta que no sucediera alguna cosa molesta que me obligara a hacerlo: una guerra, una revolución, un terremoto, mi vejez acaso. Pero en cuanto abrí cautelosamente un ojo, una bandada de muchachas morenas, que sin duda habían estado vigilando mi sueño, se precipitó sobre mí. Para nada las molestaba el hecho de que lo único que lucía sobre mi persona era una expresión de alarma, me levantaron en peso del lecho, me bañaron, me ungieron de óleos fragantes, me peinaron, me pulieron las uñas y me entregaron a Henry, que me esperaba con mis nuevas vestiduras.

Ya que los vestidos europeos habrían ofendido los sentimientos de la población, debimos ponernos vestimentas indígenas: Henry una simple camisa de sirviente, de algodón blanco; yo una rica túnica con hilos de plata y cuajada de piedras preciosas. Se iniciaban así los preparativos para la ceremonia nupcial, que se efectuaría una semana más tarde.

-Será un gran acontecimiento -me aseguró el chambelán, que debía entender de grandes acontecimientos.

En el Oriente misterioso, quien se dispone a desposarse con una maharaní debe aprender cosas extrañas y terribles, que me fueron enseñadas en parte por el mismo chambelán, y en parte por el sumo sacerdote, en extenuantes sesiones diarias alegradas por paradas militares, danzas guerreras, encuentros de lucha, espectáculos musicales, funciones religiosas, fuegos de Bengala, banquetes de sesenta platos picantes y otras ceremonias tradicionales.

En la tarde, en mi departamento, Henry me vejaba.

-Tienes una cara que no me gusta, querido Gianni -decíame petulante-. Podría apostar que estás escarbando en tu pérfido cerebrillo para hallar modo de cortar la cuerda y dejarme en la brecha. Me sentiría mucho más tranquilo si convencieras a la novia que te entregara la llave del Tesoro como prueba tangible de su amor.

Por desgracia mis relaciones con Lalun no eran de tal naturaleza que me permitieran fácilmente sacarle la llave del Tesoro: nuestros encuentros en privado dejaban algo que desear. No sólo ella, acompañándose con una cítara, se esforzaba por mantenerme alegre, aunque no mucho, con ayuda de canciones de amor compuestas por ella; sino que entre uno y otro ritornelo me llenaba de reproches porque no demostraba el ardor que ella creía tener derecho a esperar de mí.

Yo aplazaba la ceremonia próxima, aduciendo el calor. Y en tanto lo que más me preocupaba era la ceremonia misma. Así continuaba,

nostálgico, contemplando el que consideraba el más atrayente de los paisajes locales: el territorio de Tonghinpur, que siendo un Espacio limítrofe era hostil a Outdore y amaba a los extranjeros porque Outdore los detestaba. Pero jamás podía alejarme de la residencia sin un guardaespaldas, porque Lalun temía que algunos de su adorados súbditos atentaran contra mi persona. Y mi balcón estaba decorado, -aun de noche, con centinelas armados. Por eso no me restaba sino la esperanza de una de las tantas revoluciones, a la orden del día en los Estados indios. Pero mis cautelosas indagaciones al respecto me convencieron que no era de esperarse una revolución hasta que terminaran los festejos, por lo cual no me quedaba más que resignarme a mi destino.

Se comprenderá que en tal estado de ánimo no me importara en realidad cuál de las dos partes triunfaría en la gran caza del tigre con que debían culminar los festejos.

Más de cien elefantes con torrecillas ondeantes sobre la grupa, y *kornaks* sentados a horcajadas sobre el cuello, se adentraban hacia la pradera palúdica llena de matorrales*:* el territorio de los tigres reales.

Yo ocupaba la lujosa torrecilla del elefante almirante junto con el maharajá, el guardacaza real y el ministro de guerra. Me habían entregado, como a los demás invitados de categoría, el tradicional equipo venatorio: casco colonial, elegantes pantalones de jinete a la inglesa, polainas a prueba de serpientes, y escopeta para caza mayor, que sostenía sobre mis rodillas temblorosas. En realidad, me sentía más belicoso en mis vestidos que en mi estómago. Jadeaba con el vaivén de nuestro medio de transporte, y envidiaba a Henry que se había quedado en el palacio para ayudar a Lalun a dar los últimos toques a la cámara nupcial.

Mientras los elefantes avanzaban en un radio de casi dos kilómetros, de la selva opuesta un ejército de batidores provistos de bastones, flautas y tambores marchaba hacia nosotros, haciendo un ruido infernal con la esperanza de despertar a algún tigre.

-Es importante no herir a un tigre, sino matarlo de un golpe -me informó el maharajá-. Un tigre herido es capaz de atacar a los elefantes y hasta de ponerlos en fuga.

Ya veíamos a los primeros batidores que salían de la selva, cuando nuestro elefante se detuvo de golpe y se puso a bambolearse de una pata a la otra, agitando la trompa como un péndulo, sordo a las incitaciones del *kornak* que lo picaneaba.

-Ya llegamos a los pantanos -explicó el maharajá- y nuestro elefante comienza a ponerse nervioso no sólo porque huele al tradicional enemigo, sino también porque advierte terreno resbaladizo. El elefante es un animal inteligentísimo y dentro de poco lo veréis hacer algo muy particular: alzará la trompa hasta nuestra torrecilla y buscará...

El maharajá se interrumpió bruscamente para lanzarse a popa, imitado en esto por los demás pasajeros, mientras yo veía que la trompa se acercaba veloz. Antes de que, paralizado por el miedo, hubiera podido moverme, el elefante me había aferrado alrededor de la cintura. Me levantó por el aire, me hizo girar un par de veces en la dirección de los punteros del reloj, luego me depositó suavemente en el cieno delante de él.

No traté de averiguar qué cosa intentaba hacer conmigo, pero lo supe en seguida: cuando entran a terreno viscoso, peligroso para ellos a causa de su peso, estos inteligentísimos animales se apoderan del primer objeto sólido que encuentran al alcance de su trompa (y que en los pantanos resulta ser siempre uno de los pasajeros) para usarlo a manera de estera con la cual mejorar su estabilidad. No me equivoqué entonces al ponerme en pie de un salto y precipitarme al más próximo matorral de sal.

Era el momento menos apropiado para andar a pie: de todos lados salían gritos de "¡Tigre! ¡Tigre!",.y tronaban las escopetas cada vez más seguido. Por fortuna, me había agarrado automáticamente de mi escopeta y ahora, avanzando temeroso por el matorral, la tenía abrazada, dispuesto a vender cara mi piel.

Estaba oscuro, allí dentro, para uno que venla del sol enceguecedor.

De repente se me heló la sangre: dos ojos enormes brillaban en la penumbra, mirándome de tan cerca que hubiera podido tocarlos. Ponerme justo en el medio la culata del fusil, encomendar mi alma al cielo y apretar ambos gatillos fue todo uno. El culatazo me tiró al suelo, pero al mismo tiempo sentí con inmenso descanso el estrépito de un cuerpo que caía sobre la vegetación.

Mientras me levantaba, llegó un batidor llamado por los disparos. Al ver mi presa sus ojos se dilataron de espanto; su rostro se hizo plomizo, y mirándome con horror gritó con voz trémula:

-¡Ha matado una vaca sagrada! ¡La venganza del Omnipotente caerá sobre nuestras cabezas: nuestras mujeres serán estériles, morirán nuestros hijos, nuestros campos quedarán áridos!

Y se precipitó hacia afuera con los brazos en alto, gritando en su lengua alguna cosa que no me parecía de buen augurio.

De hecho, blandiendo bastones en plena excitación religiosa, descargando sus fusiles y produciendo otros ruidos desagradables, una marea de batidores y cazadores se lanzaron sobre mí. Como única salvación vi al elefante almirante, que a falta de otra estera humana no se había movido. Hice gestos desesperados para que bajaran la escalerilla, pero el *kornak* me amenazó con la picana mientras el maharajá chillaba desde la torrecilla:

-¡Alejaos, desgraciado, si no queréis arrastrarnos a nosotros también a vuestra merecida ruina! ¡Ningún poder del mundo, ahora, podrá salvaros de la furia del pueblo!

Los maharajaes son inteligentes. Casi tanto como los elefantes. Previendo desórdenes, el viejo dio órdenes de regresar sin pérdida de tiempo al palacio, y su elefante no necesitó de picanas para iniciar la retirada: apenas oyó la voz de mando, giró con una agilidad insospechada y partió al galope, chillando con la trompa desplegada, mientras el guardacaza y el ministro de guerra descargaban, sus escopetas en mi dirección, pero sin suerte.

Aquella inesperada deserción hubiera significado mi fin si los elefantes mismos no me hubieran ayudado. Ya nerviosos con el olor a tigre y aterrorizados principalmente con el insólito pandemonio, después de breve deliberación decidieron entregarse al pánico y se precipitaron detrás

del almirante, pisoteando a un par de batidores y obligando a los demás a aplazar la venganza para salvar el pellejo.

No me interesaba aguardar el regreso de ellos, e invocando al buen Dios además de a todas las divinidades locales, me lancé a lo más espeso del bosque y me puse a correr en dirección de! río sin detenerme a comer nada. Y fue una suerte que no me encontré con ningún tigre, ya que, como hacían los antiguos, había botado mis armas para poder fugarme más rápido.

Cuando llegué al río continué trotando a lo largo de la ribera hasta que al anochecer encontré anclado en un remanso un pequeño bote de pesca con una tripulación de tres hombres. Pedí que me llevaran lo más pronto posible al territorio tonghinpurés, explicándome con gestos que el capitán comprendió sin dificultad: especialmente cuando yo le entregué mi anillo de compromiso. La pequeña embarcación podía navegar con la fuerza del remo de popa, pero la tripulación estaba agotada por una larga jornada de ocio y para levantar la vela querían esperar la brisa nocturna.

El cielo en dirección al palacio real estaba enrojecido con los resplandores de los incendios: a través del tranquilo aire de la tarde llegaban hasta nosotros los rumores distantes de los disturbios populares, y yo me esforcé por disimular mi impaciencia, viendo que los pescadores comenzaban a ponerse curiosos y a parar la oreja; finalmente decidieron partir.

Ya habíamos levantado el ancla cuando en el remanso, ahora casi envuelto en las tinieblas, apareció un personaje en traje de sirviente real, que nos llamaba la atención con afanosas señas. Traté de convencer al capitán que no volviera atrás, pero esta vez el no tomó en cuenta mis gestos.

Apenas subió a cubierta el recién llegado me espetó con furia:

-¡La próxima vez te voy a dejar en París, torpe aguafiestas! ¡Después de todo lo que he hecho por ti!

-¡Henry! ¿Tú aquí? ¿Qué estás tramando?

-¿Tienes la desvergüenza de preguntármelo? ¿Por qué te has portado en forma tan incorrecta con esa pobre vaca?

-¿Cómo iba a saber que era sagrada?

-Todas las vacas son sagradas en la India. Quien las mata comete el más horrendo sacrilegio. Y creen que el culpable es un dragón real -agregó-desesperado-. ¡Esto es el fin de Inglaterra en el Extremo Oriente!

-¡Te juro que no lo hice adrede!

-Y aun en nuestro país, si uno dispara a un animal doméstico con balas de caza mayor, lo expulsan de su club. Es algo de muy mal gusto. No tenías necesidad de recurrir a un subterfugio tan bajo.

-¿Qué quieres decir?

-Cuando Lalun vino a inspeccionar la cámara nupcial no dejé escapar la ocasión de informarle que tú eras un don Juan y un vicioso, y de susurrarle en la oreja otras palabritas apropiadas. La había casi convencido de que para asegurarse la felicidad le convendría volverse a

mí, y, estaba justamente sugiriéndole un paseo sentimental a la sombra del Tesoro, cuando he aquí que el horrendo maharajá volvió de la caza, seguido a los talones por una turba enfurecida que reclamaba nuestras cabezas. Apenas tuve tiempo de apropiarme de un saquito de rubíes sencillitos que la muchacha tenía al alcance de su mano, y a saltar por la ventana.

-¿No trataron de prenderte los guardias reales?

-¡Claro! Pero cada vez que uno de ellos iba a ponerme la mano encima, yo le lanzaba a los ojos un puñado de rubíes... ¡Vieras cómo enceguecían!

El mundo supo de nuestra gesta sólo indirectamente, por una breve comunicación a la prensa de una agencia de la India, según la cual Outdore había sido sacudido por una insurrección de carácter religioso, que, pidiendo una intervención del exterior, había precipitado su adhesión a la Unión India.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos, Henry y yo sudábamos delante de las calderas de una nave de carga que nos llevaba de regreso a Francia. ¡Si sólo hubiese podido huir con mi túnica nupcial cuajada de piedras preciosas! La elegante tenida de jinete que llevaba puesta no era por cierto la más apta para mis funciones de fogonero.

Durante toda la travesía, Henry estuvo furioso conmigo, dirigiéndome la palabra sólo para comentarios de orden náutico. No solamente me detestaba por la pérdida de Lalun, sino que sobre todo me despreciaba por haber dado muerte a una vaca con balas para caza mayor, y peor aún, ¡haciendo el papel de un dragón real! Fue esta última consideración la que lo indujo a volver a Francia a pesar de los acreedores, antes que a su propio país.

Volvimos a París de incógnito, escondidos tras espesas barbas, después de casi dos meses de ausencia. Yo me detuve en París sólo el tiempo preciso para rasurarme, cambiar el traje de caza, ahora negro de carbón, por el viejo uniforme americano que había dejado en el hotel y pedir mi pasaporte en el Consulado italiano.

Luego de telegrafiar a mi madre que iba de regreso, tomé el primer tren para Nápoles. El corazón me cantaba en el pecho, aunque estuviera regresando a casa tal como había partido: en tercera clase.

CAPÍTULO DÉCIMOPRIMERO

VER NÁPOLES Y DESPUÉS ...

MI CORAZÓN comenzó a palpitar con furia cuando en la estación de Nápoles descubrí a mi hermana Assunta que me aguardaba con su esposo relativamente flamante, un macizo orangután de rostro ancho y plomizo, con nariz de zapatilla y una selva de rizos negros.

-Mi marido Gelsomino -dijo Assunta, llorando, no sé si de placer o de dolor-. Trabaja en un negocio de fierro. Y éste es Gianni, mi hermano preferido. -El cumplido me conmovió, aunque yo fuera su único hermano.

-¿Dónde están tus valijas, Gianni, hermanito? -preguntó mi cuñado solícito, después de haberme dado un par de besotes con pellizcos que casi me sacaron las mejillas de la cara-. Yo las llevo. -Trasudaba un amor de cuñado que le salía por todos los poros.

-No tengo valijas.

-¡Sólo tiene baúles! -exclamó exultante, asestándome poderosos golpes en la espalda-. ¿Oíste, Assunta? Somos ricos. Pareceremos grandes señores. Mira qué buen hermano tienes. Mira cómo ha engordado. (Nunca antes me había visto.) Y qué bonito traje -agregó acariciando la manga de mi uniforme de diario-. Qué buena tela. -Me tomó el cuello con las manos, me propinó otros dos besos, y declaró con fervor, apretándome y mirándome fijamente-: Te quiero mucho. No lo olvides jamás. Soy el marido de tu hermana.

-Vendrás alojarte en nuestra casa -dijo Assunta.

-¡Para siempre! -añadió Gelsomino sudando- No te dejaremos irte. ¡Debes morir en nuestra casa!

-Con mucho gusto. Pero por ahora tengo prisa de volver al pueblo. Tienen que comprenderme.

-Hay sólo dos trenes -dijo Assunta, Ya es demasiado tarde para tomar el primero, y demasiado temprano para el segundo. Así por lo menos podrás almorzar con nosotros. Gelsomino ha pedido libre la mañana en el negocio y yo he preparado tus platos favoritos. Todos juntos.

-Y debes conocer a nuestro hijo: ¡el heredero! -insinuó Gelsomino con un guiño-. Tiene dos meses. Le pusimos Giovanni, en honor tuyo.

-Muchas gracias.

-¡No faltaba más! Después de todo, ¿eres o no el tío de América? ¿Eh? -Y más besos, pellizcos, codazos, golpes en la espalda y guiños.

En la casa de ellos recibí el tratamiento que generalmente se reserva a los parientes ricos; no me hice de rogar para hacerle honor al almuerzo; después tratamos de hacer reír a la criatura, que se puso a llorar. Por último, Gelsomino tuvo que regresar a su trabajo, y yo también me fui para dejar que Assunta se dedicara a las labores domésticas.

Esperando que llegara la hora de partir, entré a un café de la Plaza Caritá para tomar un helado y leer un diario. Ya no se hablaba de campañas militares y de glorias nacionales, y yo encontraba que eso

estaba bien; lo malo era que ahora sólo se hablaba de mercado negro, robos, rapiña, raptos, asesinatos. Parecía que no hubiera otras cosas después de la guerra y que los delincuentes fueran más numerosos que la policía.

A un paso delante de mí se detuvieron un par de zapatos abotonados y un par de pantalones color tabaco, recién planchados, mientras me apostrofaba una voz nasal con el inconfundible acento de los italianos de América:

-¡Paisano! ¿No me reconoces? ¡Soy Cannelloni! Nos conocimos en Nueva York.

Alcé la vista con circunspección. No debí levantarla mucho. El señor Cannelloni era un personaje breve y redondo que terminaba bruscamente en un sombrero de Panamá de anchas alas. En sus dedos grasosos brillaban diamantes y sobre su camisa de nylon brillaba una corbata estridente como el aullido de una viuda.

-Sí. . ., me parece reconocerlo. -Había reconocido la corbata.

El amable caballero consideró mi declaración como una invitación a sentarse a mi mesa y a confiarme su caso. Convertido en un patriota entusiasta tras una prolongada ausencia de su país (vivía en Estados Unidos por más de cuarenta años), había sufrido varias desilusiones al volver a visitar a su patria en compañía de su mujer. Ya no tenía familia, en Italia todos sus amigos de otro tiempo habían emigrado o muerto o estaban en la cárcel; a la pareja americanizada no le gustaban las películas dobladas, y además no había más que museos, obras de arte y monumentos históricos, uno más anticuado que el otro.

-Esta gente es demasiado atrasada -me confió en voz baja-. Son unos ignorantes, atrasados en trescientos años. Tal vez en trescientos cincuenta. No conocen las técnicas modernas. Tanto que he decidido darles una lección sobre cómo se vive en los países civilizados.

-¡Les gustará mucho! Italia necesita la ayuda de todos sus hijos. -Poco antes había leído esta frase en el diario y me parecía muy bien.

-¿Quieres ayudarme? -me preguntó.

-Me encantaría, pero estoy a punto de tomar el tren.

-¡Cualquiera sabe tomar el tren! Yo en cambio te necesito para una empresa que estoy proyectando desde hace tiempo, pero que aún no he podido realizar por falta de algún ayudante de confianza. Me basta medio día.

-Dudo que medio día baste para poner de pie al país.

-Oye -exclamó él, dando un puñetazo sobre el mármol-. Cuando dejé el pueblo de Afragola con mi familia yo era un chiquillo, pero juré que un día retornaría millonario. Todos reían, pero tuve fe en la promesa. ¡Cuando me propongo una cosa, la hago!

Lo miré con envidia y con admiración. No dudé de sus palabras. Siempre he tenido fe en los individuos que usan sombreros de Panamá de alas anchas. Además, quería ardientemente hacer algo por la Italia que tanto había sufrido; pero más deseaba irme a Montrecasse. Cannelloni no me dejó tiempo para meditar:

-No te molestaría si estuvieran aquí conmigo algunos de mis muchachos. Por desgracia, los dejé a todos en Nueva York.

-¿Tiene muchos hijos?

-¿Hijos? Nada de eso. Me refería a los muchachos de mi banda. Toda gente de primera.

-En la universidad aprendí a tocar la armónica. Podría hacer eso si usted insiste. -Era un pensamiento simpático, decía para mí mismo, ofrecer un concierto al pueblo napolitano, tan amante de la música.

Pero Cannelloni parecía violentamente hostil a la música.

-¡No hablo de una banda musical -exclamó indignado-, sino de una banda de operaciones!

-¿Para operar en qué?

-Ese es el secreto. Revelar los propios planes trae mala suerte. Pero será una empresa de la que hablará la ciudad entera.

-Una cosa honrada, se entiende.

Vi que le había dado un golpe bajo y me avergoncé en seguida.

-Para mí, un italiano de América es como un hermano -aseguró con énfasis, apretándome el brazo-. Jamás lo embrollaría. Si la cosa anda bien, tendrás un buen puñado de plata que llevar a tu pueblo.

Yo no necesitaba más para que me convenciera.

-¡Señor Cannelloni, puede usted contar conmigo! -Y subrayé la promesa estrechándole la mano con entusiasmo-. Podría traer también a mi cuñado si necesita usted más ayuda. Es un hombre muy robusto.

-¿Pero es de confianza?

-¿Me lo pregunta en broma? ¿El marido de mi hermana? Como si fuera mi hermano. Por mí haría cualquier cosa. Estará feliz de verme regresar a su casa esta tarde y de darme una ayudita mañana en la mañana.

-De acuerdo, entonces. -Exhaló un suspiro de alivio-. Ahora estoy tranquilo. No te imaginas qué difícil es encontrar gente de confianza hoy en día en Italia. Pero ahora veo que todo andará como. la seda. . ., ¡tan cierto como que Garibaldi echó a pique la flota turca en Caporetto!

Como quedamos de acuerdo, al día siguiente por la mañana, a las nueve en punto, fui a despertar al señor Cannelloni al Hotel Terminus, cerca de la Estación Central. Era uno de esos días asoleados de otoño que son célebres en Nápoles. El nos esperaba ya con impaciencia bajo su panamá, impecablemente vestido con un terno verde oliva y un par de zapatos abotonados, de dos colores. Estaba más perfumado que un salón de peluquería, e irradiaba energía y buena voluntad.

-Le presento a mi cuñado Gelsomino -dije orgulloso-. Como se lo había dicho, está feliz de darle una ayudita con su fuerza. Mire sus brazos.

-¡Magnífico!-Cannelloni se había puesto en punta de pies para tocarle los bíceps-. ¿Todos los de su familia son tan voluminosos?

-Sólo papá y mamá -confesó Gelsomino ruborizándose.

-Ahora tomen esto y síganme -nos ordenó Cannelloni, señalando dos maletas que al levantarlas parecían vacías; y se dirigió rápido hacia la salida.

Pero el auto que él había contratado la víspera no había llegado aún, y durante un par de horas debimos escucharle sus discursos sobre la deplorable impuntualidad de nuestra gente, en la que jamás se podía confiar. Por fin el portero nos informó que el auto había llegado.

Afuera había un Lancia antediluviano de seis asientos, que llevaba escrito a los lados con grandes letras de fuego:

EXCURSIONES PANORÁMICAS DE NÁPOLES Y SUS ALREDEDORES.

-¿Dónde está el auto? -preguntó Cannelloni al portero.

-Ese es -dijo éste con una inclinación, indicando el viejo automóvil.

Cannelloni tragó un par de veces antes de responder:

-Yo no quiero esta carreta. ¡Le pedí el auto más caro de toda la plaza!

-No se preocupe, señor, que lo encontrará bastante caro. Todos los autos buenos fueron acaparados primero por los alemanes y luego por los aliados. No queda otro.

Después de dudar un momento, Cannelloni se decidió a subir al vehículo, lo que no fue empresa fácil: dos portezuelas estaban cerradas con alambres, y la otra bloqueada sin causa visible, de modo que para llegar a nuestros puestos tuvimos que subir por la puerta del chofer y saltar el respaldo. El chofer, un hombre con espalda y orejas caídas, y con perfil de roedor, debió bajarse para que nosotros pudiéramos entrar. La máquina tembló bajo el peso de Gelsomino. Yo me coloqué entre, él y Cannelloni.

-¿Y quién es ése? -preguntó Cannelloni cuando un extraño que parecía el hermano del chofer tomó lugar en el asiento de adelante.

-Mi hermano -dijo el conductor con una sonrisa-. Está comprendido en el precio. No tiene que darle más que una buena propina.

Pronto nos dimos cuenta de que el acompañante era indispensable: tocaba la bocina, tiraba el freno de mano, señalaba nuestra dirección e insultaba a los peatones que no alcanzaban a esquivar, mientras el chofer nos conducía, sin demasiada destreza pero en cambio con mucha fogosidad, por las calles llenas de gente.

En la calle Roma, Cannelloni dio orden de detenerse e indicó una callejuela lateral donde quería que el automóvil lo esperase. Entonces nos indicó a Gelsomino y a mí que lo siguiéramos con las maletas, y con paso ligero entró en un Banco.

-¡Ah! -murmuró Gelsomino, que la tarde anterior había hecho, tal como yo, infinitas conjeturas acerca de los proyectos de Cannelloni-. Querrá darles dinero a los pobres.

En el interior lleno de gente, un mostrador con un tabique de vidrio separaba a los empleados del. público a lo largo de toda la sala principal.

-Recuerden, muchachos: yo soy el jefe -advirtió Cannelloni-. Manténganse pegados a mis costillas y hagan exactamente lo que les digo.

-No se preocupe, patrón -lo tranquilicé.

Y Gelsomino dijo:

-Tenga confianza en nosotros, señor Cannelloni.

Mientras lo seguíamos, él se abrió paso a codazos entre la gente que esperaba delante de la ventanilla del cajero, con el aire decidido de quien sabe desempeñarse en un trabajo de vital importancia.

Cuando llegó a la Caja, introdujo la cabeza en la ventanilla. Introdujo allí también otra cosa: una pistola.

Estaba yo a punto de advertirle que estas cosas no estaban permitidas sin una autorización del gobierno, pero él habló antes que yo.

-Pásame la plata -ordenó al cajero, con voz baja e íntima. No tenía el aspecto bonachón de poco antes, sino que enérgico y duro, y en ese instante me percaté que en sus manos una pistola cargada se veía tan natural como las cáscaras de huevo en una tortilla. Y fue entonces cuando recordé dónde lo había conocido: en El Jabalí Fumador, cuando se encontraba con Harry el Leopardo para discutir de negocios.

El cajero, un anciano flaco de aspecto dispéptico, preguntó:

-¿Qué dijo?

-¡Pásame la caja, y nada de recibos!

No sé sí el cajero era sordo o miope; la verdad es que se inclinó hacia adelante, alargando el cuello y estirando la oreja.

-¿Le molestaría repetir lo que me dijo?

Cannelloni comenzaba a ponerse nervioso.

-¡Esto es un asalto a mano armada! -exclamó con el rostro colorado, en sordina, agitando la pistola.

-Por favor, escríbamelo. Aquí tiene papel y lápiz.

Cannelloni perdió la paciencia. Puso el cañón contra la manzana de Adán del cajero (lo que no era tarea fácil, ya que con la emoción la manzana se había puesto .a saltar de un lado para otro) y le rugió en la nariz:

-¡Saca la lana, o te mato!

Esta vez el cajero comprendió. Dio un gran salto hacia atrás mientras los ojos parecían salírsele de las órbitas; después actuó del modo más irregular, como me explicó más tarde el mismo Cannelloni.

Según él, para un cajero en tal situación no había más que tres maneras de comportarse: a) entregar el dinero, y callado; b) entregar el dinero, y pisar el timbre de alarma; e) en vez de entregar el dinero, sacar una pistola y abrir fuego. Cannelloni estaba preparado para cualquiera de estas eventualidades: es verdad que no fue culpa suya si el cajero escogió otro comportamiento.

Después de un instante de sorpresa, este funcionario ignorante se lanzó sobre la gran caja donde tenía el dinero, la estrechó contra su pecho como sí fuera suya y se precipitó hacia una puertecilla trasera, cantando un miserere.

Desconcertado con un comportamiento tan inesperado, Cannelloni se demoró en reaccionar: cuando disparó dos veces en dirección al cajero, éste había desaparecido como desaparece la juventud. Los presentes se pusieron a correr y a gritar. Los que estaban cerca escapaban. Los que estaban lejos acudían. El trastorno fue tal que por un rato el mismo Cannelloni quedó estupefacto; pero se recobró brillantemente. Con la culata de la pistola quebró el tabique sin tomar en cuenta el alto costo del vidrio, se subió al mostrador, saltó al otro lado y disparó un par de tiros sobre las cabezas de. los empleados que temblaban, y que se apresuraron a agolparse en la puertecilla.

-Tírenme esas valijas -nos dijo después a mí y a Gelsomino, amenazándonos con el arma humeante, y nosotros obedecimos aterrorizados.

Detrás de los bancos había cajas llenas de liras americanas y grandes billetes del Estado; con admirable imparcialidad, nuestro jefe metió tanto las unas como .los otros en las valijas, sin jamás desprenderse de la pistola, tal vez porque temiera que se la robaran.

El Banco en cuestión tenía más salidas que una sala de cinematógrafo, y por todas ellas entraba la multitud de las calles, atraída por la conmoción. Gelsomino, rojo de ira y de vergüenza, me puso las manos alrededor del cuello y comenzó a apretármelo. Sin saber cómo comportarme, decidí ponerme a sudar. Por fortuna Cannelloni me sacó del aprieto, tirando a nuestros pies las valijas llenas y gritándonos:

-¡Tomen éstas en vez de discutir, o los mato! -Agitaba la pistola, y Gelsomino soltó la presa-. ¡Por, esa puerta! Los tengo cubiertos -continuó Cannelloni, disparando un par de tiros hacia la salida que indicaba: y la multitud se abrió ante nosotros como el Mar Rojo.

Jamás hubiera sospechado que dinero de tan poco valor pesara tanto. Bamboleándome bajo el peso de la valija me dirigí hacia la salida gritando: "¡Paso! ¡Paso!", seguido por Gelsomino, mientras nuestro jefe, que habla puesto un nuevo cargador en la pistola, mantenía abierta la pasada con otros disparos. Algunos espectadores, sin saber dónde refugiarse, trotaban aterrorizados delante de nosotros; a nuestras espaldas escuchábamos la agitación de un tropel de gente que nos seguía, y el resto de la multitud se hacía a un lado.

La puerta, daba sobre el callejón donde Cannelloni habla dejado el auto. Arrojamos adentro las maletas y a nuestra vez entramos, botándonos al suelo.

-¡Vamos! ¡Parte! -gritó Cannelloni.

Jamás he visto a un par de hermanos despertarse tan pronto de un sueño tan profundo. Se restregaron los ojos, después el ayudante se bajó del auto y se puso a hacer girar la manivela. No se puede decir que fue culpa suya si el motor no encendió: él puso toda su buena voluntad. Pero nosotros hacíamos un papel bastante triste ante tanta gente que nos miraba.

-¿No pueden apretar algún botón? -Preguntó Cannelloni con voz ahogada.

-Hay un botón, pero no vale la pena apretarlo. La batería está descargada -respondió con amabilidad el chofer.

-Hoy por hoy, encontrar una batería que funcione es tan difícil como encontrar una llanta nueva -explicó el hermano-. Ya verán en qué estado se hallan nuestras llantas.

Cannelloni pasaba rápidamente de un color a otro. -¿Pero por qué no han mantenido el motor en movimiento como yo se los había ordenado?

-¿Con la gasolina a dos mil liras la lata? Ni que fuéramos locos.

Cuando el ayudante se cansó de dar vueltas a la manivela, el chofer se bajó para tomar su lugar, pero sin mejor resultado. Entre tanto la multitud que contemplaba sus esfuerzos crecía a ojos vistas, y un señor vestido de negro, tal vez el propietario del Banco, brincaba en el umbral gritando hasta desgañitarse: "¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Policía! ¡Deténgalo!", con lo cual molestaba visiblemente a nuestro jefe, que no estaba en vena para soportar los ruidos ni la ostentación.

-Ahora no nos queda más que esperar la. sentencia -murmuró con voz débil-. ¿Qué va a decir mi mujer?

Después de un rato hasta el chofer se cansó de dar vueltas a la manivela. Secándose la frente, propuso con una sonrisa alentadora:

-Tratemos de empujar.

Las calles de Nápoles tienen una ventaja: todas están en bajada, a no ser que sean de subida. Por desgracia nuestro auto se encontraba de subida. Dado el tránsito, era imposible retroceder hasta la calle Roma, y hasta el reacio Gelsomino terminó por comprender que era mejor empujar a todo lo que daba. Con un grupo de chiquillos que nos ayudaban con toda su fuerza, el motor comenzó a explosionar, nosotros subimos desordenadamente, sudando y acezantes, y al fin partimos.

-Me vengaré de ti -silbaba Gelsomino entre dientes, dándome fuertes puñetazos mientras yo invocaba la protección de Cannelloni. Este había recuperado la sangre fría; nadie hubiera podido menos que admirar la desenvoltura con que recibía los golpes que me llovían sobre la espalda.

Las callejuelas estaban atestadas de carretas, burros, vendedores ambulantes, puestos de venta de frituras, mercaderes, pueblo confuso e insensible a nuestra bocina, por lo cual regresamos a la calle Roma, que a pesar de estar rebosante de gente era usada como carretera por numerosos vehículos aliados y autos civiles. Podíamos así proseguir a grandes velocidades sin otro peligro que para los peatones.

Después de un minuto de carrera, el chofer detuvo el auto en la Plaza San Fernando.

-¿Por qué te detienes? -aulló Cannelloni.

-Primero debemos tratar la paga, patrón. Cuentas claras, larga amistad.

-¡El precio ya está tratado, eres un bribón!

-Pero usted no nos había advertido de qué se trataba.

Y el hermano agregó:

-Debemos considerar el riesgo, el susto, el deshonor.

-¿Vamos a medias? -sugirió el chofer.

-¡En tu trasero! Te doy el diez por ciento, ni un centavo más. ¡Pícaro! ¡Marciano!

-Entonces no hay nada más que hacer. -Y el chofer se cruzó de brazos.

Mientras Cannelloni sacaba la pistola, escuchamos a nuestra espalda el chillido de una sirena que se acercaba.

-¡Un jeep de la policía! -gritó Gelsomino.

-Está bien -prorrumpió Cannelloni, viendo que el chofer no reaccionaba-. Vamos a medias.

-¿Palabra de caballero?

-¡Sí! ¡Y ahora vamos!

Reanudamos la carrera, con el jeep a nuestra siga,

-Esto no hubiera sucedido si no te hubieras dormido -gritó Cannelloni, amoratado-. No habrían sabido siquiera que alguien nos buscaba.

-Hay que ser un poco comprensivo, señor mío -respondió el ayudante en tono de dulce reprensión- Por lo demás, dormir es natural.

La sirena del jeep era muy útil porque despejaba las calles como por encanto. Giramos en torno de la plaza en dos ruedas, con las llantas silbando, y subimos por la calle San Carlos y la Plaza del Municipio, dirigiéndonos a todo vapor hacia la estación, siempre eficazmente ayudados por el jeep de la policía que nos seguía de cerca.

-¿Quiere volver al hotel, jefe?, preguntó el chofer.

-¡Vamos, vamos, miserable!

Pasamos de largo el hotel, nos perdimos en las curvas siguientes y con un suspiro de alivio llegamos a la carretera Nápoles-Pompeya, recién clausurada por los aliados, los cuales sin embargo no se preocupaban de cerrarla al tránsito civil, escasísimo en aquel período.

El jeep casi nos había alcanzado cuando llegamos a la carretera; después comenzamos a dejarlo atrás. El jeep tenía más fuerza de partida que nosotros y nos tomaba ventaja aun de subida, pero no podía hacer más de noventa por hora, mientras que nuestro Lancia, antiguo pero potente, pasaba fácilmente los cien si antes no se rompía en dos.

-He aquí a nuestro costado el barrio industrial de la ciudad -nos dijo el hermano del chofer, dándose vuelta-. En otro tiempo vibrante de actividad obrera, ha sido reducido a este montón de ruinas por los bombardeos de la guerra.

-¡Deja en paz las ruinas, o yo agregaré otras!- espetó Cannelloni.

-Por unos veinte kilómetros, es decir por toda la autopista, que en sus tiempos no existía, no tenernos nada que temer -le explicó-. Después empezarán de nuevo los líos.

-¿Quién me metió en esto? -sollozó nuestro jefe.

-¡Es justo lo que me gustaría saber. . . -La vecindad de la península sorrentina hacía que mi corazón se oprimiera; ya veía a mi madre y a Lucciola que me traían la comida a la cárcel-. ¿Cómo se le ocurrió?

-Quiero explicártelo. Un buen día me dirigí al Banco para depositar mis *traveler's checks, ¿y* qué veo?

-¿Qué vio? -Preguntó Gelsomino.

-Veo que no hay guardias a la entrada, no hay puertas de acero, no hay rejas de fierro entre el público y la Caja, y comprendí de súbito que faltaba todo el sistema de protección de los Bancos en los países más progresistas, como América.

-¿Y qué hay con eso?

-Bien, ésta es la tragedia de nuestra patria, y por eso Italia languidece. Un país retrógrado, con técnica, materiales y métodos anticuados. Entonces me dije: ahora que también Italia se transforma en una república y abre de par en par las puertas al progreso, es necesario que alguno les enseñe a vivir, y nadie más calificado que yo para ser maestro. En Nueva York yo era el jefe de una banda muy organizada que duró más que el Presidente Roosevelt. Es cierto que aquí hay ladronzuelos y salteadores que trabajan de noche, pero nunca he oído hablar de alguna empresa brillante cumplida a la luz del día según la gran tradición americana. Me dije entonces que llevarla a cabo seria un juego.

-Bonito juego.

-En los Bancos de Nueva York, apenas sacábamos los revólveres entraban automáticamente en acción todas las alarmas electrónicas, bajaban las rejas y de todos los ángulos apuntaban guardias armados de ametralladoras y bombas lacrimógenas. A pesar de todo siempre lo hicimos con éxito, y estaría todavía trabajando allá si no fuera porque mi corazón tiene necesidad de reposo. Tal vez -agregó con un suspiro- mi doctor tiene razón: comienzo a envejecer.

-Ni en sueños -dijo Gelsomino-. En este momento usted no representa más de cien años.

-¿Pero cómo se le ocurrió comprometernos a nosotros también? -pregunté yo.

-¡Fue una equivocación mía! ¡Te vi en El Jabalí Fumador con los hombres de Harry el Leopardo, por lo cual te creía una persona de confianza! -y me miró con cara de desaprobación.

A unos cuantos kilómetros del comienzo de la carretera había una leve subida que nuestra máquina acusó en seguida perdiendo velocidad, y al poco rato el jeep, que no sentía 1a pendiente, reapareció en el horizonte, acortando rápidamente la distancia; gruesas manchas de sudor aparecieron sobre el panamá de Cannelloni. Luego la subida disminuyó, nuestra máquina adquirió velocidad de nuevo y por un par de kilómetros la distancia permaneció invariable.

-La autopista sube por un buen trecho, pero luego desciende y continúa en recta. Perderemos al jeep fácilmente -dijo el conductor.

El pobre Cannelloni no había tenido tiempo de absorber la buena noticia, cuando vimos a un soldado plantado en medio de la carretera.

-Es la policía -dijo Cannelloni con voz ronca, empuñando la pistola e inclinándose hacia adelante-. Apúrate, a toda máquina. Hay que estar listos para abrirse paso por el campo si estallan las llantas.

-Tiene cinturón y mangas blancas -observó Gelsomino-. Es un agente de carretera de las fuerzas inglesas que dirige el tránsito a la entrada de un campo. A lo largo de esta carretera hay varios campamentos de la R.A.F., de prisioneros de guerra y de las fuerzas americanas.

Después que dejamos atrás al soldado sin que éste se moviera, Cannelloni se desplomó sobre el asiento con un gemido. Por lo visto el panamá no lo refrescaba.

Avanzábamos entre el Vesubio y el mar, a lo largo de huertos Y jardines y casitas blancas sombreadas por magnolios, y el hermano del chofer se dio vuelta para comunicarnos en tono informativo:

-El Vesubio dejó de echar humo después de la última erupción del año 1943, que modificó hasta el aspecto del cráter. A la diestra pueden ver ahora a Herculano, destruida en el año 79 de la era cristiana por la misma catástrofe que sepultó a Pompeya. Si lo desean, podemos detenernos un rato para visitar las llamadas Excavaciones Nuevas.

-Ayuda a apretar los pedales -dijo Cannelloni, que era poco aficionado a la arqueología.

Continuaba dándose vuelta para ver a nuestros perseguidores, los cuales, gracias a una nueva pendiente, se habían acercado, y la mancha de sudor en el sombrero de Panamá se agrandaba. La autopista después volvió al plano, comenzó a descender, y nos lanzamos por la inclinación del terreno con mucho balanceo y cabeceo.

Mientras corríamos al máximo de la velocidad (la aguja del cuentakilómetros marcaba ciento veinte), pasamos una cuneta que obligó a los hermanos a agarrarse del volante, y a nosotros, atrás, a aferrarnos los unos a los otros, mientras Cannelloni perdía su sombrero de Panamá … y con eso mucho prestigio, gracia y autoridad.

-Esta -aseguró el ayudante dándose vuelta- es una cuneta famosa. Cuando la atravesamos con un auto cubierto, hay siempre alguno que se golpea violentamente la cabeza.

-Y una vez, cuando íbamos en un auto abierto, directamente perdimos un pasajero -agregó su hermano.

-Quisiera hacerlos papilla a estos dos -refunfuñó Cannelloni jugando con su pistola.

En el último tramo de la autopista apareció a nuestra derecha el golfo de Castellammare, con el pueblecito blanqueando en el sol de la tarde y el tétrico castillo que se adelanta sobre el mar color turquesa; y apareció la península sorrentina, cubierta de una neblina azul dorada por

el sol, más hermosa aún de lo que recordaba mi memoria. Pero jamás me imaginé que regresaría en tales circunstancias.

-El castillo sobre el mar explicó nuestro guía-, construido por el emperador Federico II, ha dado su nombre a este pueblo que en la antigüedad se llamaba Stabia, y, gracias a sus alrededores lindísimos y a sus doce fuentes de agua mineral, era conocido ya en aquella época como estación termal. Podríamos hacer una parada, jefe; hay que desviarse apenas un par de kilómetros.

Pero aunque habíamos perdido de vista el jeep, Cannelloni no tenía deseos de visitar los surtidores. Sólo deseaba una cosa: huir a toda máquina en línea recta hasta la consumación de los siglos.

Por desgracia, la autopista terminó bruscamente con una curva que empalmaba en la carretera nacional, y los hermanos detuvieron la marcha, el uno pisando el freno de pedal y el otro tirando el de mano.

-Henos aquí en Pompeya. A la izquierda, la entrada a la ciudad antigua. Podrían echar un vistazo a las excavaciones mientras nosotros tratamos de encontrar un poco de gasolina.

-¿Gasolina? -balbuceó nuestro jefe.

-Sin gasolina no se puede caminar. Las bombas aún no tienen suficiente, y es necesario conseguirla en el mercado negro.

Por un segundo, Cannelloni no hizo comentarios. Luego los hizo y estruendosos, insinuando que no consideraba honrado arrendar un auto que no estuviera equipado para una fuga veloz.

-No es nuestra la culpa -se excusó el chofer-. Tenemos un hoyo en el estanque.

-No es un hoyo, exactamente -corrigió el otro-. Es más bien una pequeña perforación.

-Que sin embargo va creciendo.

-Sólo cuando se corre.

-Pero encontraremos gasolina.

-Es sólo cuestión de tiempo.

-Llévenme a la comisaría -farfulló Cannelloni débilmente. -Quiero entregarme. El corazón no me permite emociones como ésta.

-Pero yo soy joven -protesté-. No quiero pasar en la cárcel los mejores años de mi vida. Sigamos adelante. Por la carretera de Salerno.

-La torre que estamos a punto de pasar a nuestra izquierda pertenece al santuario de la Virgen de Pompeya, la más poderosa de todas las vírgenes: casi tan poderosa como San Jenaro... Tal vez fuera conveniente encenderle una vela. ¿Quiere que nos detengamos? Verá que no es una vela malgastada.

Pero en ese momento (estábamos en la plaza de la ciudad nueva) un grupo de chiquillos se puso a gesticular, señalando con los pulgares hacia abajo.

-Pulgares hacia abajo -dijo Cannelloni, alarmado.

-Significa que venden gasolina explicó el conductor, deteniéndose . Ya les había dicho que no había por qué preocuparse.

Media docena de chiquillos saltaron sobre las pisaderas, y mientras otros nos perseguían, nos encaminaron por un callejón oscuro hasta un pequeño garaje. Despertamos al mecánico que se había adormecido en su silla, discutimos el precio, y luego éste sacó una lata de gasolina, pero sin ninguna prisa, y se puso a verter el precioso líquido en nuestro estanque por medio de un sucio embudo.

-Está sucio su embudo -protestó Cannelloni que, ansioso, vigilaba la operación.

-Para eso está el filtro -explicó el mecánico.

-Pero si el filtro tiene una rajadura.

-Es cierto. Es para que la gasolina se escurra más rápido.

-¡Esta es una tragedia griega! -exclamó Cannelloni mirando al cielo. Parecía estar muy deprimido, pero recuperó algo de vida cuando recordó que yo y Gelsomino estábamos tratando de escabullirnos, y, pistola en mano, nos intimó a volver sobre nuestros pasos. Pero antes de que pudiéramos reemprender el viaje nos tocó esperar el retorno del conductor que se había alejado subrepticiamente para comprar algo de comer, llevándose la llave del auto.

-No he hecho nada malo -se excusó a la vuelta, viendo que Cannelloni estaba decidido a deshacerse de él-. En el fondo, comer es una debilidad de la naturaleza.

Nos repartimos el pan y el salchichón, con excepción de Cannelloni que no tenía hambre a esa hora; luego empujamos el auto, que partió a tirones, y al fin logramos seguir por el camino de Salerno.

-No es lógico que la policía no nos haya alcanzado todavía -dijo Cannelloni, volviéndose respetuosamente: casi parecía estar impaciente de terminar de una vez. Pero no había rastros de nuestros perseguidores.

Proseguimos a toda velocidad por una buena media hora, deteniéndonos sólo una vez cerca de una fuente porque el salchichón les había dado mucha sed a los hermanos, y sin otro incidente aparte de un pinchazo antes de llegar a Cueva del Tirreno. Por suerte teníamos una rueda de repuesto; nos faltaba sólo la gata, por lo que nos plantamos al borde del camino haciendo gestos frenéticos a los autos que pasaban y cuyos ocupantes nos contestaban el saludo con gestos muy amistosos.

-Mi reino por un Ford -rezongó Cannelloni, desesperado; pero nadie le respondió.

Por último se detuvo un camión lleno de obreros que nos prestaron una gata, y cambiamos la rueda, rodeados de un grupo siempre en aumento de campesinos que abandonaban el trabajo para asistir a la ceremonia.

-Oiga, jefe, le aconsejo que se compre esa gata -dijo el chofer al terminar la operación.

-¿Y qué hago yo con una gata?

-Ya se dará cuenta cuando pinche la otra llanta.

Ahora Cannelloni se daba por vencido con más facilidad en sus escaramuzas con los hermanos, y luego de laboriosas transacciones se convirtió en legítimo propietario de una gata.

A media tarde, roja de sol, proseguimos viaje.

Habíamos llegado al camino tortuoso que señala la entrada de Vietri alta, cuando el jeep de la policía se nos echó encima. Pero no estaba detrás de nosotros: venía a nuestro encuentro, y a una velocidad tal que sólo nos reconoció después de cruzarse con nosotros. Oímos el chillido de las llantas al frenar bruscamente.

-Tienen que habernos pasado cuando le estábamos echando gasolina al auto -observó Gelsomino, tan agudo como siempre.

-Y luego volvieron para atrás -aventuré yo.

Vietri, que dista unos tres kilómetros de Salerno, es el primer pueblo costero sobre la vertiente amalfitana de la península sorrentina, y para no irritar más a la policía con nuestra presencia, me pareció que abandonásemos el camino principal y que tomáramos la ruta que, pasando por la ciudad baja, lleva a la costa amalfitana.

-Si no nos han visto cambiar de camino, podemos salvarnos todavía -le expliqué a Cannelloni que había empezado a sudar nuevamente-. La policía, juzgándonos como a delincuentes comunes y corrientes, pensará que seguimos por la carretera nacional de Salerno, que lleva a Calabria y a Basilicata.

-¿Y si nos han visto?

-Entonces estamos fregados -intervino Gelsomino-. Este es el único camino a lo largo de la costa amalfitana, y se une con el único camino de la costa sorrentina sobre el lado opuesto. La península no tiene más que dos salidas: una en Castellammare y la otra en Vietri.

-¡Entonces a la policía le basta con hacer cerrar las dos salidas con un telefonazo!

-Sí, bueno, pero hoy en día el que está apurado no usa el teléfono, usa el auto: va más rápido.

-Y si vieron que nos desviábamos no tendrán necesidad de cerrar la salida -dije yo-. Este camino está lleno de curvas y el jeep nos podrá alcanzar con facilidad.

-¡Pero antes habrás pagado con tu pellejo por habérnosla aconsejado! -amenazó Cainnelloni.

-Es precisamente la naturaleza tortuosa y escarpada de esta costa lo que hace que su belleza agreste sea tan famosa en el mundo entero -siguió diciendo nuestro guía-. Aquí encontró Wagner la inspiración para algunas de sus obras principales. Ibsen escribió aquí Casa de Muñecas, y hasta Greta Garbo vino a pasar una primavera en compañía de un célebre director de orquesta, ya que ella es loca por la música.

El sol brillaba con fuerza y la costa escarpada que se desplomaba sobre el agua transparente era toda una sinfonía multicolor: el fondo verde y azul estaba salpicado por el rojo de los geranios y el violeta de las buganvillas, mientras en las alturas, semiescondidas entre las viñas, se

asomaban algunas casitas blancas y sobre las puntas de los promontorios se destacaban las antiguas torres, carcomidas por el viento y el aire del mar.

-Este camino fue excavado en la roca viva durante el Medioevo para unir entre ellas a las ciudades costeras que eran en aquel tiempo, prósperos centros comerciales. Las torres, que datan de la misma época, fueron construidas para defender estas costas de las incursiones sarracenas.

-¡Ya, córtala! -gritó Cannelloni.

-La descripción panorámica está incluida en el precio de la excursión. Vale la pena aprovecharla.

Se había hecho tan oscuro que habríamos encendido los faros de haber tenido una batería, cuando, por la bajada que lleva a Maiori, encontramos el camino bloqueado por una berlina grande y negra, atravesada a la salida de una curva, y los hermanos tuvieron que frenar con todas sus fuerzas para evitar un choque.

Surgiendo de la pared rocosa, se nos acercaron dos sombras. Estaban armadas con ametralladoras, que apoyaron pesadamente sobre el borde de nuestro auto. Otros tres hombres brotaron de detrás de la berlina y avanzaron con las ametralladoras en alto.

-Descósanse las chaquetas y larguen el dinero ordenó uno de ellos con voz ronca.

Volviéndose, nuestro guía nos explicó-

-Este es un asalto a mano armada.

Nos hicieron bajar del auto y nos registraron de oriente a poniente y de septentrión al mediodía, liberándonos de los relojes, de los anillos, de las estilográficas, de los portafolios y del dinero menudo.

-Dénle una mirada a los neumáticos -ordenó luego a sus compañeros el que había hablado primero-. Y si vale la pena, desmonten las ruedas.

Uno de ellos examinó las ruedas con una linterna.

-No hay goma ni para hacer una honda.

-En el auto tampoco hay nada -dijo otro.

-Se equivocan -intervino entonces Gelsomino.

-Echen una mirada al portamaletas -dije yo.

-¿Qué les pasa por la mente? -gritó Cannelloni, ¡Embrolladores estúpidos!

Pero los hombres ya estaban siguiendo el consejo. Encontraron las maletas, las abrieron, y dieron un salto como si hubieran visto a una muchacha bonita.

Cannelloni se adelantó.

-Desvalijé un Banco esta mañana explicó con gravedad- A pleno día, a la manera americana.

-Tú vienes de América?.

-Soy oriundo de Afragola, pero he operado muchos años en Nueva York.

-¿Conociste a Al Capone alguna vez?

-No. El operaba en Chicago.

Desilusionado, el otro se dirigió a sus hombres:

-Tomen estas maletas.

-¡Pero no pueden hacernos eso!. ¡Nosotros somos de los vuestros! ¿No tienen respeto por las cosas ajenas?

-¡Claro que sí! Las cuidaremos muchísimo.

-¡Tenga cuidado! -dijo Cannelloni, furioso-. Si me tocan mis cosas pasarán un mal rato: soy ciudadano americano.

-¿En serio?

-Sí -exclamó Cannelloni, triunfante.

-Muchachos, ya que es así, sáquenle también la ropa.

Unos momentos después, y en medio de un coro de carcajadas burlonas, Cannelloni se encontró en calzoncillos y camiseta, iluminado por las potentes linternas de los alegres asaltantes.

-Los asaltos a mano armada están a la orden del día -nos explicó el guía cuando se nos permitió seguir-. Desertores aliados, prisioneros de guerra evadidos, además de variados y emprendedores habitantes locales, hacen peligroso cualquier viaje. Trenes enteros han sido robados, navíos, hasta puentes; pero sobre todo hay gran pedido de automóviles y neumáticos. Ha tenido suerte de que no le roben el auto, jefe: le hubiera costado un montón de plata reponerlo, como están los precios.

Cannelloni no dijo si consideraba que había tenido suerte o no. No hablaba nada. Parecía haber envejecido notablemente en el curso de ese día, y los dientes le castañeteaban de frío. Volvimos a oír su voz sólo cuando, al atravesar la península para alcanzar la vertiente opuesta, llegamos al camino de herradura que lleva a Montrecasse y yo dije:

-¡Paren! Yo me bajo aquí Gracias por el viaje, señor Cannelloni.

-Tú tienes una sola posibilidad de abandonar esta ratonera antes de que yo vuelva a Nápoles: ¡disfrazado de cadáver! Para mí sería un verdadero placer perforarte. -Estas palabras me amargaron mucho. Esto es lo que uno saca cuando quiere ayudar a alguien.

A la entrada de Meta un bloque caminero nos conminó a detenernos. En ese momento Cannelloni se echó a reír: con una risa histérica, convulsionada y estridente, que me dio escalofríos.

-¡Viva! - exclamó entre accesos de hilaridad-.

¡Otros bandidos!

-No, señores -lo tranquilizó nuestro guía-. Esta vez se trata sólo de la policía.

Media docena de carabineros nos rodearon, ametralladora en mano, mientras uno de ellos agitaba una linterna.

-Libreta de circulación -intimó al chofer el jefe a cargo del grupo. Y luego de haber examinado la libreta pidió ver la patente.

Los hermanos cambiaron una mirada entre sí y ahogaron una risa.

-Aquí *se* equivocaron medio a medio -dijo el chofer, riéndose. Yo no tengo patente. Nunca la he tenido.

-¡Entonces afuera todos y a mostrar sus documentos!

-Coronel -le dije al brigadier bajando del auto mientras los carabineros me apuntaban con las ametralladoras-, fuimos asaltados en el camino de Maiori. Nos quitaron los pasaportes con todos los documentos. A este señor, como ven, le quitaron hasta la ropa.

-¡Oh, un soldado americano! -dijo el brigadier viendo mi uniforme. -

-Sí. -Y me apresuré a agregar-: Este señor es también americano, e imagínense qué dirá cuando vuelva a su país.

Mis palabras produjeron una profunda impresión al capitán, el cual, después de una última mirada a Cannelloni que seguía con la cabeza baja, ya indiferente a todo, nos permitió seguir viaje, pero sin dejar de advertirnos antes:

-No deben viajar de noche. Nosotros mismos lo evitamos en estos tiempos.

Entre Meta y Seiano se nos pinchó por segunda vez una llanta. Dado que no teníamos otra llanta de repuesto, los hermanos se vieron obligados a remendar la cámara de aire a la. luz de las estrellas.

-Por suerte soy una persona prevenida -comentó el chofer-. ¿Qué habríamos hecho sin la gata?

Mientras ambos ponían manos a la obra, el resto de nosotros salimos a caminar un poco para combatir el frío de la noche, que afectaba particularmente a nuestro jefe, por su reducida vestimenta.

.-Por suerte la policía no descubrió su pistola –le dije, porque me pareció que tenía mucha necesidad de unas palabras de consuelo.

-Aunque la hubieran encontrado no habría pasado nada -objetó Gelsomino, siempre amurrado.

-¿Por qué?

-Ahora mismo se los explico. ¿Dónde está?

-Escondida entre los asientos.

Gelsomino fue a buscarla, luego apuntó contra Cannelloni y le descargó encima un tiro a quemarropa. Un relámpago rasgó las tinieblas, un disparo fragoroso rasgó el aire, Cannelloni entornó los ojos, se llevó la mano al corazón y comenzó a desplomarse. Pero a medio camino se enderezó y volvió en sí chillando:

-¿Qué ideas te vienen a la cabeza? ¿Estás loco?

-Me lo sospechaba. Te engañaron: estos cartuchos son una vulgar imitación. Son una estafa: cartuchos a fogueo.

-¿Pero cómo podías saberlo? -A pesar de la oscuridad se le notaba la palidez de su rostro.

-Los acaba de comprar, ¿no es así?

-Sí, en Nápoles, junto con la pistola. Fabricación alemana.

-Es la famosa Máuser, calibre 7.63, de la cual en toda Italia no hay un solo cartucho, porque la fábrica fue destruida hace algunos años en los bombardeos. Lo engañaron con imitación de fabricación casera. Mire -Y le disparó otro tiro contra los calzoncillos, haciéndole pegar un gran salto.

-¡Ya, córtala! ¿Cómo puedes estar seguro de que son todos cartuchos a fogueo?

-Seguro no estoy. Usted bien sabe que nunca se puede estar seguro de nada.

-Ahora han podido admirar las dos vertientes de la península sorrentina -dijo nuestro guía, poco después de la medianoche, cuando nos acercábamos a Castellammare-. Es una excursión como hay pocas en el mundo.

-Inolvidable -agregó Cannelloni con un hilo de voz.

Llegamos sin otros incidentes hasta la autopista, y la gasolina nos alcanzó casi hasta Nápoles. En efecto, fue solamente a unos dos kilómetros de la ciudad cuando el motor se puso a chisporrotear, a toser, y se detuvo. En este punto Cannelloni se despidió de los hermanos de una manera bastante bulliciosa. No obstante las protestas de ellos, insistió en llevarse por lo menos la gata, y apretándola bajo la axila continuó a pie su camino. Yo y Gelsomino lo seguimos.

Llegamos al Terminus antes del alba, seguidos de un cortejo de pilluelos que iban haciendo comentarios sobre la manera de vestirse de nuestro jefe.

-Si alguna vez pasa por Montrecasse -le dije antes de dejarlo-, venga a verme.

-No volveré a poner el pie en ninguna península, hasta que hayan pasado cien años, ¡lo que ya no será posible después de las emociones de hoy! Tomaré el primer avión para Nueva York; allí uno puede fiarse de la gente.

-Entonces buen viaje. -Y le tendí la mano, que él rehusó estrechar-. Mucho gusto de conocerlo -agregué.

-¡Muérete! -le gritó Gelsomino mientras, por los vidrios de la puerta, observábamos su ingreso al hotel, donde su señora, una mujerona alta y gorda, lo estaba esperando ansiosamente.

Asistimos a un dúo interesante entre la señora que trataba de acariciarle la cara con la mano cerrada, con movimientos demasiado rápidos para una mujer de su peso, y él que se agachaba, esquivando las efusiones de su mujer con una agilidad sorprendente para un hombre de su edad. Entonces se retiraron sus habitaciones, donde continuaron, de una manera más bien ruidosa, el intercambio de puntos de vista.

Estas cosas las vine a saber al día siguiente, cuando, después de una noche un tanto borrascosa transcurrida en casa de mi hermana, al pasar delante del Terminus camino de la estación, entré a informarme de la salud de los visitantes, como se usa en mi pueblo.

CAPÍTULO DÉCIMOSEGUNDO

MONTRECASSE

Y AQUÍ me tienen, de vuelta en Montrecasse. Mi madre debe haber estado al acecho detrás de la ventana porque, cuando me disponía a tocar la puerta, ésta se abrió de par en par y ella estaba allí temblorosa con su vestido dominical, que no se había sacado, como luego me contó, desde hacía cuarenta y ocho horas, esto es, desde que había recibido el telegrama que anunciaba mi llegada inminente.

Sus cabellos habían encanecido y los pacientes años grabaron suaves arrugas en su rostro blanco, pero los ojos tiernos, enrojecidos por el trabajo y engrandecidos por los gruesos lentes, eran los de siempre, y se llenaron de lágrimas al ver mis lágrimas. Me estrechó contra su pecho: permanecimos así, sin hablar. Mi hermana Carmelina fue la que por fin rompió el silencio con pequeños gritos de alegría mientras me tiraba hacia ella y me besaba como si fuese un billete de diez dólares.

Me obligaron a sentarme en la mejor silla, me sacaron los zapatos, me pusieron en la mano un vaso de vino y en la boca un cigarrillo encendido, tanto que tuve la impresión de estar de vuelta en el palacio real de Lalun; luego se informaron de mi salud y yo me informé de la de ellas. No nombramos a Lucciola. En nuestra familia sentíamos una especie de pudor en lo que respecta a los asuntos del corazón, como si pudieran ensuciarse o romperse al hablar de ellos. Pero yo sabía leer la gran pregunta en sus ojos, como si me la hubieran gritado en los oídos.

Festejado y mimado a fondo, dije que quería dar un paseo por el pueblo, y me fui derecho a la casa de Lucciola.

Se siente una sensación extraña al volver donde una novia que no se ha visto durante siete años, ocho meses, once días y cinco horas y media; sobre todo cuando uno ni siquiera se acuerda bien de su cara. La única fotografía suya que tenía (la única que se había hecho tomar) fue sacada a los once años. En Montrecasse uno no se fotografía con ligereza: a menudo la gente se viste apropiadamente y se va a Nápoles a un estudio fotográfico, o hace venir un fotógrafo a la casa, y esto sólo en algunas ocasiones solemnes, cuando uno se casa o cuando se dispone a morir. La fotografía de Lucciola la mostraba en su cama, cuando estuvo enferma de tifus y había perdido su cabello y el doctor Filipponi dejó de visitarla porque, según él, ya no había nada que hacer.

A pesar de que no me acordaba de las facciones de Lucciola, recordaba su risa cálida y sus juegos de palabras; el cabello espeso y brillante; el andar majestuosamente altivo de su cuerpecito delgado; la voz baja y, misteriosa, como si estuviera siempre confiando algún secreto; la expresión de sus ojos cuando me miraba.

Y recordaba, entre otras cosas, que la amaba.

Una escalera descubierta conducía a la entrada de su casita pintada de blanco a la cal; las ventanas estaban encuadradas con mazos de cebollas, granadas y tomates, que brillaban bajo el sol otoñal. La puerta estaba entornada: la empujé y entré.

Sobre el diván junto a la ventana, doña Lucia repasaba el lavado. Al verme se puso de pie de un salto y me abrazó como si fuera su hijo. Los suyos estaban todavía en la cárcel. Noté que también ella, al igual que mi madre, había adquirido arrugas e hilos de plata que yo no conocía.

Luego acudió Lucciola: de pie en el umbral de su habitación, palidísima, me miraba con ojos de espanto. Yo también tenía miedo. El corazón me latía tan fuerte que me dolía.

-Ha vuelto -dijo doña Lucía. ¿No le vas a dar la bienvenida?

-Bien venido, Gianni -susurró Lucciola con un hilito de voz, avanzando tímidamente.

Estreché en silencio sus manos heladas. Mi voz habría temblado si hubiese hablado. Llevaba un vestidito negro con una cinta de color rojo. Sus caderas estaban más redondas, pero su cintura parecía más delgada. En suma, había adquirido un cuerpo de mujer. Y un ligero temblor le recorría el rostro.

-Anda a preparar el café -le dijo su madre, y Lucciola escapó, feliz, sonriéndome por sobre el hombro.

Doña Lucia me trajo una torta de manzanas,

-Siéntate a mi lado y cuéntame todo, Gianni -dijo volviendo a tomar sus remiendos-. Qué romántico debe ser Nueva York. ¿Es cierto que allá todo es eléctrico?

-Sí. Hasta la silla.

-¿Trabajaste mucho?

-Sí.

-¿Viste muchas cosas?

-Sí.

-¿Conociste mucha gente?

-Sí.

-¿Aprendiste muchas palabras americanas?.

-Sí.

Entonces hizo la pregunta clave. Dejó el trabajo y me miró fijo:

-¿Hiciste mucho dinero?

Me sonrojé.

-He hecho y deshecho varias fortunas.

-¿Y ahora cuánto dinero tienes? -me dijo acosándome.

-Ni un cinco -confesé sonrojándome más aún.

Doña Lucia suspiró y volvió a tomar su trabajo.

-En estos tiempos se necesita mucho dinero para vivir -observó con tono de reproche-. Unos cuantos dólares hubieran venido bien.

-Los dólares siempre vienen bien.

-Pero ahora más que nunca -me rebatió con firmeza-. ¡Con los huevos a cuarenta liras, el aceite a quinientas, la carne a mil! El que no tiene dinero no come.

No contesté nada. Me sentía muy abatido y ya no podía ni tragar la torta.

-¡La inflación, querido Gianni! -insistió ella con dureza-. En todos los campos. Hasta en la delincuencia. Robos, saqueos, asaltos sin fin. Dentro de poco publicaremos la lista de las personas honestas, porque los ladrones ya no cuentan. ¡Roban hasta los altares! Y ayer, en Nápoles, desvalijaron un Banco a plena luz del día: ¡ya no hay nada sagrado!

Por suerte llegó Lucciola con el café, el buen café napolitano, tan negro que sirve hasta para las estilográficas. Me sirvió una tacita, se sentó junto a mí, y mirándome fijo con aquella mirada suya, me preguntó a quemarropa:

-¿Qué proyectos tienes?

-Depende.

-¿De qué?

-De esto o aquello.

Me observó con aire sorprendido. Y la mirada fija.

Cuando me fui de la casa tenía el ánimo más bajo que una sombra. Durante todo el viaje de retorno había pensado en arrastrar a Lucciola al altar antes de que pudiera recuperar el aliento; pero la conversación con la madre había cortado las alas a mis esperanzas, recordándome por qué había partido... y que volvía sin ni un diente de oro siquiera.

Me demoré un rato en el café donde podría encontrar a mis amigos de otros tiempos, y anduve vagando por las callejuelas de mi infancia, bajo los laureles aún con flores, en la orilla del río y en el estanque de los ánsares, solo, completamente solo, con el corazón seco.

Apenas volví a casa, mi madre y mi hermana me preguntaron fingiendo indiferencia:

-¿A quiénes has visto?

Y yo contesté:

-Las mismas caras de siempre-, en un tono que no las alentó a seguir preguntando. Y en cuanto terminamos la cena me tiré bajo el mosquitero para pasar una buena noche de insomnio.

Me encontré con Lucciola al día siguiente mientras hacía el recorrido de visitas a los parientes más cercanos.

-Has crecido mucho -le dije, no sin amargura-. En una época me llegabas justo al corazón. Ahora ya lo sobrepasaste.

-Porque tengo tacos altos. Los compré para tu vuelta, si bien mi mamá es contraria a los tacos altos. Tú sabes lo que son las mamás.

-En efecto.

-¡No hables de mi madre con ese tono! No encontraré nunca una madre como ella. -Luego, como un trueno en un día sereno-: Amedeo me está haciendo la corte.

-¿De veras? -balbuceé confundido. Amedeo era el novio de mi hermana Carmelina desde cuando éramos niños, y nadie me había dicho que el noviazgo había fracasado.

-Sí, en serio. Está loco de amor por mí.

-¿En serio? -dije sarcástico. -

-Como se le. ha muerto el padre y ahora tiene él que ocuparse de sus asuntos, necesita una mujer para que le haga las cuentas.

-¿En serio?

-Para un hombre que ha viajado tanto por el mundo no se puede decir que tengas una conversación muy variada -me lanzó Lucciola, furiosa.

-¿En serio? -le grité, ¿Entonces por qué no conversas con Amedeo?

Ella aplaudió esta demostración de mi ingenio, pero con una sola mano: sobre mi mejilla. Luego agregó:

-¡Justamente es lo que pienso hacer! -Me miró fijo un instante con los ojos que aún echaban chispas, giró sobre sus tacos altos y se fue indignada.

El corazón me dio un vuelco en el pecho. ¡Qué papelón iba a hacer ante todo el pueblo! Decidí amurrarme y no sacar la nariz de mi casa hasta la consumación de los tiempos, y de recordar que las mujeres no valían la costilla de donde fueron sacadas.

En mi casa, mi madre me preguntó si quería invitar a cenar a alguien, pero le contesté que no me sentía bien. De inmediato ella y Carmelina me aferraron, me desvistieron a viva fuerza, me metieron en cama e hicieron venir al médico, a pesar de que yo hubiera preferido morir de muerte natural. Pero en cuanto a discutir con mi madre, hay una sola manera de hacerlo: por correspondencia.

El doctor (que ya no era Filipponi) me miró con desaprobación, me percutió con las coyunturas de los dedos haciéndome reír a gritos a causa de las cosquillas aunque tenía ganas de llorar, y finalmente dictaminó que sufría de indigestión y que debía quedarme en cama ayunando, con una botella de agua caliente en el estómago.

Cuando por fin mi estómago logró calentar la botella, anochecía, y me sentía desmayar de hambre y de reposo. Al tratar de introducirme en la cocina, me topé con Lucciola y mi madre que confabulaban en voz baja en el saloncito.

~¿Por qué no estás en cama? -gritó mi madre.

-Será sonámbulo -dijo Lucciola, 0 tendrá fiebre, 0 delira.

-Tengo hambre, eso es todo. -Y me fui, mientras mi madre decía:

-Es porfiado como una mula.

-Y casi tan inteligente -agregó Lucciola.

Volvía de la cocina con un poco de pan y salchichón, cuando sonó la campanilla de la puerta de entrada. Carmelina salió corriendo de su habitación y mi madre empuñó las tijeras, se acercó a la puerta y preguntó quién era. Era Amedeo.

¡Qué caradura, ese tipo! Seguía viendo a mi hermana mientras le hacía la corte a Lucciola ... Su rostro blanco como el quesillo no mostró la menor incomodidad al ver reunidos bajo el mismo techo a los dos objetos de su atención. Era un jovenzuelo de gelatina, con voz fuerte y ojos débiles, agrandados por espesos lentes con marco de aluminio. Se creía una gran cosa porque era de Salerno, donde fabricaba un fertilizante para hacer crecer el pelo. Evidentemente sus asuntos andaban viento en popa: había aumentado por todos lados, excepto en la cabellera, que la había perdido casi por completo.

-Tenemos que festejar el retorno de Gianni -propuso con descaro.

-Gianni no se siente bien -observó mi madre.

-¡Sí, me siento bien! -Protesté, no queriendo alejarme cuando estaba la zorra en el gallinero.

-Está muy bien -exclamó alegremente Amedeo, que no se avergonzaba de aprovechar mi presencia para quedarse con sus dos víctimas-. Vamos los cuatro a la hostería. Yo los invito.

-Yo no quiero que las muchachas vayan a la hostería -dijo mi madre.

-¡Pero, señora! Bajo la nueva Constitución de la Italia democrática, las madres ya no les pueden prohibir a las hijas que vayan a las hosterías.

-¿Por qué? ¿La Constitución vale también en Montrecasse? -preguntó mi madre, alarmada.

-¡Por supuesto, señora!

-¡Eh! ¡Qué tiempos terribles! -concluyó mi madre, refregándose las manos casi con alegría.

La noche estaba poblada de estrellas, y el aire, pesado con los efluvios del difunto verano. Carmelina y Amedeo iban del brazo por las callejuelas obscuras que se internaban entre las casas dormidas: yo y Lucciola los seguíamos en silencio, separados el uno del otro.

-¿Ves cómo está tratando de ponerme celosa? -dijo Lucciola al poco rato en voz baja-. Lo hace continuamente.

Amedeo tenía que estar bastante enamorado de Lucciola, a juzgar por el modo como trataba de hacerla ponerse celosa, insistiendo en acariciar y besar a Carmelina, que lo rechazaba riendo.

-Espero que no te importará mucho si me caso con é1 -continuó Lucciola.

-¡Claro que no!

-Ahora ya soy mayor de edad. Puedo casarme con quien quiero. Hasta con el hombre que amo.

-¡Y tú, naturalmente, amas a Amedeo!

-¡Piensa cómo debe sufrir para portarse así!

-Se me achica el corazón de sólo pensarlo.

-Tú me has desilusionado, Gianni -agregó, triste. En este punto se me acabó la paciencia.

-¿Yo te he desilusionado a ti?

Su voz tembló como una mandolina:

-No hiciste nada cuando te lo conté.

-¿Y qué debía hacer?

-Portarte como el Moro de Venecia, y por lo menos romper algunos muebles.

Si no había roto nada entonces, ahora sí tenía necesidad de hacerlo.

-¿Qué puedo hacer -exclamé desesperado- si soy reticente y delicado por naturaleza?

En vez de responderme, ella me preguntó a su vez:

-¿Si no te gustan mis manzanas, por qué sacudes mi árbol?

-¡Pero si a mí me gustan tus manzanas! Eres tú la que te haces la difícil Si yo hubiera vuelto con el trasero lleno de dólares te casarías conmigo en menos de lo que canta un gallo.

Aquí Lucciola se detuvo de golpe. Sus ojos brillaban en la oscuridad como verdaderas luciérnagas[2]. Estaba furiosa: la muchacha hermosa más indignada que yo jamás haya visto. Se sacó un zapato (señal de que una sorrentina ha optado por declarar la guerra) y se puso a pegarme en la cabeza con el taco alto comprado expresamente para mí, y tan fuerte que sentí repiqueteo de campanas: mas no eran campanas nupciales.

Carmelina se dio vuelta y exclamó extática:

-¡Cómo se quieren!

Cuando se rompió el taco, Lucciola se echó a llorar, mostrando el zapato estropeado.

-¡Mira lo que has hecho, bruto! -me atacó Carmelina.

-Debería romperle la crisma -gruñó Amedeo-: ¡Se necesita valor para hacer llorar a este amor de muchacha!

Ahora ya había puesto las cartas en la mesa. Vi varias gradaciones de rojo y me lancé contra él con la cabeza baja, decidido a romperle hasta el último hueso de su cuerpo; pero cambié de idea cuando choqué accidentalmente contra su puño, un contratiempo que me botó al suelo sin sentido. Cuando me reanimé, la nariz me sangraba a borbotones, y me quedé doblado sobre el borde de la calle mirando la sangre que caía en la acequia, mientras aquellos tres me reprendían.

-Todo el mundo sabe que una residencia prolongada en América termina siempre por hacer mal a la cabeza -arguyó por último Carmelina en mi defensa.

---

[2] *En italiano Lucciola se usa como diminutivo de Lucía, pero también quiere decir luciérnaga. (Nota de la traductora.)*

-Eso se debe al exceso de electricidad en el aire, explicó Amedeo-. Y lo malo es que este inconveniente es incurable.

Al oír esta noticia Lucciola rompió de nuevo a llorar, por lo que Amedeo apretó los puños ante mis narices y me dijo silbante:

-Si la haces llorar otra vez, te convertiré en carne de chancho.

Y Carmelina:

-¡Espera que lo sepa mi mamá!

Cuando volvimos a formarnos, con Lucciola que caminaba cautelosa sobre el taco poco estable, le pregunté:

-¿En resumen, qué debo hacer?

-¡Hacerme la vida difícil! Eliminar a tu rival a palos, como un verdadero caballero.

-¡Aturdida! ¡Si todavía no me repongo de la primera tentativa! Y no es justo, incluso es abiertamente ilegal que nos demos de puñetazos: yo soy un peso pluma, mientras que ese grandote entra con facilidad en la categoría de los pesados.

-¡Entre amigos uno no se detiene en tales pequeñeces. Y no hay un minuto que perder: él piensa casarse dentro de poquísimo tiempo, quizás dentro de un año o dos.

-En realidad, visto desde aquí, no lo parece.

-¡Porque eres un burro ignorante de los asuntos del corazón, mi pobre Gianni! El amor sigue caminos extraños y maravillosos.

Llegamos a la hostería, llena de humo de tabaco, de olor a vino. y de campesinos que levantaron vivamente la cabeza al vernos entrar: aquél nunca había sido un lugar apropiado para señoritas. Y tampoco para señores.

Pedimos vino Gragnano y bebimos a nuestra salud hasta que nos sentimos mal. Mientras más bebía, más infeliz y malhumorado me sentía; en cambio los modales de Amedeo seguían siendo impecables: no olvidaba de sacarse el sombrero en dirección de las dos muchachas cada vez que le venía un eructo de vino.

Cuando el cuarto frasco bajó a la mitad, Carmelina levantó el vaso y pidió la palabra. Ella era una niña tranquila, del tipo que rara vez habla, pero que cuando abre la boca dice una tontería.

-Pueden empezar a felicitamos anunció sonriente en su inocencia-. En este momento, yo y Amedeo acabamos de fijar la fecha de nuestra boda.

Lucciola me dio un codazo y susurró:

-Para darme celos. ¿Comprendes?

Dejé el vaso en la mesa y declaré firmemente:

-¡Amedeo, déjate de hacerle la corte a Lucciola!

-Gianni comprende pronto si se le explica mucho- dijo Carmelina-. Es conmigo que Amedeo quiere casarse, Gianni querido.

Me reí en su cara.

-¿Pero cómo se puede ser tan joven y ya tan estúpida? ¿No te das cuenta que tiene sus miradas puestas sobre esta lata de manteca? ¡Mientras te hace arrumacos a ti, les echa miraditas de carnero a otras!

-¡Amedeo me pidió que fuera su mujer el día que cumplí siete años, y desde entonces no le ha mirado la cara a ninguna mujer!

-¡Les habrá mirado sólo las piernas! Tú, pobrecita, eres una ignorante de los asuntos del corazón. El amor sigue camino extraños y maravillosos. Pregúntale a Lucciola. Amedeo está afilando los cuchillos para prepararse un bocado para él solo.

-Amedeo se puso de pie de un salto lanzando un rugido.

-¿Quién ha dicho eso? ¡Fuera, en el acto!

-¡Y rápido! -silbó Carmelina.

-¿No me oyeron? Lo dije yo, y lo he visto con mis propias orejas.

-Ya me parecía que ibas a terminar mal esta noche -dijo Amedeo desabotonándose la chaqueta; pero Carmelina se apresuró a sacarle los anteojos.

Amedeo tenía mala cabeza para el vino y sus visitas a la hostería amenazaban siempre con terminar como tantas conferencias para la paz; de modo que cada vez que se disponía a pelear, Carmelina le quitaba los anteojos, obligándolo a volver a su puesto a trastabillones: ella no quería que su futuro marido se averiase antes de tiempo, lo que la presentaba a mis ojos como una novia mucho mejor que Lucciola. En Nueva York, sin embargo, el quitarse los anteojos durante un altercado equivale al golpe de gong que da comienzo al primer round. Así es que sin perder tiempo le mandé sobre la doble barbilla un par de puñetazos que Amedeo, como tenía que ser en un hombre de su importancia, recibió sin pestañear. Luego trató de asirme, frunciendo los ojos para individualizar el blanco, y por poco golpea a su novia.

Yo me ponía más audaz por momentos, acosándolo a golpes y olvidando la prudencia, hasta que caí en sus brazos, que me apretaron como una gigantesca prensa. Entonces comprendí que estaba perdido: toda mi vida había estado a merced de hombres más fuertes que yo. Decidí desmayarme, pero fue en vano porque él no me veía: me tenía firmemente asido de las muñecas y me zamarreaba contra el muro como a una alfombra, mientras yo decía aprisa mis oraciones.

La ceremonia duró un espacio de tiempo que me pareció más largo que una conferencia, hasta que Lucciola encontró que ya había sufrido bastante y lo obligó a soltarme. Entonces me alegré de no haberle hecho tanto daño que no pudiera llevarme a casa cargado.

-Señora, usted tenía razón -le dijo a mi madre, depositándome sobre el umbral-. Está muy grave: ha hecho llorar a Lucciola, le ha roto un zapato y se ha arrebatado. Me costó mucho calmarlo. Debe tenerlo en observación.

-La guerra lo ha convertido en un caníbal -observó Carmelina, preocupada.

-Una víbora -silbó Amedeo.

-Pero no le pegue ahora, señora -recomendó Lucciola-, espere a que esté mejor.

-¿Ves que debiste hacerle caso al doctor? -chilló mi madre-. Nada de esto habría sucedido si te hubieras quedado en cama. ¡Anda a acostarte inmediatamente!

Lucciola veló junto a mí toda la noche. Le hacía mucho bien a mi cuerpo magullado y a mi alma triste observar el modo apacible con que cambiaba los paños húmedos que me ponía sobre la frente y tranquilizaba a mi madre y a mi hermana que de continuo, y a veces hasta con mayor frecuencia, entraban en punta de pies para informarse si respiraba todavía; pero por otra parte me hacía sentir aún más su pérdida.

Apenas tuve fuerzas para hablar le dije:

-Haré pedazos a ese Casanova de doble carburador, si no te deja en paz. Pero la próxima vez lo atacaré con cuchillo como a los chanchos.

Pareció conmovida.

-¿Llegarías de veras al punto de matar a alguien por mí?

-Sí: pero no más allá.

Me estrechó la mano mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

-¡Eres tan convencional! Pero quizás no sea necesario: trataré de convencerlo de que no me siga persiguiendo.

-¿Entonces ya no me odias tanto?

-Pienso que hay hombres peores que tú.

-¿Realmente?

-No conozco mucha gente, pero pienso que debe haberlos.

-¡Qué buena eres! Por ti sería capaz hasta de volver a América. Y puedes estar segura de que la próxima vez no volveré a casa con los bolsillos vacíos, si todavía me quieres.

-Verás que, aparte de un carácter infernal, tengo bien pocos defectos -me alentó.

-¿Entonces me esperarás algunos años todavía?

-No -dijo resueltamente-. Esta vez iré contigo para asegurarme de que hilarás delgado.

Celebramos, con el de Amedeo y Carmelina, un matrimonio doble, y largas procesiones de parientes, de amigos y de enemigos se pusieron en viaje hacia Montrecasse. Maridos veteranos querían gozarse con el espectáculo de otros dos solteros que en ello se jugaban el pellejo, mientras todas las mujeres, profundamente emocionadas, habían sacado de sus colchones sus mejores joyas y se habían cubierto de encajes y de sedas.

La vieja iglesita rebosaba de gente, las novias estaban envueltas en nubes de cándidos mosquiteros, Amedeo se había disfrazado de caballero y yo llevaba un traje negro nuevo, confeccionado por mi madre. El altar brillaba bajo la luz de las velas, el olor de la cera caliente se mezclaba con

los efluvios del incienso y de los azahares, y los cantos del oficiante se confundían con los murmullos de la gente.

Cuando el párroco acababa de cogerle la mano a Lucciola, se iluminó de pronto la iglesia con un resplandor infernal, seguido de una explosión que sacudió los vidrios. La muchedumbre enmudeció; hasta que, en medio del pavoroso silencio, resonó la voz aguda del sacristán:

-No pierdan la cabeza: ¡sálvese quien pueda! -Y aquel joven ágil y listo se precipitó ruidosamente hacia la sacristía, desencadenando un pánico general.

Todo por culpa de mi madre. Para inmortalizar el memorable acontecimiento, aquella santa señora había hecho venir un fotógrafo de Castellammare, instalándolo en la tribuna del coro. Pero en Montrecasse, donde el carillón es considerado todavía una maravilla de la mecánica, el fogonazo de magnesio era aún desconocido. Y el torpe fotógrafo, para iluminar la escena desde aquella distancia, había sobrecargado el aparato.

Yo y Amedeo pasamos media hora a gatas para recuperar los anillos de debajo del altar, y otra media hora para persuadir al párroco a que terminara la ceremonia; pero los espectadores se negaron a volver, convencidos de que todo era obra de la misma banda de dinamiteros que en Torre del Greco una semana antes habían desvalijado una iglesia y a todos los presentes.

En Montrecasse se cree que es peligroso para la salud pasar la noche de bodas con el estómago vacío, por cuya razón en el banquete nupcial, que se llevó a cabo en casa de Lucciola, me atosigaron con vino y asado hasta que quedé boqueando. De modo que tuve que pasar mi noche de bodas con una bolsa de hielo en el estómago, consolado por mi suegra, que lloraba a lágrima viva: no sé si por mi malestar o por haberme dado a su hija.

A la mañana siguiente supe que el párroco, que era nuevo en Montrecasse, al divisar a mi hermana Assunta que se encaminaba a la estación del brazo de Gelsomino la reconvino duramente, recordándole sus deberes conyugales: la había confundido con Carmelina, la que ya había partido a Salerno, con Amedeo para ayudarlo a hacer las cuentas.

Yo y Lucciola nos dirigiríamos a Nueva York para hacer fortuna. Para hacer posible nuestro viaje, mi madre sacrificó de nuevo sus economías e hizo otra colecta entre los parientes pobres. Gelsomino y Amedeo, que parecían estar particularmente impacientes de verme partir, contribuyeron con generosidad.

Nos encontramos por tanto, una vez más, en la pequeña estación donde nos dimos los primeros, besos. Mi madre lloraba. Lloraban también doña Lucía y las tías, y algunas mujeres que estaban de paso decidieron unirse al coro. Era un espectáculo bellísimo. Y cuando también Lucciola se echó a llorar, la tomé en mis brazos y la besé.

De pronto me interrumpió un pequeño golpe en la espalda. Me volví, molesto, y me encontré con un carabinero de rostro agrio. Había sacado su libreta de multas y lamía con avidez su lápiz.

No pude refrenar una gran sonrisa.

-¡Nosotros estamos casados, capitán!

-Eso no les da derecho para portarse indecentemente en público; ha incurrido en infracción por ultraje al pudor.

-¡Pero si es permitido darse un beso a la partida del tren!

-Sólo si uno se queda en el lugar. Ustedes, en cambio, no se besan para despedirse: ¡se besan y punto!

Lucciola se puso color rojo-cardenal por haber violado la ley en presencia de tantas tías, y yo balbuceé:

-¿Y ahora qué se hace?

-Ahora se paga -dijo aquel agente concienzudo, extendiéndome el billetito verde .. A menos que uno de ustedes dos se quede en tierra, mientras el otro parte.

Fue la primera vez que me tocó pagar por un beso, y me salió salado, pues hasta para ese artículo los precios se habían ido a las nubes: dos mil liras de una vez.

La inflación me golpeaba de lleno. Y en el momento menos oportuno.